

Jean Grave



Publicaciones de la Escuela Moderna fue una pequeña editorial que desarrolló su actividad bibliográfica durante las primeras dos décadas del siglo XX (1901-1920). Editó 127 volúmenes.

Uno de esos volúmenes, dedicado a proporcionar un texto de lectura a los alumnos de la Escuela Moderna, fue esta obra de Juan Grave, traducida por Anselmo Lorenzo.

Al trazar un bosquejo de sociedad libre, no puede tenerse la pretensión de haber previsto seguramente lo que será; basta demostrar que una sociedad basada sobre el libre acuerdo, despojada de toda huella autoritaria, puede funcionar perfectamente, cuando los individuos hayan comprendido que es más ventajoso ayudarse mutuamente que matarse unos a otros.

Jean Grave

JUAN GRAVE

Tierra Libre

FANTASIA COMUNISTA

Traducción de ANSELMO LORENZO

ILUSTRADO CON NUMEROSOS GRABADOS



Jean Grave

TIERRA LIBRE

JUAN GRAVE



Tierra
Libre

Esta es una copia digital de un libro que se conservó durante generaciones en los estantes de las bibliotecas antes de que Google lo escaneara cuidadosamente como parte de un proyecto para hacer que los libros del mundo se puedan encontrar en línea.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

TIERRA LIBRE

FANTASÍA COMUNISTA

POR

JUAN GRAVE

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO



BARCELONA

Calle de Cortes, núm. 596

1908

IMPRESIÓN DEL TRADUCTOR

(Quizá molesta para los niños, aunque útil a los hombres)

La primera impresión que me causó este libro, cuando vino a mis manos con encargo de su traducción para libro de lectura de la Escuela Moderna de Barcelona, fue de agradable y simpática melancolía.

Aquel cargamento de deportados, reunido con brutal arbitrariedad, en nombre de la defensa social, en las jaulas de La Aretusa, para decapitar la protesta revolucionaria, que todo lector de juicio equilibrado a lo burgués tomará por exageración demagógica, me recordó mi participación en las amarguras consiguientes al proceso seguido por el atentado de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, con el amontonamiento de presos en Montjuich, en las Prisiones Militares y en la cárcel vieja.

Entre aquel suceso real, que se tapó después con una amnistía y un indulto para dar aspecto de benevolencia a lo tiránico y arbitrario, y el imaginario que aquí se relata, hay una gran diferencia en que lo positivo parece lo inverosímil.

En efecto, en lo real hubo un crimen, procesados y no procesados, por ejemplo Francisco Gana sometidos al tormento para que acusasen a quienes se les indicara, un tribunal en que llegó a decirse «han de cerrarse los ojos a la razón», fusilados y condenados a presidio sin prueba y casi sin defensa, y muchos, que ni siquiera habían sido procesados pero que sufrieron prisión durante muchos meses, tras la amenaza de la deportación a Río de Oro, país inculto e inhospitalario, fueron extrañados de la nación dando efecto retroactivo a una ley forjada a puñetazos y promulgada varios meses después del encierro de los perseguidos, lo cual es un colmo de absurdo y arbitrariedad.

En lo imaginario la cosa no pasa de una huelga general, una burguesía asustada, un gobierno complaciente con los privilegiados y una magistratura que sentencia anticipadamente tomando todo acusado como reo convicto y confeso, lo cual, por absurdo que sea, es práctica corriente en el mundo del privilegio.

Continuando la lectura, mi sensación agradable aumentaba al ver las analogías entre la concepción expresada en el libro, producida por el conocimiento psicológico del autor, y mi recuerdo de la vida de la prisión;

porque yo no dudo ahora que aquellos presos, compañeros míos, que, en medio de los dolores de la separación de los suyos sometidos a todas las miserias, tenían virtud suficiente para vivir armónicamente en aquella estrechura; repartirse su mísero haber los que algo tenían con los que carecían de todo; que leían, escribían, enseñaban a leer, escribir, contar y razonar a algunos analfabetos; que leían en alta voz para ilustración y recreo de todos; que daban conferencias sobre ciencias, industria y literatura, y que discurrían sobre la manera de escaparse de Río de Oro para llegar a Casa Blanca, o fundar una colonia, no dudo, repito, que en igualdad de condiciones hubieran llegado a ser perfectos Terraliberianos.

En tan buenas disposiciones entré en lo íntimo del pensamiento dominante en la obra, y vi al autor navegando con perfecta seguridad entre los escollos y arrecifes de la desviación y de la utopía.

Á esa seguridad de criterio corresponde el conocimiento de las fuerzas actualmente en lucha y el resultado que han de producir en determinada situación; y lo que tras el naufragio ocurre en Tierra Libre es lo que no puede menos de suceder.

En un fragmento de humanidad que lleva consigo la efectividad de la evolución realizada en el mundo, como pedazo de materia cósmica que llevase gérmenes vivientes de un mundo a otro, la soberbia autoritaria de un jefe y el

impulso libertador de los trabajadores deportados, producen una revolución en una tierra suplementaria, situada cinco grados más allá del mundo conocido.

Como consecuencia del gran choque, quedan los Aretusianos, ligados por obediencia servil, despeñándose por la decadencia y la inactividad, mientras los Terraliberianos, reintegrados en la libertad de su ser natural, desarrollan todas las iniciativas, conciernen todas las actividades y producen una bellísima floración comunista.

¿Cómo? Allí no hay tiempo que perder en discusiones estériles, allí nadie puede tener empeño en aparentar que es más y mejor que los otros, allí no puede haber superhombres ni necios que alardeen de tener personalidad propia para abusar de las ventajas y exceptuarse de los deberes de la reciprocidad, ni nadie lo soportaría; lo urgente es ser libre y vivir, y surge necesaria y naturalmente el propósito de romper toda dependencia y servidumbre, lo que se realiza por una revolución que triunfa, por lo que triunfaron las revoluciones parciales y por lo que triunfará toda revolución, llamando revolución lo que no es más que un episodio revolucionario culminante, porque la autoridad es centralización en una inteligencia limitada y rutinaria, conjunto de instituciones trasnochadas que funcionan mediante un expediente torpe e inoportuno, obediencia mecánica, apoyo inconsciente, amparo de malandrines privilegiados y, sólo por excepción, abnegación y heroísmo;

mientras que la libertad es la unidad humana en todo su valer, acrecentada por el valer y la potencia de todas las demás unidades libres, previsora, diligente y oportuna.

Libres ya, los Terraliberianos se organizan consciente y libremente con el acierto con que las partes infinitamente mínimas de la materia se agrupan para formar las cosas y los seres y realizar la vida universal, y si el atavismo suscita el holgazán, el defraudador y el mandarín, el mismo ambiente de libertad los inutiliza y corrige.

En estas páginas vive y adquiere poder de adaptación la idea de que el hombre libre es perfectamente humano, no ha de inventarse, no ha de resultar de una doctrina especial, ni ha de esperarse de una sociedad mejor lo que sería un absurdo que invertiría la relación de causa a efecto, sino que existe hoy, ha existido y existirá siempre, perfeccionándose progresivamente en lo íntimo de todo hombre y de toda mujer; es el egoísta-altruista que quiere el bien para sí y para los que ama, como esencialidad indispensable de la propia felicidad: es el que se sacrifica por una idea, por una persona amada, por un amigo, por sus padres, por sus hijos, por sus hermanos, por sus compañeros, por un desconocido en peligro, cosas que hace y está dispuesto a hacer todo el mundo.

Y si estas condiciones naturales de existencia han sido desconocidas y en gran parte anuladas por antagonismos resultantes de la escasez primer lugar y luego de la

ignorancia que fomentaron las preocupaciones y los intereses creados por los Estados y las religiones, hoy que la humanidad se conoce por la extensión de la ciencia geográfica, y que se siente rica por la posesión de tesoros acumulados por el saber y el trabajo, no hay razón para ese antagonismo, y tiende a desaparecer en nuestros días perseguido por esa gran solidaridad obrera que borra diferencias de razas, de religiones, de idiomas, de costumbres y, despreciando las fronteras, une en una sola entidad exclusivamente progresiva el proletariado y después en el comunismo, no siguiendo un ideal de justicia forjado por imaginaciones enardecidadas por doctrinas metafísicas, sean religiosas o filosóficas, sino obedeciendo la ley natural del menor esfuerzo, que da empleo absolutamente racional a la actividad en busca del objetivo necesario, ley natural que tengo por superior a la de la lucha por la existencia con que pretenden justificarse los privilegiados, y que con la de la evolución y la de la ayuda mutua ha de dar justificación, estabilidad y perfección indefinida a la sociedad humana.

Los Terraliberianos que, fundados en los anteriores conocimientos humanos, supieron crear una sociedad nueva de trabajo y felicidad, con la misma sencillez que un torrente derriba un frágil dique, echaron a pique a cañonazos un buque de guerra que se presentó ante Tierra Libre, pretendiendo encadenar, en nombre de la patria, a los emancipados.

Y allá quedaban preparando un barco para venir a Europa a infundir aientos a los socialistas de todos los matices que pierden tiempo y energía en discusiones estériles, defraudando esperanzas de los que sufren, y permitiendo que resistan, como si verdaderamente fueran fuertes, esos gobiernos que alienta y sostiene la escéptica y transitoria burguesía.

Conque ahora sólo falta que, en espera de la llegada de los Terraliberianos, nos apresuremos los trabajadores europeos y americanos a hacerles una buena recepción, por lo menos, si no somos capaces de algo verdaderamente original, imitándoles y anticipándonos a su llegada.

Anselmo Lorenzo

PREFACIO

(Que pueden pasar por alto los niños)

El amigo Ferrer, de La Escuela Moderna, de Barcelona, me preguntó si querría encargarme de escribirle un volumen sobre la manera como yo concibo la organización del trabajo en la sociedad futura: el asunto es muy interesante para mí, y acepté con gusto. Tal es el origen de este ensayo.

He adoptado la forma de novela por dos razones: primeramente, porque adornado con aventuras interesará más fácilmente a los jóvenes, y después, porque bajo esta forma conserva mejor aquel carácter vago e hipotético que conviene a todo trazado sobre la sociedad futura. Se comprende que cuando exponemos la manera de entender su organización expresamos las previsiones que deducimos de nuestras aspiraciones comparadas con la crítica de lo

existente; pero esas previsiones son personales, manifestación únicamente de la mentalidad de quien las emite, y su realización queda subordinada a las condiciones de tiempo, de medio, de evolución y, sobre todo, les falta armonizarse con todas las demás concepciones personales que surgen todos los días.

Nuestros ideales de sociedad futura no tienen nada de preciso ni de inmutable, y, además, la realización de uno no ha de excluir la realización de otros, salvo el caso, por supuesto, de aquellos que reservan un lugar a la autoridad o a la apropiación individual.

Al trazar un bosquejo de sociedad libre, no puede tenerse la pretensión de haber previsto seguramente lo que será; basta demostrar que una sociedad basada sobre el libre acuerdo, despojada de toda huella autoritaria, puede funcionar perfectamente, cuando los individuos hayan comprendido que es más ventajoso ayudarse mutuamente que matarse unos a otros.

Admitiendo que mi narración agrade a los niños, los hombres podrán decirme, por ejemplo, que, arrancando a mis Terraliberianos a su medio natural, separam demasiado la sociedad de mañana de la de hoy, y que, entre otras cosas, he descuidado la misión de los grupos obreros, en los cuales muchos militantes ven los gérmenes de la asociación futura.

Hubiera podido permanecer en la sociedad vieja y mostrar la nueva sociedad desprendiéndose de la antigua; pero eso hubiera exigido más tiempo que el que puedo dedicar a este trabajo, y no sé si hubiera sido capaz de salir adelante con el propósito.

Por otra parte, si para manejar menos gente he llevado la acción a un espacio restringido, no he economizado a mis colonos ninguna de las dificultades que el mundo antiguo legará al nuevo. Al contrario, he aumentado los obstáculos por el hecho de que en su isla se ven forzados a crear los recursos más urgentes que en la transformación de la sociedad hallará creados la revolución.

En cuanto a los sindicatos, mi opinión respecto de ellos es que son medios de lucha que se imponen a los trabajadores en la sociedad actual, pero que desaparecerán con ella.

Yo no veo la sociedad dividida en corporaciones; no creo en los grupos ocupados exclusivamente en la producción, a mi ver, las necesidades del consumo impulsarán a los individuos y les harán agruparse con la idea de procurarse lo que necesiten, sea fabricándolo ellos mismos, sea por un cambio de servicio despojado de toda especie de medida de valor. Cambio de servicios y no de mercancías.

Respecto del punto de vista literario, quizá se me reproche no haber hecho gran esfuerzo de imaginación, limitándome

a copiar la multitud de Robinsones, suizos y otros, que hormiguea entre la literatura juvenil.

No es culpa mía si en literatura se han empleado ya casi todos los medios imaginables para hacernos pasar de la sociedad presente a la que se quiera presentarnos.

Naufragios, viajes al centro de la tierra, a los planetas, al fondo de las aguas, sueños más o menos prolongados, etc. Creo que de todo hay, y si carezco de imaginación para encontrar un medio nuevo, peor para mí; tomo uno de los que existen, pero no me presento como inventor.

No hay duda también que hubiera podido complicar más la mentalidad de mis personajes; quizá se les acuse de ser de una sencillez algo primitiva. Releyendo la obra se ve todo lo que le falta. Pero en lo que pienso haber logrado mi propósito es en que el interés del libro reposa sobre la multitud y no sobre uno de los personajes. No tengo protagonista.

Pido también que no se me exija la posición que Tierra Libre ocupa en el mapa. A las obras imaginativas no se les puede pedir una exactitud absoluta. No soy muy fuerte en geografía, y téngase en cuenta que no quiero llevar al lector a un viaje de descubrimientos geográficos, sino morales.

J. Grave

I

El cielo estaba negro y con extensas manchas cobrizas que hacían más obscura aún la sombra en sus contornos; la lluvia caía con fuerza y densidad; las olas se elevaban furiosas y caían con estrépito; el viento soplaban con rabia; el mar ofrecía la visión terrible del conflicto de los elementos desencadenados.

Y sobre esa inmensidad en rebeldía, semejante a una arista movida por los remolinos de un arroyo, el buque de guerra La Aretusa, aspirado, puede decirse, por la tromba que lo contenía en su centro, se deslizaba, hendiendo las olas y traqueteado por ellas, yendo en línea recta hacia adelante, impulsado por el viento, arrastrado por el ciclón.

Roto el árbol de transmisión, las máquinas eran inútiles; habiéndose intentado izar las velas, el huracán se las había llevado; destrozado el timón, toda maniobra era imposible. Para colmo de angustia, notóse que se había declarado una

vía de agua, y la tripulación, la tropa y los deportados se relevaban en el servicio de las bombas, no logrando cegarla.

Habiendo salido de Brest hacía quince días, transportando un convoy de deportados, La Aretusa acababa de ser sorprendida por un ciclón, al cual se trató de escapar huyendo a todo vapor; pero la avería ocurrida al árbol de la hélice entregó el buque a la violencia del meteoro, convirtiendo al comandante, en lo alto de su pasarela, en espectador impotente de la carrera desenfrenada que le arrastraba.

Había a bordo un centenar de hombres de tripulación, una compañía de infantería de marina y unos trescientos deportados, más unas cien mujeres que habían obtenido permiso de seguir a sus maridos, llevando consigo sus hijos, en número también de un centenar.

Á las primeras señales de la tempestad, el comandante hizo cerrar las especies de jaulas destinadas a encerrar a los deportados, y se doblaron los centinelas, con orden de tirar al bulto al primer signo que notasen de insurrección.

Respecto de las mujeres y los niños, se tuvo un poco más de humanidad, dejándolos permanecer en una parte del entrepuente. Por medida preventiva el comandante prohibió que se divulgara el peligro de la situación, y unos centinelas tenían por consigna impedir toda relación con los tripulantes.

El agua iba en aumento, y fue necesario recurrir a la ayuda de los deportados para reemplazar a la tripulación, agotada de cansancio, formándose entre ellos grupos de servicio.

Mas, a pesar de todos los esfuerzos, el agua iba insensiblemente en aumento, y el buque, cuya pérdida tenía ya sus horas contadas, se deslizaba bajo el huracán con una velocidad espantosa, desamparado, sin dirección, rodeado de olas amenazadoras que se elevaban en altas columnas y caían con atronador estruendo.



Sin embargo, tripulantes y deportados rivalizaban en actividad y celo. Ante la calma con que los deportados acogieron la noticia del peligro que se corría y la prontitud con que se dedicaron a las maniobras, el comandante creyó prudente revocar sus primeras órdenes. Las jaulas quedaron abiertas; los deportados que esperaban su turno de ir a las

bombas podían circular de una jaula a otra, bajo la vigilancia de los centinelas que, no obstante, se había creído prudente conservar.

Los oficiales habían discutido la conveniencia de construir una balsa; pero ante la imposibilidad de embarcar en ella tanta gente, aun contando con las lanchas, se desechó la idea.

Para no verse sumergido en el abismo, cada cual había de pensar que era preciso oponerse con todas sus fuerzas a la invasión del agua: perecerían todos o se salvarían todos juntos.

El corto número de oficiales, mudos y sombríos, rodeaban al comandante; a cada momento interrogaban al cielo con la mirada, esperando ver una claridad que permitiera formar un juicio; porque ya no había más que una esperanza: ser arrojados contra una costa donde se pudiera hallar refugio terrestre.

Y el buque continuaba deslizándose, como aspirado por el meteoro que le arrastraba en su carrera desenfrenada.

La lluvia había cesado. El viento parecía calmarse.

– Comandante, vino a decir un oficial, el contramaestre Jeannic anuncia que el agua ha ganado un centímetro.

– Está bien. Dígale usted que no lo comunique a los hombres, para que no se desanimen; que se limite a declarar que el nivel del agua se mantiene a la misma altura y que se han de redoblar los esfuerzos.

El oficial saludó y dio media vuelta.

El comandante se dirigió a los oficiales que le rodeaban:

–¡Si a lo menos supiéramos dónde nos hallamos! ¡en qué dirección nos arrastra la tempestad! Pero la brújula enloquecida no da indicación que pueda servirnos. Ignoro donde vamos; lo único que sé es que desde que dura la tempestad, y dada la terrible velocidad que seguimos, debemos haber realizado un trayecto enorme...

No pudo terminar la frase. De repente perdió el equilibrio, pudiendo apenas sostenerse por haberse agarrado fuertemente a la pasarela, mientras los oficiales cayeron todos al suelo. Acababa de producirse un choque violento; el buque, sacudido en toda su armadura, tuvo como una especie de estremecimiento, y después quedó inmóvil, como si una mano gigantesca le hubiera clavado en el sitio.

Todos, deportados, marineros y soldados fueron proyectados unos contra otros o rodaron por el suelo; todos se miraron ansiosos ignorando lo que había ocurrido.

– De seguro hemos quedado clavados sobre algún arrecife, murmuró el comandante cuando se hubo serenado. ¡Si al menos estuviéramos cerca de tierra! Asegúrese usted de lo que ocurre, –dijo, dirigiéndose a su segundo, dedicándose a examinar con marcada ansiedad el horizonte.

Unas nubes plomizas obscurecían aún por la parte anterior a los naufragos; pero detrás, a lo lejos, se veía resplandecer el mar bajo el cielo azul. Había cesado el viento; las olas eran cada vez menos altas; la tempestad tocaba a su fin.

–Mi comandante, el agua disminuye en la cala, vino a decir el oficial que vigilaba el trabajo de las bombas.

–¡Perfectamente! dijo el comandante alegremente sorprendido. Que se distribuya vino a los hombres y que se redoblen los esfuerzos.

–El buque está cogido entre dos rocas, dijo el segundo, que había esperado que el oficial se retirara para hacer su comunicación.

–¿Se le podrá desprender? interrogó el comandante.

El segundo hizo un gesto de duda.

Sólo eso nos faltaba, –dijo el comandante. Felizmente, ahora que las bombas ganan al agua, podemos ocuparnos del salvamento. ¡Si no estuviéramos lejos de tierra! e interrogó el horizonte.

Las nubes se deslizaban dejando al descubierto la hermosa luz del día; pero en cuanto la vista podía extenderse veíase el mar tranquilizado, liso y brillante en toda su extensión, sin más límite que el horizonte.

El comandante le sondeaba con su anteojos, pero por todas partes sólo veía brillar las olas bajo los rayos del sol, que se ostentaba ya resplandeciente en la altura.

No pudo evitar un gesto de desaliento, y se volvió hacia la parte anterior, todavía obscurecida por las nubes que se alejaban y cuya sombra se proyectaba sobre las olas.

¡Tierra! exclamó de repente el vigía, que había permanecido en su puesto.

Y en efecto, a algunos cables del buque, las nubes que la cubrían se iban alejando, y surgía una línea parda que, en efecto, no podía ser más que tierra. ¿Isla o continente? ¡Poco importaba! Al fin confirmaba la esperanza de salvamento, representaba la vida para todos.

¡De buena nos hemos librado! murmuró el comandante. Luego, dirigiéndose al segundo:

– Señor de Mortcerf, haga usted echar una lancha al mar y vaya a reconocer el país, mientras nos aseguramos del estado del buque y vemos la posibilidad de ponerle a flote.

II



AS antes de continuar nuestro relato es indispensable dar a conocer qué clases de hombres eran esos deportados, y a consecuencia de qué acontecimientos se encontraban entregados de aquel modo a los rigores del Estado.

Hacía ya mucho tiempo que los pobres, los miserables, los que soportan todo el peso de la organización social, produciendo la abundancia y el lujo y recibiendo en cambio, como parte en esa producción, miserias y privaciones, sufrían su suerte más o menos pacientemente, creyendo natural que entre los hombres haya quien mande y que los que mandan sean mejor pagados por sus servicios que los que obedecen, habiéndose de contentar éstos con lo que les dejen aquéllos.

Después habían venido los sacerdotes a remachar el clavo explicando que, siendo el trabajo el castigo de la raza humana, era necesario someterse a él para ganar el cielo.

Lo cual no había impedido que poco a poco surgiera la duda, hasta llegar, el caso de haber quien preguntara cómo es que los que llevan toda la carga perezcan de hambre y los que no hacen nada disfruten en abundancia de lo necesario y de lo superfluo.

Mas como no se había llegado todavía a preguntar por qué había quien mandara y quien obedeciera, se habían atribuido las causas de la miseria a la mala manera de gobernar de los que ejercían de gobernantes, y se había imaginado que deponiendo a los que gobiernan mal y reemplazándoles por otros que prometieran hacer dichosos a todos, se vería al fin florecer la justicia entre los hombres.

Sobrevinieron revoluciones. Se cambió varias veces la forma de gobierno: de la Monarquía se pasó a la República, de la República al Imperio, para volver a la Monarquía, y tras una docena de estos cambios, se volvió a la República; pero si en el curso de esas revoluciones se logró cambiar de monopolizadores del poder, si los obreros habían podido obtener algunas libertades políticas, para la mayoría de ellos de nada servían tales libertades, porque su estado continuaba siendo miserable, y no es libre aquel a quien un trabajo abrumador retiene en la ignorancia y en la miseria,

ya que para ejercitar la libertad se necesita disponer de tiempo y de dinero, de que carece siempre el trabajador.

Tales decepciones tan frecuentemente repetidas, acabaron por inspirar a los trabajadores la convicción de que el Gobierno no es más que la argolla que les sujeta a la servidumbre económica, y que cualquiera que sea la mano que la imponga, oprime siempre con dureza cuando los oprimidos intentan reclamar lo que se les debe.

Comprendieron que lo importante no era la forma de gobierno, ni bastaba con inscribir en el Código tantas leyes concediendo muchos derechos que la falta de medios de ejercerlos hacían absolutamente inútiles; que su miseria dependía de que la sociedad estaba dividida en ricos y pobres, y que los pobres, obligados, para comer, a vender sus fuerzas de trabajo a los ricos, éstos se aprovechaban para hacer que los pobres trabajaran en su lugar, y tenían cuidadoso empeño de retenerlos en la miseria para que fueran siempre dependientes de los ricos.

Entonces la lucha cambió de aspecto: se convirtió en lucha de los pobres contra los ricos, de los hambrientos contra los hartos.

Pero el hombre que trabaja doce horas diarias, escasamente puede desarrollar su inteligencia, sobre todo cuando sus padres, por miseria, se han visto precisados a sacarle de la escuela antes de tiempo para llevarle a la

fábrica, y también cuando en la misma escuela se ha tenido cuidado de enseñarle que lo que existe es inmejorable, que no puede ser de otro modo, y que ha de respetar al alguacil, al guardia, al juez, al diputado, al gobernador y a todo el gobierno, lo mismo que al banquero, al patrón y a cuantos sean más ricos que él.

Así se explica que los trabajadores hayan adquirido conciencia de su situación y de las verdaderas causas de su miseria con tanta lentitud. Sólo en una corta minoría se desarrollaron las ideas de emancipación, la necesidad de participar de los goces de la vida, de ser hombres y no máquinas de producción.

Y si, bajo la influencia de esta minoría, las reivindicaciones tomaron un carácter económico, es decir, se pidieron cambios en la propiedad, el error político estaba demasiado profundamente arraigado en los cerebros para desaparecer por completo, y esto contribuía a dificultar los esfuerzos de los que habían comprendido.

Sin embargo, la educación iba verificándose, y las reivindicaciones se acentuaban en sentido económico, y se había hallado el medio de ensayar las fuerzas obreras con lo que se llamaba la huelga general, consistente en detener en un momento dado el trabajo en todas partes y en todos los ramos de la industria, para demostrar a los burgueses que la vida social depende toda de la actividad de los que trabajan.

En diversas ocasiones se intentó la huelga general, pero siempre fracasó por falta de acuerdo entre los trabajadores, debido a la ignorancia de la gran mayoría. Pero esos intentos, aunque con éxito tan desgraciado, fijaron la atención de cierto número, enseñándoles lo que podía la unión, y al fin se logró que un día, cuando menos se esperaba, una nueva tentativa detuvo toda la vida social, se cesó todo trabajo, y la paralización se prolongó durante tres días en varias poblaciones.

La mayor parte de las líneas de ferrocarriles vieron su servicio desorganizado, no circularon los correos, a pesar de haberse intentado hacer el servicio por medio de soldados; en algunas ciudades hubo barrios enteros que carecieron de pan y de carne. Únicamente los huelguistas, que habían hecho provisión anticipada, pudieron atender a los huelguistas de última hora, que seguían arrastrados por el movimiento.

Por desgracia éste sólo se generalizó en un corto número de localidades. Algunas ciudades que se suponía habían de dar el ejemplo, defraudaron todas las esperanzas. Además, justo es reconocerlo, entre los mismos huelguistas había pocos plenamente conscientes del resultado que había de obtenerse, y se vieron sin saber qué hacer con la victoria alcanzada. Muchos volvieron al trabajo contentándose con las falaces promesas de sus explotadores, mientras el

Gobierno hacia prisiones en masa. El movimiento fue detenido y se acabó por dominar a sus iniciadores.

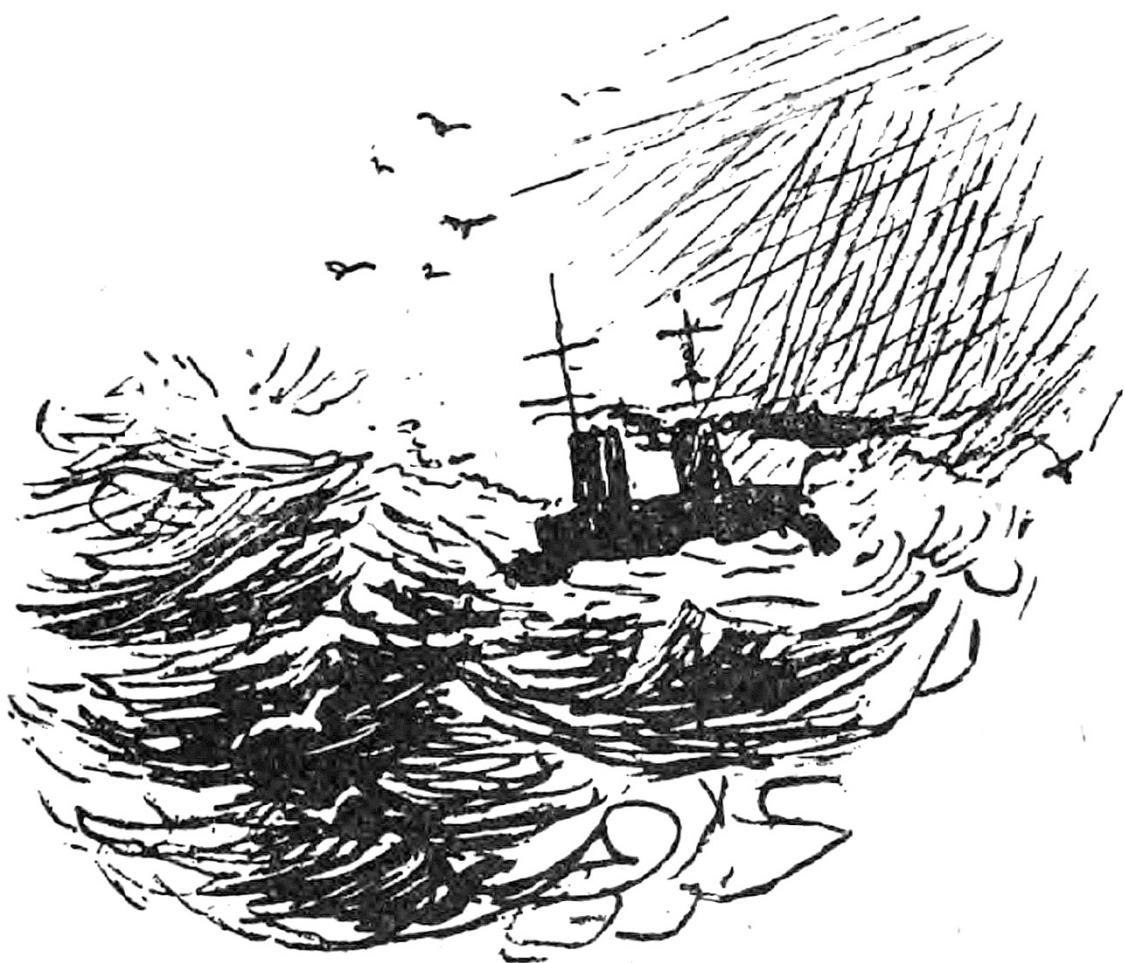
Pero la burguesía sintió un miedo terrible, y queriendo impedir la repetición del peligro, inició una campaña periodística. Además, como en ciertos puntos había habido conflictos con la tropa, con muertos y heridos de ambas partes, la campaña fue muy fácil, y puede decirse que hizo fuego con todos sus periódicos.

Por todas partes se reclamaron medidas de rigor: disolución de sociedades obreras, supresión de órganos corporativos, deportación de los agitadores y todo aquello que el odio y el miedo podían inspirar a los lacayos de pluma.

Mis infantiles lectores no pueden saber todavía de qué es capaz una prensa domesticada, pero pueden informarse por sus padres o sus abuelos que han atravesado el período de Junio de 1848 o Mayo de 1871, y aprenderán hasta dónde puede descender la bajeza humana de aquellos que pretenden pasar por clase escogida.

El Gobierno, que no deseaba más que obrar, tomó autorización de ese conjunto unánime –unanimidad resultante de haber amordazado a cuantos hubieran podido lanzar la nota discordante– para entregarse a la arbitrariedad. Comprendía que no había tiempo que perder, que las leyes represivas sólo tienen fuerza mientras las

apoya la opinión pública y que no lograría acallar indefinidamente la verdadera opinión, y se resolvió a obrar sin inquietarse por las formas legales ni perder tiempo en discusiones ociosas en el Parlamento para la obtención de nuevas leyes; era más rápido y cómodo desempolvar alguna de las antiguas y aplicarla con más o menos oportunidad al caso presente.



Todo el personal que el movimiento avanzado y societario contaba como distinguido por su inteligencia y actividad fue encarcelado. Se organizaron tribunales especiales que empezaron a funcionar inmediatamente, y como se había

escogido bien quienes habían de componer esos tribunales, todos los que les fueron sometidos fueron condenados a la deportación en la Guyana o en los rincones más insalubres del Gabón.

La Aretusa era uno de los buques destinados a llevar a la muerte por la fiebre y el agotamiento, en cumplimiento de las sentencias pronunciadas, a una parte de los que, deseando mayor libertad y felicidad para todos, habían hecho temblar de miedo a los que viven a costa de la miseria y de la esclavitud de los productores. Sólo que, como favor imprevisto, era el primero que había sido destinado a una colonia salubre; se dirigía a la Nueva Caledonia.

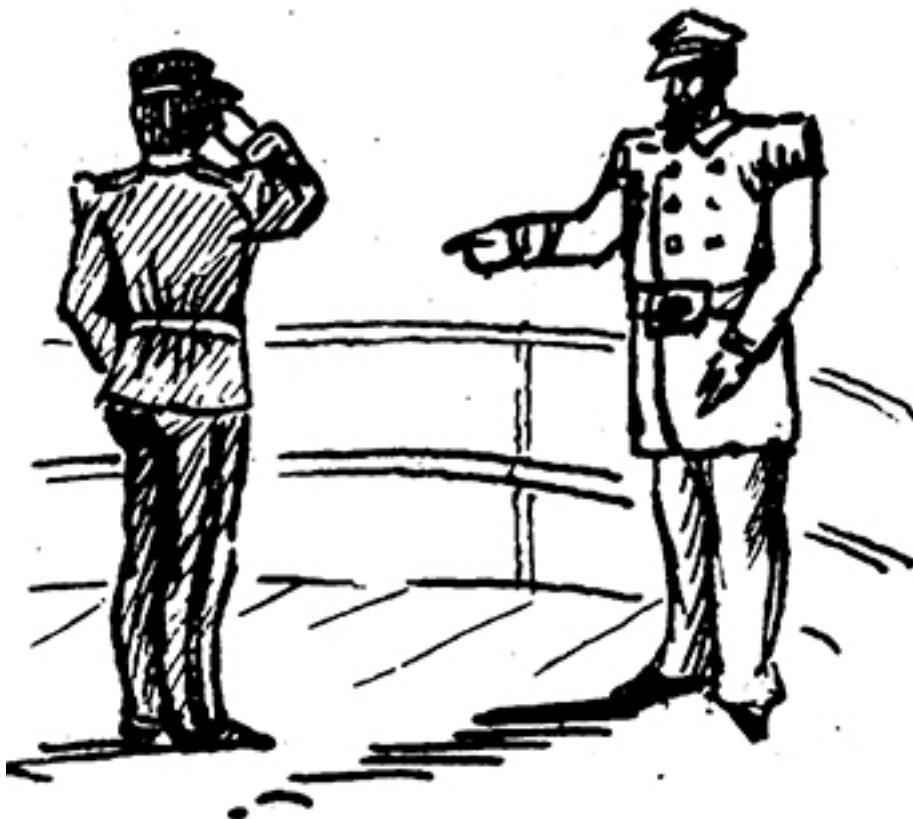
III

Cuando el segundo volvió a dar cuenta de su reconocimiento empezaba a anochecer.

Mientras examinaba la costa más inmediata y visitaba cierta extensión de terreno, se había reconocido el estado del buque.

La tempestad le había introducido entre dos arrecifes a flor de agua, donde se hallaba retenido, estrechado como en una prensa gigantesca. La abertura por donde penetraba el agua, por hallarse oprimida contra la roca se hallaba casi tapada, y a los calafates les fue fácil taparla por completo, acabándose después de vaciar la cala. El capitán pudo prestar toda atención al informe del segundo.

Según los indicios observados, la tierra que se tenía a la vista era una isla de relativa importancia, inhabitada, aunque la vegetación parecía ser muy activa.



Por falta de tiempo no había podido asegurarse si se hallarían allí medios de subsistencia, aunque en todo caso ofrecía un cómodo refugio donde pensarse en lo necesario para sacar a flote el buque, si estaba en lo posible con los medios de que se disponía, o al menos esperar una ocasión de ser repatriados.

Entrada ya la noche, se decidió que el desembarco se efectuaría el día siguiente. El comandante hizo formar a todo el mundo en el puente: felicitó primeramente a la tripulación por su buen servicio y a los soldados por su

disciplina; después, dirigiéndose a los deportados, les dio gracias por su obediencia y por el celo que habían desplegado para el salvamento del buque; les aseguró que esa bondad les sería tenida en cuenta cuando pudiera conducirles a su destino. Terminada la peroración envió a todos a descansar, recomendándoles que estuviesen a punto para desembarcar a la mañana siguiente.

Los deportados no hicieron manifestación alguna ante la alocución del comandante. No obstante, en su actitud había algo que daba a entender que no se consideraban ya como prisioneros.

Sea que el comandante se hubiera dado cuenta de esa actitud, sea que no hubiera osado dar la orden necesaria, no se les obligó a volver a sus jaulas, y pudieron acomodarse a su gusto en la parte del entrepuente que les estaba destinada. Únicamente los centinelas, que guardaban las salidas con las armas cargadas, y los dos cañones cargados de metralla, que continuaban mostrando sus amenazadoras bocas, les recordaban que la autoridad se creía aún todopoderosa.

Pero antes de entregarse al reposo se formaron grupos, se celebraron conciliábulos, veíanse algunos individuos salir de sus grupos respectivos, acercarse a los otros y volver a su punto de partida.

Todo indicaba que las ideas sueltas, los pensamientos aislados, los propósitos individuales, aunque sometidos a la imposición de las circunstancias, se enlazaban y se entretejían por el impulso de la solidaridad en una aspiración común, en una determinación de la voluntad colectiva.

Poco tiempo después los grupos se dispersaron y cada uno se arregló lo mejor que pudo para pasar la noche.

Al amanecer del día siguiente se tocó diana. Primeramente se embarcaron las mujeres y los niños a bordo de las chalupas, una de ellas de vapor.

La operación del traslado a tierra exigió dos viajes.

Tocó el turno después a los soldados de marina, siguieron las cajas de víveres, los instrumentos, telas para la construcción de albergues y todo cuanto pudo suponerse que sería de más urgente necesidad en los primeros momentos, dejando para después lo que las circunstancias fueran determinando y exigiendo.

Se trasladaron a continuación los deportados, la tripulación, los oficiales y el último el comandante.

El buque parecía en estado de resistir indefinidamente a las causas de destrucción en el sitio en que se hallaba encajado.

El campamento se estableció interinamente cerca de la playa, esperando que el reconocimiento de la isla permitiera escoger un sitio más a propósito si hubiese necesidad de hacer una estancia prolongada.

El comandante, en uso de su autoridad soberana, indicó a cada grupo el terreno donde había de instalarse, designando para los deportados uno que quedaba sometido a la vigilancia constante de los soldados; pero aquéllos, inspirados por un conato de rebeldía, so pretexto de que el sitio no estaba bien situado, hallaron el medio de separarse de él.

En último término resultaron formados dos campos: la tripulación, el comandante, los oficiales y la tropa a un lado; los deportados y sus familias al otro.

El comandante, comprendiendo que los deportados no sufrirían fácilmente un acto de autoridad, dejó hacer, esperando conocer a fondo la situación para tomar las medidas que le dictaran las circunstancias.

El desembarco, aunque se efectuó sin incidentes desfavorables, fue largo y laborioso, y era ya muy avanzado el día cuando el último hombre puso pie en tierra y cuando se hubo trasladado la última caja de víveres e instrumentos; y no siendo ya hora a propósito para tomar la orientación y

hacer los cálculos para saber a qué punto del globo les había arrojado la tempestad, se dedicaron los náufragos a construir albergues interinos con el ramaje arrancado de los árboles y las telas aportadas del buque.

Después, tras una comida frugal, se retiraron a sus improvisados refugios, dejando para el día siguiente saber dónde se hallaban y la decisión de los medios para establecer comunicación con lugares habitados.

La mañana del segundo día de aquel aislamiento se pasó en conversaciones acerca de la situación; había ansiedad por saber qué resultaría de la consulta del sol antes de emprender cualquier trabajo, y hacia el medio día, cuando se vio al comandante dirigirse hacia la altura más próxima, todas las miradas se fijaron en él y no se distrajeron de su objeto hasta que, verificadas sus observaciones, penetró en la tienda de los oficiales.

¿Qué resultaba de las observaciones del comandante? Soldados, marinos y deportados estaban ansiosos por saberlo; pero el día pasó sin que se les reuniera para hacerles la comunicación esperada.

Los oficiales tuvieron conciliábulos en que tomaron parte soldados y marineros; los semblantes de todos revelaban pensamientos poco tranquilizadores, pero los deportados no pudieron saber nada de lo que tanto les interesaba.

Aquel silencio y aquel aspecto general no era tranquilizador; pero llegó la noche y fue forzoso resignarse, recogiéndose cada cual en su albergue sin saber aún donde se hallaban.

¿Qué significaba el mutismo de los oficiales y la gravedad de su fisonomía? ¿Se aclararía el enigma el día siguiente? Tales eran las preguntas que los deportados se hacían sin lograr respuesta satisfactoria, y con esa duda se entregaron a las horas negras de la noche y del insomnio.

El comandante, sin embargo, había hecho saber que, aunque fuera del buque, se conservaría la disciplina; que se tocaría diana en tierra como si nada hubiese ocurrido, y que el tambor y la corneta darían la señal de los actos de la vida diaria, como lo hacían a bordo.



IV

Al día siguiente tocaron diana, como se había anunciado. Dóciles a la señal, marinos y soldados se levantaron en seguida y se dedicaron a las diferentes maniobras que se les ordenaron. Pero los deportados no hicieron caso, y ya se hallaba el sol bien elevado sobre el horizonte cuando muchos de ellos dormían todavía a pierna suelta, reponiéndose de las fatigas sufridas durante el naufragio y el desembarco, no costando poco trabajo a los vigilantes despertar y reunir el número suficiente para obedecer las órdenes del comandante y ejecutar los servicios que se les había encomendado.

Se trataba de hacer un hoyo delante de la tienda del comandante y de elevar sobre él un mástil que una parte de los de servicio, al mando de un contramaestre, iría a recoger

a bordo de La Aretusa, que continuaba atrapado entre las rocas.

La elevación de aquel mástil en aquel lugar llamó mucho la atención de los náufragos, que no cesaban de rodear a los trabajadores, inquiriendo las causas de aquella orden; pero nadie pudo responder, porque nadie sabía nada, y el mismo contramaestre que dirigía el trabajo no sabía más que los otros. Se le había dado la orden de que hiciera plantar un mástil; cumplía la orden y no sabía más.

El comandante hizo tocar llamada y envió unos tenientes a avisar a los deportados que se trataba de una comunicación importante.

La reunión había de celebrarse al pie del mástil. Allí estaba el comandante rodeado de todos sus oficiales; todos tenían aspecto grave y preocupado. Detrás de ellos estaba un piquete de soldados.

Cuando todo el mundo formó en varias filas frente al mástil, el comandante habló.

Comenzó por agradecer a todos la buena voluntad desplegada, añadiendo que no esperaba menos de su buena disciplina y que confiaba en que continuarían en la misma laudable actitud ante las nuevas dificultades contra las cuales tendrían que luchar en lo sucesivo.

Porque, no quería ocultarlo: las circunstancias eran graves; más graves que lo que pudiera pensarse. Si no se lograba poner a flote La Aretusa, los límites de la estancia que habría que hacer sobre la isla serían quizá indefinidamente lejanos...

Un estremecimiento recorrió las filas, miráronse unos a otros y todos fijaron sus interrogadoras miradas en el grupo de los oficiales, que permanecían inmóviles y graves.

—Mis observaciones de ayer, continuó el comandante, revelan que la tempestad nos ha lanzado fuera de toda ruta seguida por los barcos que surcan los mares poniendo en relaciones continuas las diversas regiones habitadas.

La isla en que nos hallamos está situada entre el 17° y el 18° de latitud sur y hacia el 185° de longitud. Debe formar parte de un grupo conocido, pero cuya situación, fuera de toda ruta, y su poca importancia hace que ninguna nación se inquiete por ella y que no sea visitada sino por la casualidad; de modo que no podemos fundar ninguna esperanza sobre el exterior para nuestra repatriación. Podemos ser visitados por un barco del mundo civilizado dentro de breves días, como pueden pasar años y años sin recibir ninguna noticia del exterior.

Es preciso, pues, organizar nuestra vida con objeto de encontrar aquí los recursos para emprender nuevamente nuestra ruta o crearnos el medio de vivir esperando auxilios posibles, pero inciertos.

Pero si estamos lejos de la madre patria, le debemos siempre respeto y obediencia. Yo, y los oficiales aquí presentes, donde quiera que nos hallemos, representamos el Gobierno de la República; tenemos la misión de asegurar el respeto de sus leyes lo mismo que la seguridad y el bienestar de los ciudadanos; somos, pues, los únicos depositarios de la autoridad.

Podéis contar, por tanto, sobre nuestra solicitud para asegurar la regularidad y la buena marcha de la pequeña patria, imagen de la grande, que estamos llamados a formar aquí. En cambio, espero de vosotros obediencia completa a las medidas que dictarán las necesidades.

Vosotros, marineros y soldados, aquí como en Francia, como sobre La Aretusa, no olvidaréis los deberes que os impone la disciplina.

Después, dirigiéndose a los deportados, cuyas filas se alineaban a la izquierda de las tropas, añadió:

– Vosotros, deportados, no puedo menos de alabar el celo con que habéis contribuido al salvamento común. No quiero saber hasta qué punto eran justificadas las medidas que la

sociedad tomó contra vosotros; no quiero ver en vosotros más que ciudadanos arrepentidos de sus extravíos y dispuestos a plegarse a todas las necesidades del bien común. Por mi parte dulcificaré en vuestro beneficio todos los rigores de la disciplina y usaré respecto de vosotros de una amplia benevolencia. Las condiciones excepcionales en que nos hallamos me permiten obrar así; pero, en cambio, espero de vosotros una obediencia pasiva a las órdenes de los que os han de mandar. Fuera de las horas de trabajo seréis libres. Se os designarán terrenos para establecer vuestro campamento y el de los que han venido acompañados de sus familias, y en ellos podréis instalaros como mejor os convenga.

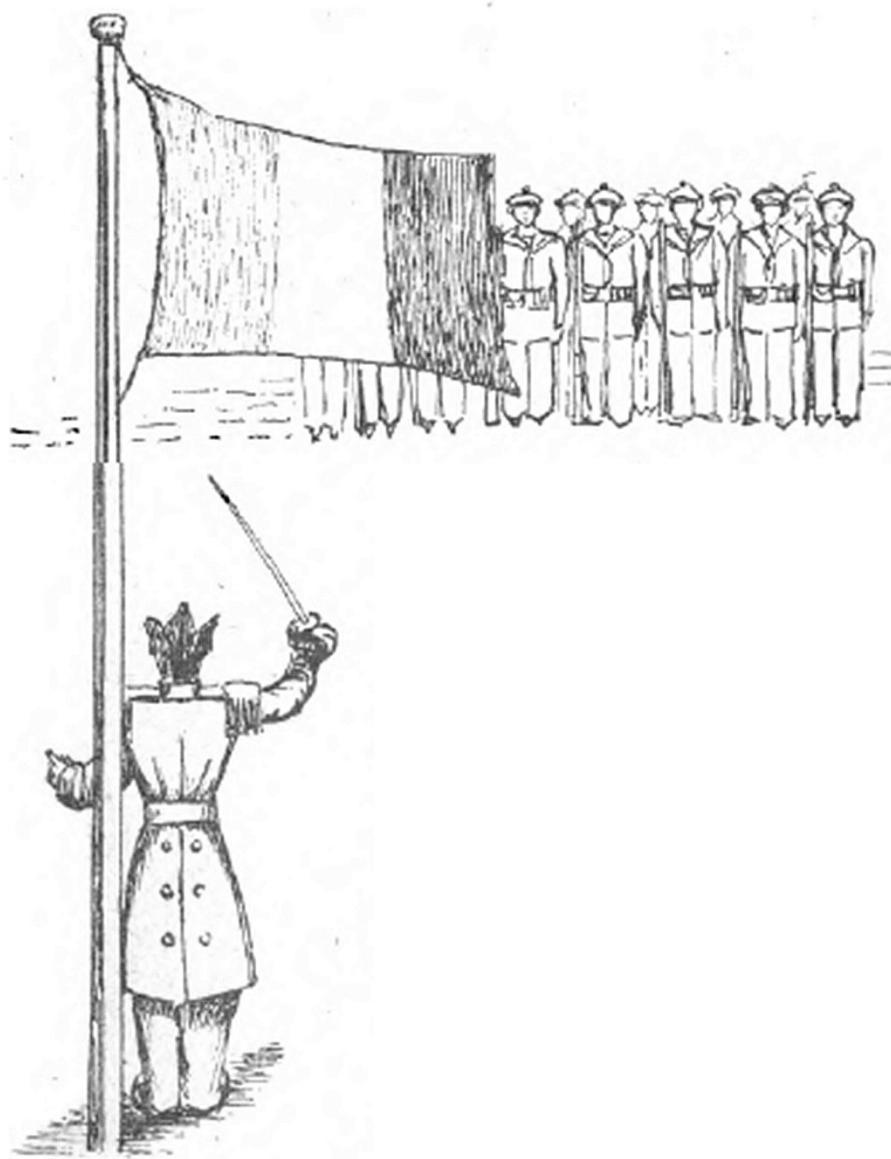
Se formarán escuadras para el trabajo; vosotros mismos, en cada una, nombraréis vuestro director e intermediario con los jefes de la Administración.

Si, como es de esperar, logramos repatriarnos, el Gobierno recompensará a cada uno según el empeño con que haya cumplido sus deberes y usará una clemencia amplísima respecto de vosotros. Contad conmigo para recomendaros a su benevolencia.

Llegado a este punto de su peroración hizo un signo; un grupo de artilleros se dirigió a un sitio reservado detrás de las tiendas y volvió arrastrando una de las ligeras piezas de artillería que formaban parte del armamento de La Aretusa, desembarcadas durante la madrugada.

El comandante continuó:

– Ahora, como esta isla no tiene designación especial en los mapas, y, por consiguiente, no pertenece a nadie; considerando que para nosotros será el suelo de la patria, voy a tomar posesión de ella en nombre del pueblo francés.



Cuando la pieza fue puesta en batería al pie del mástil, el comandante, descubriendose, pronunció con entonación solemne estas palabras:

En nombre del pueblo francés, yo, Ivo Kerguen, conde de Kerguennec, comandante del acorazado La Aretusa, declaro tomar posesión de esta isla, a la cual doy el nombre de mi barco: Aretusa.

Á una señal se izó una bandera tricolor a lo alto del mástil, que fue saludada con veintiún cañonazos, mientras que oficiales, soldados y marineros gritaban por tres veces: ¡Viva Francia!

Los deportados ni se movieron ni gritaron, demostrando una glacial indiferencia.

El comandante, que les observaba, frunció el ceño; pero como si no lo hubiera advertido continuó:

Como ya he dicho, ignoro todavía si con los medios de que disponemos podremos poner a flote La Aretusa y emprender nuevamente nuestra ruta. Nuestros primeros esfuerzos se dirigirán a este objeto.

Según el primer reconocimiento practicado, esta isla parece pobre en medios de subsistencia, a menos que un reconocimiento más minucioso revele en las partes todavía inexploradas recursos superiores a los hallados.

Por otra parte, los víveres que contiene el buque, suponiendo que no hayan sufrido avería por la inundación y empleándolos con la más estricta economía, pueden

durarnos todo lo más un año; pero, lo repito, ignoro cuánto tiempo permaneceremos prisioneros aquí.

Felizmente, a bordo se hallan semillas y raíces que habían de ser puestas a disposición de los deportados cuando llegasen a su destino, y que, en caso necesario, podremos cultivar.

Los oficiales que no se ocupen en el trabajo de salvamento del buque, explorarán la isla y determinarán el punto más favorable para el establecimiento de nuestros cultivos, si se demuestra la imposibilidad de nuestra salida.

El Gobierno, dijo dirigiéndose a los deportados, os destinaba a avalorar el suelo de nuestra colonia la Nueva Caledonia; no he podido conduciros a aquel país; en éste cumpliréis vuestro destino.

Por, el momento, el trabajo más urgente consiste en desocupar el buque para aligerarle y salvar los víveres y cuanto puede sernos útil; a este trabajo dedicaremos nuestros esfuerzos.

Se os va a organizar por equipos hoy mismo; podéis descansar el resto del tiempo que os quede libre. El trabajo comenzará mañana a primera hora. He dicho. Rompan filas.

V

Cuando terminó el comandante, soldados, marinos y oficiales quedaron en el campo oficial; los deportados, formando animados grupos, se retiraron a su campo, comunicándose sus impresiones y cambiando reflexiones.

Una vez en su territorio, lejos de dispersarse, se reunieron en un solo grupo donde por algún tiempo dominaron las discusiones particulares.

Al cabo de unos instantes, uno de los deportados levantó la voz, dirigiéndose a la reunión. Era un hombre de unos treinta y cinco años. Dos ojos grandes y ardientes animaban su fisonomía, que templaban unos labios un poco fuertes, dulcificando la expresión de la mirada. Era alto, derecho y de anchos hombros. Por lo que permitían juzgar su cabeza

rapada y su rostro afeitado como presidiario, en tiempo normal debía ostentar abundante cabellera y barba negras.

– Compañeros, comenzó, después de haber dirigido una mirada en su rededor. –¿Estamos en familia? ¿Hay algún soplón entre nosotros?

Habla, Berthaut; los corchetes han quedado allá abajo con los oficiales a tomar órdenes, dijo un deportado, mocetón de unos veinticinco años, de fisonomía alegre.

– Entonces, repuso Berthaut, –que algunos vigilen para que no nos sorprendan estudiando lo que hemos de hacer ahora.

–¿Quién viene conmigo? –dijo un tercero. –Tú, Forgeot, dijo dirigiéndose al que había respondido a Berthaut, –¿vienes?

– No tengo inconveniente; pero hemos de ser lo menos cinco o seis para circuitar el terreno. Otros cinco deportados se destacaron del grupo y se alejaron para batir el campo.

Berthaut continuó:

–El comandante ha arreglado bien el asunto para que marche a su gusto. Ha distribuido los papeles: él será el gobierno, su fuerza armada está organizada; nuestro papel es ya bien conocido, continuaremos siendo el buen pueblo

que producirá para ellos. No ha olvidado más que una cosa: consultarnos.

¡La Francia! ¡La Patria! ¡La Sociedad! ¡La Autoridad! Cosas admirables por las cuales se nos arroja del mundo y se nos entrega a la desesperación y a la muerte. Pero ha olvidado otra cosa: saber qué influencia ejerce todo eso sobre nosotros.

—¿De qué te quejas? —dijo una voz. Ser buenos chicos, nos recomendará a la benevolencia del gobierno, si puede retenernos bajo su dominio.

—¡Oh! No dudo de los buenos sentimientos de D. Ivo Kerguen de Kerguennec; pero ya que se nos presenta la ocasión de recobrar nuestra libertad, tontos seríamos si no la aprovecháramos.

Por mi parte estoy resuelto a no hacer más que lo que quiera, a no aceptar la autoridad de nadie. Y si todos aquí somos realmente lo que se nos ha acusado de ser para deportarnos, es decir, hombres libres e independientes, demostraremos a ese señor que no se hace de nosotros lo que se quiere.

—Pues caigamos sobre ellos, —interrumpió uno.

—No costaría mucho desarmar los pipiolos, agregó otro.

—Sin contar que hay entre ellos quienes no desean más que desembarazarse de sus oficiales. ¿Qué esperamos?

Las reflexiones afluían de todas partes.

Berthaut, que para hablar se había subido a una pequeña eminencia, con los brazos cruzados, dejaba pasar las interrupciones; calmada la efervescencia, prosiguió:

—Cuando, por la necesidad que tenía de nosotros, nos permitió circular fuera de nuestras jaulas y comunicarnos, recordaréis que decidimos no dejar nada a la casualidad y que esperaríamos una ocasión verdaderamente favorable. En el momento de la tempestad lo más urgente era salvarnos del peligro; pero ahora creo llegado el momento. No hemos de esperar que se restablezca entre sus hombres la disciplina, esa disciplina que los acontecimientos han comprometido grandemente. Es tiempo de decidirse...

—¡Eh, compañeros! —dijo Forgeot que llegó corriendo; creo que en el campo oficial causa inquietud vuestro conciliáculo. El comandante se agita y tiene constantemente su anteojo hacia aquí. Ha ordenado a los vigilantes que vengan a ver de qué se trata, y el grupo se dirige hacia nosotros. —Y con la mirada indicó una docena de hombres que se dirigían hacia la meseta donde se hallaban los deportados.

– Dejémosles venir, –dijo un joven rubio a quien comenzaba a apuntar la barba; vamos a despacharlos en seguida.

Sí, que paguen una vez por todas las amarguras que nos han hecho tragar.

Y un estremecimiento de cólera sacudió el grupo de los deportados.

– Lartigues no ha sido malo para nosotros, y muchas veces nos ha pasado comunicaciones de los compañeros.

– Peor para él, –replicó uno. –No se hubiera metido a carcelero.

– Una palabra, compañeros, –interrumpió Berthaut; fuera las violencias precipitadas, si no queremos advertir al comandante y que fracase nuestra rebeldía. Dejemos por ahora tranquilos a los carceleros, y ocupémonos de fijar los detalles de nuestra empresa.

Y como muchos oyentes aprobaban, agregó:

– Dejemos venir los soplones; cedámosles la plaza, y puesto que estamos bajo las miradas del comandante, propongo que con aspecto indiferente y fingiendo pasearnos vayamos por pequeños grupos o individualmente al bosquecillo que se ve allá abajo; y con el dedo señaló, en la parte opuesta al campo oficial, un bosque coronado por

una pequeña colina que ocultaba la meseta en que se hallaban los deportados.

– Para que los vigilantes no sospechen, continuó, no conviene ir directamente, sino por rodeos; algunos hasta pasando por el campo oficial. Que los que tomen ese camino lleven las mujeres y los niños consigo; eso distraerá más la atención.

Será bueno que queden algunos aquí, para entretener a los soplones e impedir que nos sigan. Desde aquí se descubre gran parte del país.

– Buena idea, dijo Forgeot; si algunos compañeros quieren acompañarme, yo me encargo de entretenerlos.

Y la reunión se dispersó lentamente. Cuando llegó el grupo de los vigilantes, apenas quedaban sobre la meseta una veintena de deportados, hombres y mujeres, ocupados en un juego de agilidad y destreza que parecía divertirles grandemente.

–¿Cómo es eso? –dijo el superior de los vigilantes, dirigiéndose a Forgeot, que acababa de pasar corriendo delante de él; –¿dónde están vuestros compañeros, que hace pocos minutos estaban aquí todos?

—¡Qué sé yo! —dijo Forgeot, saltando a un lado para evitar ser cogido por su compañera de juego, que corría tras él; —aprovechan el buen tiempo, se pasean.

Y se alejó rápidamente.

En aquel momento llegó corriendo la jugadora, dando un encontrón al vigilante que por poco le derriba. Era ésta una linda morena, de una treintena de años, llamada Melania, y era la mujer de un deportado llamado Barthomeuf.



—¡Vamos! dijo el vigilante; no estamos para juegos. Mejor sería que vuestros compañeros y vosotros mismos os dispusierais a obedecer al comandante.

Los deportados se agruparon alrededor de los vigilantes.

— Ya estamos dispuestos, dijo uno de los deportados con el acento y el tono propios de los barrios populares de París;

—hoy tenemos el día libre y hay que divertirse, porque la situación no es muy alegre.

—Precisamente porque no es alegre hay que trabajar para salir de ella.

¡Bah! Ahí está el comandante para salvarnos a todos, dijo Melania.

En cuanto a eso, tiene razón la buena moza, dijo con galantería el vigilante en jefe. —El comandante me parece un hombre de gran cabeza, capaz de sacarnos de este mal paso. Yo estoy persuadido de que hallará el medio de poner La Aretusa en estado de servicio y volvemos a Europa sin necesitar el auxilio de otro barco. Le tengo por uno de aquellos que oyen crecer la hierba.

Y la conversación se entabló amistosamente entre vigilantes y deportados.

Cuando los conspiradores volvieron a su campamento, los vigilantes, de cara al campo militar durante largo rato, de nada sospechoso se dieron cuenta, y se retiraron, encargando a Forgeot y a los presentes que cuando volvieran sus compañeros les hicieran saber que antes de anochecer volverían para proceder a la formación de las escuadras ordenada por el comandante.

Cuando, antes de anochecer, volvieron los vigilantes para formar los grupos o escuadras, los deportados les dejaron hacer y fingieron prestarse a aquella división; aceptaron también la designación de uno de los suyos como jefe de cada escuadra, y, llegada la hora del reposo, cada cual se retiró al albergue interino que se había preparado, y el campamento pareció entregado a la más perfecta calma.

Pero a media noche aparecieron unas sombras que se deslizaban cautelosamente. Salieron de la cabaña mayor, que albergaba un grupo grande, y se iban acercando a las chozas más próximas, despertando a los durmientes.

VI

Poco a poco, sin ruido y sin luz, la multitud de los deportados se halló reunida. Entre ellos había una veintena de mujeres.

– Compañeros, murmuró Berthaut en voz baja, pero insinuante; antes de ponernos en marcha, asegurémonos de que cada uno sabe lo que ha de hacer. Veamos: Landry, ¿estás seguro de tu sargento?

– Sí, respondió el interrogado; él es el que manda la guardia situada a la entrada del campamento y cuenta con dos de sus soldados. Como le tocaba de guardia esta noche, se ha arreglado para llevarlos consigo, y los pondrá de centinela en los pabellones de armas, lo que nos permitirá apoderarnos de ellas sin dificultad.

– Bien; tendremos los fusiles, pero ¿y las municiones? De éstas hay que apoderarse antes de que nuestra invasión sea conocida.

– Con algunos compañeros, disimuladamente, hemos inspeccionado el alojamiento de los marineros, dijo Forgeot; nada más fácil que deslizarnos allí una docena por diferentes sitios y echar mano a las cartucheras más próximas. Ya sabemos dónde las tienen.

– Perfectamente. Sólo falta ir allá y dar la señal al sargento de Landry. ¿Dónde has de encontrarle? dijo Berthaut dirigiéndose a éste.

– Cerca del grupo de árboles que hay delante del campamento.

– ¿Cuántos soldados montan la guardia?

– Una veintena

– ¿Seréis suficientes treinta?

– Sí

Pues adelante. Ya sabéis lo que nos espera si somos sorprendidos en vez de sorprender a los otros. El comandante hará fusilar cierto número de nosotros, para escarmiento, y apretará los tornillos a los demás. Por consiguiente, es cuestión de triunfar a toda costa. Al que

resista, peor para él; pero si podemos apoderarnos de las armas sin violencia y sin víctimas será lo mejor.

Un murmullo apagado de aprobación recorrió el grupo.

—¡Adelante! Descendamos en pequeños grupos ocultándonos todo lo posible, y que cada uno se dirija rápidamente al sitio que se le haya designado para estar dispuesto a obrar cuando vea elevarse el cohete que Lemaire encenderá oportunamente. Hay que observar que no hay más que un cohete, que tomé cuando desocupábamos el barco, sin saber para qué serviría, y como ha de preverse todo, si falla, Lemaire encenderá un gran fuego que será visible en todas partes. En todo caso siempre se producirá algún ruido que servirá de aviso a los que no vieran la señal, y cuando esto ocurra, los que se hallen en ese caso, vayan adelante. ¡Ahora en marcha!

Y deslizándose entre las matas, amortiguando sus pisadas, los deportados se dirigieron por varios senderos al campamento donde todo parecía dormir.

Al fin, a las dos de la madrugada, un cohete se elevó lentamente desde la meseta ocupada por los deportados. a esta señal salieron todos de sus escondrijos, se precipitaron sobre los pabellones, se apoderaron de los fusiles y se replegaron hacia atrás para agruparse.

Al mismo tiempo, Forgeot y sus amigos se apoderaron de cuantas cartucheras hallaron a mano, y corrieron a unirse a sus compañeros.

Pero el movimiento no se operó con tanta rapidez que no suscitara alarma. En efecto, un centinela, viendo movimientos sospechosos, disparó su fusil.

Rápidamente se levantó un gran rumor: los hombres, sorprendidos en su sueño, chocaban unos con otros en la sombra, se preguntaban, iban y venían atolondrados sin explicarse lo que ocurría. Aparecieron algunas luces, y pronto las voces de los oficiales dominaron el tumulto.

¿Qué ocurre? –preguntaban.

¡Nos han robado los fusiles! –exclamaron algunas voces.

¡Y nuestros cinturones! agregaron otras. En aquel momento el grupo de los oficiales estaba plenamente iluminado por los que llevaban antorchas.

Se les veía agitarse sacudiendo a los hombres que les venían a mano, mientras que los deportados permanecían en la obscuridad.

–¡Cómo! ¿Os han quitado las armas? –exclamó el comandante. –¿Cómo ha sido eso? ¿No se han tomado las medidas de vigilancia que había ordenado?

– Sí, mi comandante, respondió un oficial. Yo mismo dispuse la guardia.

– Mañana lo veremos, –dijo el comandante cuya voz temblaba de cólera. Ahora urge recuperar las armas perdidas. Los deportados han dado el golpe. ¡A ellos!...

– Es inútil, mi comandante, dijo la voz burlona de Berthaut, quien apareció en el círculo de luz que proyectaban las antorchas alrededor del comandante; y le prevengo que si usted y sus hombres dan un paso, una descarga de vuestros fusiles os harán caer a tierra.

¡Apodérense de ese hombre! gritó con rabia el comandante.

Nadie se movió. Un grupo de deportados rodeaba a Berthaut con los fusiles preparados. Detrás, en la penumbra del alba, se veía la masa de los deportados destacarse lentamente de la obscuridad en que se hallaba envuelta, poniendo en batería el único cañón que había sido desembarcado y que tenían en su poder.

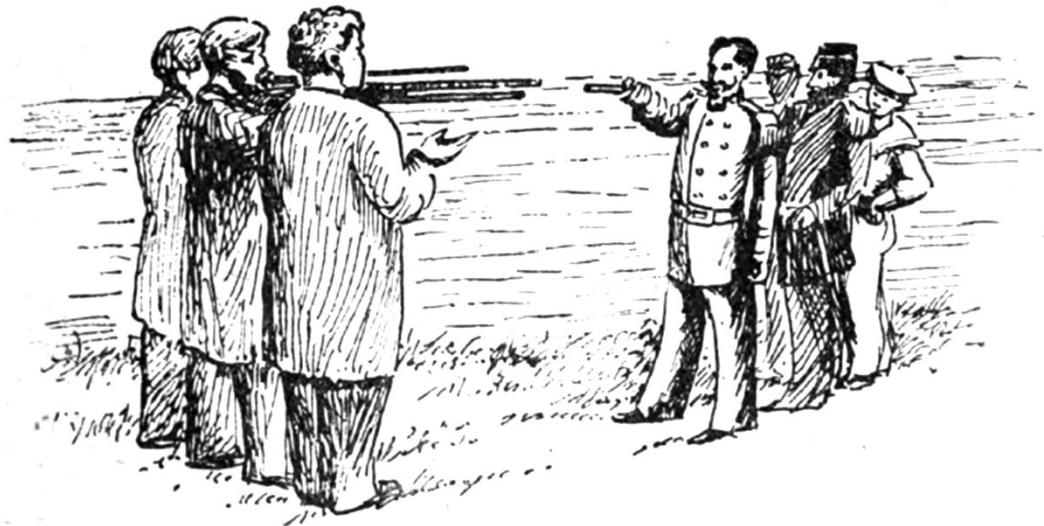
El comandante sacó su revólver y elevó el brazo en dirección de Berthaut.

– Tire usted ese revólver, dijo éste, o mis compañeros disparan.

Los deportados que le rodeaban apuntaban al grupo de oficiales.

El comandante vaciló; bajó y levantó su arma varias veces; pero miró en rededor, y viendo sus hombres sin armas, excepto la docena de vigilantes armados solamente con revólveres, arrojó furioso su arma y se cruzó de brazos.

– Está bien, dijo Berthaut, que los oficiales y los vigilantes hagan lo mismo.



Todas las armas fueron arrojadas. Dos deportados se acercaron a recogerlas.

Berthaut dijo entonces con cierta ironía:

– Señor comandante, usted decidió ayer sobre nuestra suerte sin consultarnos, lo que debió parecerle natural, dadas sus ideas y sus funciones.

Cuando estábamos a bordo sufríamos la ley del más fuerte; la rebeldía era imposible.

Cuando en la furia de la tempestad necesitó usted de nosotros y nos dio alguna libertad, como se trataba de la salvación común, trabajamos cuanto pudimos.

Pero hoy que la desorganización de la fuerza y de la disciplina que usted representa nos ofrece la posibilidad de recobrar nuestra libertad, adquirimos nuestra cualidad de hombres libres.

Arrojados a una tierra donde no existe sociedad ni poder establecido, rechazamos la autoridad de usted y no acatamos sus reglamentos...

– Ya veo que es usted buen orador, dijo irónicamente el comandante. Pero le ruego que abrevie. ¿Qué intenciones son las vuestras? porque a pesar de vuestras amenazas, os prevengo que no aceptaremos vuestras órdenes lo mismo que vosotros no queréis aceptar las nuestras. Aunque desarmados, podemos resistir. Ha sido necesario que obraseis por sorpresa...

–¿Contaba usted con que le pediríamos cortésmente que nos entregara las armas? –interrumpió Berthaut con ironía apropiada a las circunstancias.

Por lo demás, tranquilícese usted, no le obligaremos a obedecernos; salvo el caso en que quiera oponérsenos. No en vano hemos luchado por ideas de libertad e independencia. Si no queremos obedecer no es para erigirnos en amos en lugar de los amos derribados.

Nos contentamos con desarmaros. Los que quieran vivir con nosotros como compañeros, como iguales, felices por aportar su parte de esfuerzos a la obra común, satisfechos de tener una parte igual o equivalente en libertad y en subsistencias, podrán unirse a nosotros.

En cuanto a los que crean que una sociedad necesita amos y esclavos, los que piensen no poder ser dichosos si no tienen una autoridad tutelar que les ponga trabas en su evolución, o se crean con derecho a poner trabas a la de los demás, esos pueden formar su sociedad permaneciendo con usted, no les contrariaremos. La isla es bastante grande para contener dos grupos de aspiraciones diferentes.

Los víveres y los instrumentos serán repartidos a prorrata de los participantes. Únicamente nos reservamos los fusiles y los cañones. Cada uno participará, en la medida de sus fuerzas, en el desembarco de lo que queda en el buque, y la distribución se hará en seguida equitativamente...

– En todo esto, dijo el comandante, habla usted prescindiendo de La Aretusa, como si se tratara de establecerse sobre esta isla, ignorando si será posible sacar

a flote el buque. Supongo que no tendréis la intención de retenernos aquí contra nuestra voluntad, si fuera posible utilizarle.

—Eso lo veremos después, —replicó Berthaut. No tenemos más que deciros. Ya viene el día; nos retiramos a nuestro campo y procederemos a la visita del buque. Podéis desde luego buscar un terreno a propósito para vuestra colonia, porque supongo que seréis de nuestra opinión respecto a la conveniencia de que los dos campos estén distantes entre sí...

Mientras se desarrollaba esta escena, marinos y soldados habían escuchado sin comprender, en su mayoría, más que los papeles se habían cambiado y que por lo pronto los deportados eran los más fuertes.

Sin embargo, algunos, que en el desorden no habían hecho la menor tentativa para recobrar sus armas, se desprendieron de su grupo y se dirigieron hacia los deportados, que se disponían a volver a su campo.

¡Eh, compañeros! No os vayáis sin los amigos, —dijo uno de ellos.

El comandante, viéndoles abandonar las filas, dio un paso hacia ellos.

La deserción ante el enemigo se castiga con la muerte, gritó rechinando los dientes de rabia. –Si puedes atraparnos, dijo uno de los desertores haciéndole dos palmos de narices.

– Sin contar, –añadió otro, que te venía sufriendo hacía mucho tiempo y no esperaba más que una ocasión para abandonarte.

–No te hubieras llevado mal chasco, dijo un tercero, si creías que hubiéramos tirado contra compañeros para ayudarte a hacer el terrible Fierabrás.

Y los desertores fueron a perderse en los grupos de los deportados, que les recibieron amistosamente.

El comandante, con los brazos cruzados y pálido de rabia, los miró alejarse. Después, volviéndose hacia su tropa, dijo:

– Soldados y marinos, habéis permanecido fieles a vuestro deber; ya arreglaremos cuentas, y la Patria recompensará a los fieles a la bandera y castigará a los malos soldados. Ya que nos hemos dejado sorprender y que hemos de sufrir lo que no podemos impedir, no pactaremos con los rebeldes. Dejémosles con su rebeldía, y vamos a buscar un sitio donde establecernos.

Y bajo los rayos del sol, que en aquel momento se mostraba en el horizonte, se alejó con su tropa, cabizbajo y

corrido, bajo la mirada burlona de los deportados que le veían alejarse, sin haber arriado para llevarse la bandera tricolor que ondeaba al viento indiferente a los sucesos que a su presencia habían tenido lugar.

De repente, uno de los soldados que se habían unido a los deportados, corrió hacia el mástil.

–¡Compañeros! –dijo; –ayer, el comandante, haciendo izar esa bandera que en tan lastimoso abandono deja hoy, declaró tomar posesión de esta isla en nombre del pueblo francés, y le dio el nombre de Aretusa. Pues yo, Hugo Sauriac, en nombre de los hombres libres aquí presentes, declaro esta isla libre de toda servidumbre, accesible a todos los humanos sin distinción de nacionalidad, y propongo se denomine Tierra Libre.

No izaremos bandera, porque no necesitamos ese símbolo; pero propongo un triple aplauso por Tierra Libre.

Y los deportados, riendo a carcajadas, aplaudieron gritando:

–¡Hurra por Sauriac! ¡Hurra por Tierra Libre!



VII

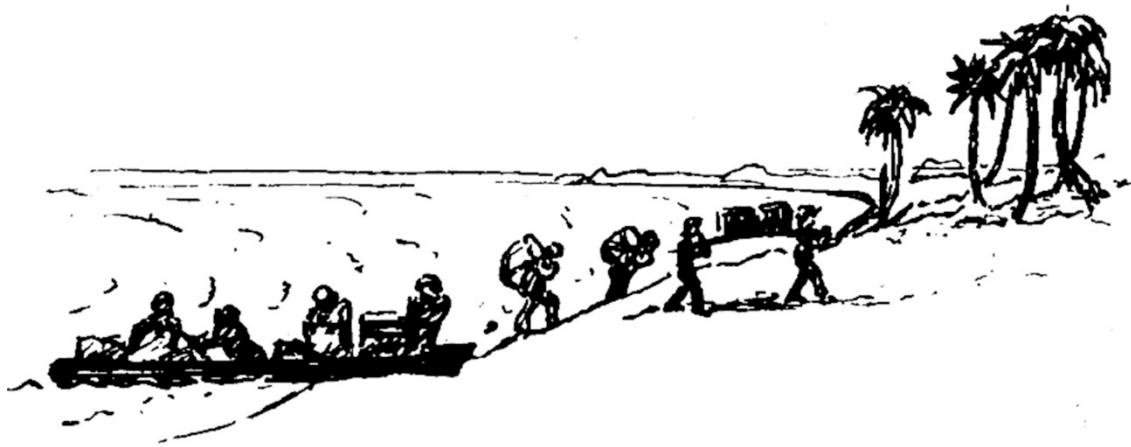
Han transcurrido algunas semanas desde que los naufragos de La Aretusa desembarcaron en la isla, triunfó la rebeldía y se hizo la separación.

Los deportados permanecieron sobre la altura que ocuparon desde el principio, cerca de la playa, cobijándose bajo los albergues provisionales que habían construído. La estación era suave y bella y les permitía contentarse con aquellos ligeros resguardos, aplazando para después, cuando hubieran, puesto en seguridad los víveres y los instrumentos desembarcados, el cuidado de más firmes instalaciones.

Respecto del pobre barco, se había adquirido la seguridad de que era imposible, con los escasos medios de que se disponía, ponerle en estado de navegar.

Cogido entre las dos rocas como entre las piezas prensoras de un tornillo gigantesco, se hubieran necesitado pontones con poderosos cabrestantes y formidables máquinas para levantarle, porque se hallaba como embutido en las rocas, por haber cedido la carena a la fuerza del choque. Después, para reparar desgarros y erosiones, se hubiera necesitado una cala seca.

El comandante quiso asegurarse por sí mismo del estado del buque, no queriendo creer en su irreparable pérdida por la ajena opinión, y al efecto fue con sus oficiales al campamento de los deportados a pedirles permiso para visitar el barco, a lo que accedieron sin dificultad, y después de la inspección hubo de reconocer que había que renunciar a toda esperanza.



Se había, pues, procedido con actividad al desembarco de todo lo existente en La Aretusa.

Marinos y soldados habían suministrado su contingente para la faena.

Por supuesto, se habían tomado las precauciones necesarias contra un posible atentado. En los primeros días se desembarcaron la media docena de piezas ligeras que tenía el buque y fueron colocadas en batería en la villa, protegiendo sus inmediaciones por el lado del campo militar lo mismo que del lado de la playa.

Además, un destacamento de deportados armados vigilaba constantemente las operaciones.

Los más radicales de la colonia se reían de la anomalía de tener una milicia, cuando en el campo militar, si existía la división por castas de jefes, funcionarios y gobernados, no había ya ejército.

Verdad es que había una razón para ello: que ya no tenían armas, excepto los oficiales, que habían conservado su espada porque los deportados no habían creído necesario pedírsela.

Si, como gobernador, hubiera deseado tener una guardia de honor, el ridículo de verse hacer la parada con palos arrancados a los árboles del bosque inmediato, le hizo desistir de la idea. Ninguna otra necesidad podía hacerse sentir de una fuerza armada; nada había que temer de los

deportados, puesto que por su buena voluntad había podido formarse un segundo campo.

Ni contra los simpáticos al movimiento rebelde que pudieran quedar en el interior era necesario el armamento, puesto que, sea libre elección, ignorancia o resto de temor inspirado por la disciplina, los que habían quedado en el campamento oficial permanecían por su propia voluntad. Además, la proximidad del campo libre hubiera hecho peligroso el empleo de la fuerza contra los individuos.

La situación era verdaderamente extraña. Sólo por el hecho de su vecindad, los deportados se veían obligados a conservar una supervivencia, aunque muy ligera, de militarismo, y la sociedad autoritaria tenía necesidad de contar con la buena voluntad de todos sus participantes y de renunciar, aunque fuera accidentalmente, a algunos de sus medios coercitivos.

– Vosotros tenéis la culpa, –decían los deportados a los soldados que se les burlaban–, si nos vemos obligados a armar tropas; pero perded cuidado, que eso no es más que una tarea que cada uno cumplimos por turno, ya que vuestra imbecilidad nos obliga a ello, y no se convertirá en institución, porque tenemos gran cuidado de no darnos jefes, y la abandonaremos cuando vosotros seáis más inteligentes.

– Sí, sí, replicaban los Aretusianos, tal era el nombre que les aplicaban los deportados, en tanto que éstos, ratificando el nombre dado a la isla por Sauriac, se denominaban Terraliberianos; –el tiempo lo dirá. Vosotros no queréis jefes; pero los más fuertes o los más despabilados os gobernarán, o acabaréis por mataros unos a otros.

El desembarco empleó bastante tiempo, porque se había decidido trasladar a tierra todo lo portátil de La Aretusa y no se disponía más que de tres chalupas, una de ellas a vapor; las demás habían sido arrancadas por la tempestad.

El traslado se llevó a feliz término sin la menor dificultad.

Se acordó destruir el barco, para arrancarle todo el hierro que contenía y que tan útil sería en tierra, lo mismo que las grandes piezas de artillería; mas para esto habían de construirse balsas capaces de soportarlas, y, por tanto, esas operaciones quedaron aplazadas hasta que lo permitieran los trabajos de instalación, porque era preciso dedicarse con urgencia a la agricultura y también a construir habitaciones permanentes.

Cuando todo lo transportable fue trasladado a tierra, se hizo inventario de los víveres, y, según la promesa de los Terraliberianos, se distribuyó lealmente a prorrata de los individuos de cada comunidad.

También se repartieron los instrumentos, utensilios y otros objetos de alguna utilidad, como las semillas y raíces de que habló el comandante.

Únicamente las armas fueron monopolizadas por los Terraliberianos.

Como a los Aretusianos les era más costoso el traslado por hallarse su campo más lejos de la orilla, los Terraliberianos les ayudaron a construir parihuelas que facilitaran la tarea.

El trasbordo del barco a la costa, y, para los Aretusianos, de la costa a su campo, exigió algunas semanas.



El vaivén de un campo a otro, las relaciones continuas entre soldados, marineros y deportados produjeron

naturalmente discusiones y cambio de impresiones y de ideas.

Los oficiales, no queriendo comprometer su dignidad, no habían vuelto a poner los pies en el campo de los deportados desde su única visita acompañando al comandante para el permiso de visita a La Aretusa.

Los grupos de servicio iban mandados por subtenientes, que en muchas ocasiones habían de extremar la tolerancia dando inusitada elasticidad al rigor de la ordenanza.

Muchas veces se suspendía el trabajo para discutir con mayor comodidad.

Después de haberse efectuado el último viaje de los Aretusianos, llevándose el resto de lo que les había tocado, la población terraliberiana se había aumentado con una decena de tránsfugas de Aretusa.

VIII

Mientras que una parte de los deportados trabajaban en el desembarco, otros se dedicaban a construir cobertizos más sólidos para poner a cubierto las provisiones y los utensilios, que era lo más urgente, puesto que de su buena conservación dependía el porvenir de la colonia.

En el centro del terreno donde se habían plantado las chozas provisionales, que habían de ser reemplazadas por verdaderas casas, se decidió edificar los almacenes. Y en tanto que unos cortaban árboles, labraban los troncos y serraban tablas, otros preparaban los solares, removían tierras y cavaban subterráneos.

Transcurrieron quince días antes que se terminara el cobertizo, porque no se poseía ningún medio de transporte; los árboles se arrastraban con cuerdas desde el sitio en que habían sido cortados hasta el en que habían de utilizarse.

Además, no poseyendo más que hachas y sierras de mano en corto número, para obtener una sola tabla había que cortar troncos enteros. Se había tratado de servirse en este caso de árboles pequeños, pero siempre se tropezaba con la escasez de herramientas.



Afortunadamente la madera abundaba, y, por el momento, más importancia se daba a la solidez que a la elegancia.

El taller de carpintería de a bordo suministró todo su herramiental, que facilitó en gran manera la tarea.

Por último, la obra fue terminada, y poco más de dos semanas después de la repartición, –los víveres y las mercancías desembarcadas de La Aretusa quedaban en Tierra Libre almacenadas y al abrigo del mal tiempo, pudiendo los colonos pasar a otro orden de trabajos.

Bueno era tener víveres; mas, como había dicho el comandante, solamente durarían un año. Ignorábase qué recursos podría suministrar la isla. Algunos colonos habían hecho varias excursiones hacia el interior, pero ninguna exploración seria se había intentado.

Se acordó celebrar una deliberación sobre lo que faltaba que hacer.

El punto de reunión era una ancha plaza que se había trazado en el centro de la especie de villa edificada, rodeada por los almacenes y las chozas provisionales.

Toda la población, hombres, mujeres y niños estaban presentes.

Cuando los colonos se vieron reunidos, uno se subió al tronco de un árbol y tomó la palabra:

– Compañeros, hemos realizado una parte del trabajo necesario; hemos de continuar, y para eso nos reunimos. Ahora que hemos puesto nuestras provisiones a cubierto, se trata de renovarlas cuando se agoten. Como es este un

asunto que interesa a todo el mundo, que cada uno dé su opinión; que los que tienen ya alguna idea la expongan para que se decida lo que ha de hacerse.

¿Qué piensas tú? –preguntaron algunos. –Lo que pienso sobre el particular es bien sencillo. Es cosa convenida que, dada la corta cantidad de semillas y de raíces de hortalizas que poseemos, y para evitar todo derroche y desperdicio, todo se cultivará en común, –confirmaron varias voces.

- Por supuesto.
- Pues sólo falta decidir dónde y cuándo hemos de comenzar a roturar.
- Dónde y cuándo comenzar. Lemaire acaba de resumir la situación, dijo uno que en un extremo de la plaza sobresalía sobre las cabezas de todos. –Por mi parte insisto en mi idea: ante todo se debería explorar la isla, conocerla bien, darse cuenta de lo que contiene. Cuando se la conozca, se sabrá lo que podemos esperar de ella, y con conocimiento de causa podremos decidir dónde conviene establecernos y calcular el trabajo necesario.

–Yo, dijo Berthaut, repetiré lo que ya se ha dicho en el curso de estas discusiones: debemos permanecer cerca de la costa, donde hemos hecho trabajos de instalación provisional. El terreno no falta en nuestro rededor, y me parece perfectamente apropiado, sin más inconveniente

que la duda en la elección. Se aproxima el tiempo de la siembra; no lo desperdiciemos. Además, no todos son indispensables para estos trabajos, y bien pueden destacarse una docena de compañeros para explorar la isla.

Entonces dominaron las conversaciones particulares, prolongándose por algunos momentos.

Al fin una voz reclamó la atención general.

– Yo tengo algunos conocimientos geológicos, y creo que no puedo emplearlos mejor que ayudando al reconocimiento de la isla. Si una docena de compañeros quieren unirse a mí, mañana nos pondremos en camino.

– He ahí un asunto arreglado, dijo Berthaut; –los que quieran acompañar a Thiebaud que se entiendan con él y con los almacenistas para tomar los víveres y utensilios necesarios.

Ahora, en lo referente a la elección del terreno que se ha de roturar, creo necesario, antes de toda discusión, que los que tengan conocimientos agrícolas nos den su parecer. ¿No hay campesinos entre nosotros?

– ¡Eh, Thirion! Tienes la palabra, dijo una Voz.

Un remolino se produjo en la multitud, y un colono subió al tronco que ocupaba Berthaut.

¿Campesinos? Sí, yo sé de una docena que conocemos el oficio; yo merecio de ser uno de tantos, y no hay duda que hemos de ser de gran utilidad para la colonia.

—¡Magnífico! —dijo uno. —A la agricultura, que carecía de brazos, le brotan aquí cabezas. Ya extrañaba yo que Forgeot no saliera con alguna tontería, dijo otro.

—¿Qué creéis, pues, que debe hacerse?

—En primer lugar, dijo Thirion, conviene hacer el inventario de los instrumentos y herramientas que poseemos, y saber con qué supliremos los que nos faltan. Ya me he informado sobre el particular y creo que la falta principal consiste en eso...

—¡Buen pensamiento!, dijo una voz. —He ahí una cosa en que no había pensado.

Como se ha formado una lista de todo lo guardado en almacén, puede saberse en seguida. Creo que Barthomeuf es el almacenista: que nos diga lo que guarda.

—¡Eh! Barthomeuf, almacenista del diablo, gritó un lector de Alejandro Dumas; a ver esa lista y dinos cómo andamos de instrumentos aratorios.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —dijo el aludido, que se presentó llevado en triunfo por dos compañeros de buen humor. Ya sabía yo que sería necesaria la lista. Esperad un momento.

Y sacando un cuaderno de su bolsillo se puso a consultarlo.

Decíamos herramientas... He aquí: tenazas, sierras, martillos...

Tú sí que eres martillo. ¿Dónde has visto que eso sirva para plantar coles?

Forgeot continuaba demostrando su ingenio. –¡Cierra el pico! –dijo uno, –si no tienes algo más importante que decir. No estamos aquí para bromas.

– Esperad, palas, piquetas, ¿sirve esto?

–¿Cuántas hay?

– Cuatro piquetas y dos palas.

–¿Qué más?

–Qué más... qué más... repetía Berthomeuf

– No veo más instrumentos aratorios, –dijo ojeando el cuaderno.

Continuó Bathomeuf; –aquí está:

–¿No hay azadones, ni un mal arado?

– No; si te parece poco te servirán una segadora de última invención.

Sí, fresca.

– Hagamos una cuanto antes.

– Forgeot, dijo Thirion, haz el favor de callarte por ahora, que en este asunto no estás en tu centro. Después dirigiéndose al auditorio:

– Cuatro piquetas y dos palas es poca cosa; pero desocupando el barco he visto un montón de instrumentos que jamás serán aquí de gran utilidad; hay además el blindaje de La Aretusa; todo eso puede servirnos para forjar instrumentos. Aquí habrá herreros; si no los hay aprenderemos a forjar, y así podremos fabricar lo que nos falta.

– Yo soy herrero, dijo una voz.

– Y yo,

– Y yo, y yo, repitieron otras.

– Entonces nada mejor podemos desear, dijo Berthaut.
– ¿Se ha agotado el asunto del arado?

– Nada más fácil, dijo Thirion. No se necesita uno de modelo complicado; con los herreros y los carpinteros yo me encargo de poner uno en marcha.

–¿Con ruedas?

– Ya que estamos en ello, ¿puede fabricarse uno?

–No son absolutamente necesarias; puede prescindirse de ellas; pero si se ponen, habrá menos resistencia. Veamos: ¿hay algún carretero entre nosotros? e interrogó a la multitud con la mirada.

Como nadie respondiera, dijo:

Si no hay un carretero, bien habrá algún carpintero que pueda construir un par de ruedas... –Yo, respondió uno; –nunca he trabajado en grande, pero he hecho ruedas para carros de niños, y creo poder extenderme a la construcción de otras más sólidas.

Bueno, dijo uno, pero ¿con qué tiras de él?

–¡Es verdad! dijeron algunos, no tenemos bestias de tiro.

– No importa, dijo Thirion; aquí somos muchos para tirar del arado, que siempre es más ventajoso que trabajar con el azadón.

¡Arre, macho! dijo Forgeot causando muchas risas.

Pues adelante, —dijo Thirion; —tenemos piquetas, azadones, arado y todo lo que necesitamos. Los que se encarguen de la fabricación no tienen más que entenderse, y si les hace falta ayuda que lo digan. Queda la cuestión del terreno. ¿Por dónde empezaremos? Para mí, continuó señalando con el dedo hacia un claro del bosque, ya tienes un arado, creo que allá abajo, cerca del arroyo, es un sitio excelente.

— Yo, dijo otro de los agricultores, creo que por allí, —y señaló un punto del otro lado—, hacia aquel ramillete de árboles del campamento, y de palmeras, tendríamos mejor exposición.

— Sí; pero está menos resguardado, —replicó Thirion.

— ¿Y por qué no allá abajo, cerca de aquel ribazo? —dijo un tercero, indicando una colina hacia otro punto del horizonte.

Me parece muy pedregoso.

Cerca del arroyo podríamos regar, si fuese necesario.

— Sí; pero falta saber si el terreno es bueno. He examinado el que indico y me parece excelente. —No será mejor que el cercano a los árboles. Chevrier y yo le hemos recorrido ayer y nos ha parecido inmejorable.

Hay que derribar muchos árboles, especialmente para abrir el camino necesario para ponerle en comunicación con el campamento.

– ¿No se necesitan árboles para los instrumentos, para construir viviendas más sólidas y para amueblarlas? Pues con un tiro daremos dos golpes. Allá abajo, hacia la colina, falta espacio; la colina corta el terreno y habría de cultivarse por bandas laterales.

– ¿Qué importa eso?

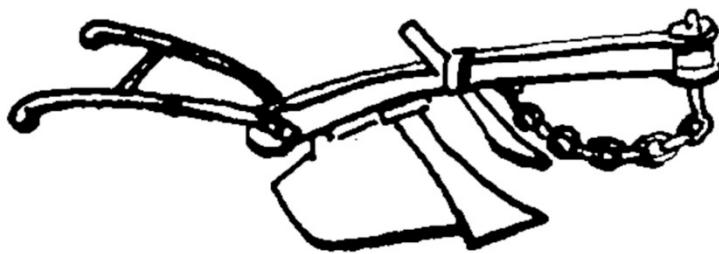
– Sí que importa, porque se emplea menos tiempo en trabajar un campo de una sola vez, que si se ha de remontar la colina para pasar de un campo a otro.

Y tú con tu arroyo, ¿quién te asegura que no inundará el terreno el día menos pensado?

¡Eh, compañeros! –dijo Forgeot; –de ese modo la discusión puede hacerse interminable. Si en lugar de perder el tiempo alabando, no vuestros productos, sino los terrenos de vuestra elección, se visitasen los tres, podrían apreciarse las ventajas y los inconvenientes que presente cada uno, y se podría resolver con conocimiento de causa.

– ¡Hola! exclamó una voz; veo que no eres tan tonto como parecías.

Y la proposición, que pareció racional y práctica, quedó adoptada, decidiendo visitar los terrenos a la mañana siguiente para decidir a cuál habría de darse la preferencia.



IX

Al día siguiente a primera hora los colonos estaban dispuestos para la faena: se trataba de dedicarse todos al trabajo, deseando cada cual saber a qué atenerse sobre el tiempo dedicado a la colonia y el que podría dedicar cada uno a trabajar por su cuenta para instalarse cómodamente.

Thiebaud, el geólogo, y Ridoux, el que quería ante todo explorar la isla, organizaron la partida de los exploradores.

A fin de acelerar el trabajo, y también para ponerse de acuerdo los dos promovedores de la expedición, decidieron formar dos grupos, dedicándose cada uno a visitar la mitad de la isla.

Con cinco o seis hombres para cada grupo habría suficiente; pero a la pregunta: ¿Quién quiere formar parte de la expedición?, se presentaron veinte hombres.

Los organizadores se vieron en una dificultad, por no querer disgustar a nadie, y no teniendo motivos para escoger a unos y rechazar a otros.

– Pensad, compañeros, dijo Thiebaud, que se trata de un viaje fatigoso, que durará una docena de días, durante los cuales habrá que sufrir algunas privaciones, porque, forzados a llevar nosotros mismos nuestras provisiones, no tomaremos más que lo indispensable, contando con que el país nos suministrará la bebida. No sabemos lo que nos reserva; puede suceder que nos extravíemos y que el viaje dure más que lo previsto, lo que nos pondrá en una situación crítica si la isla no nos suministra víveres. Por otra parte, una decena de hombres es suficiente, y dado que el trabajo no falta aquí, más lógico es que se queden los que no sean necesarios para la expedición.

Expuestas estas reflexiones, dos o tres voluntarios consintieron en retirarse; sobraban tres o cuatro, pero la cosa no tenía importancia. El grupo fue pronto armado, equipado y provisto de víveres, con sables para la tala de arbustos y malezas donde fuera necesario abrirse paso, y brújulas para dirigirse. Se dividió en dos bandas que debían explorar el terreno a lo largo de las costas y volver por el interior, tomando la una la derecha y la otra la izquierda, después de cambiar muchos apretones de manos y ser despedidos por toda la población. Por su parte los herreros

y el carretero no perdían el tiempo. Este último buscó y halló en seguida tres o cuatro leñadores para ayudarle a derribar los árboles que habían de suministrarles la madera necesaria.

El taller de carpintería apenas proporcionó media docena de hachas bastante fuertes para trabajar útilmente en la corta de árboles; pero la armería con sus hachas de abordaje proporcionó en abundancia para los trabajos más ligeros.

Los herreros hallaron bastante hierro en almacén para sus primeros trabajos, sin haber de recurrir por el momento al blindaje de La Aretusa. El taller de los mecánicos de la tripulación suministró la fragua, que fue a buscarse con una chalupa para trasladarla a tierra, donde había de funcionar interinamente al aire libre. En el almacén se halló el resto del instrumental: martillos, pinzas, muela y dos yunque.

Un pequeño grupo de cavadores estaban ya dispuestos a preparar el solar escogido para el taller, cuando los que se interesaban en los trabajos de la agricultura se pusieron en camino para visitar los terrenos en competencia.

Gran número de los aficionados a la agricultura, considerando que debían limitarse a seguir las indicaciones de los más experimentados en las cosas agrícolas, ya que ellos no tenían dato alguno que aportar al asunto, juzgaron inútil asistir a la inspección de los terrenos, prefiriendo atenerse a la opinión de los competentes, ocupándose en

otros trabajos de utilidad, de mejora o de innovación en su propio beneficio.

Sólo una cincuentena de colonos fueron a visitar los terrenos. Fueron primeramente al del arroyo, designado por Thirion.

El terreno fue minuciosamente examinado. La tierra era franca, la roturación no ofrecería grandes dificultades; no había necesidad de trazar un camino, salvo un corto trayecto. Únicamente, si hubiera avenidas fuertes podría ocurrir la inundación.

En resumen, exceptuando ese peligro, el terreno pareció bueno y la elección acertada.

El sitio era encantador, por todas partes se veían agavanzos cubiertos de flores que embalsamaban el ambiente. De común acuerdo fue denominado el Roseral.

Acercándose la hora del almuerzo, regresó la expedición a la villa, decidiendo continuar la visita por la tarde, y cuando volvieron a la tarea, se dirigieron al terreno dominado por el ramillete de árboles, designado por un agricultor llamado Ferrand.

Hallábase separado de la villa por un espacio ondulado, y esta fue una de las primeras dificultades notada. Habrían de cortarse muchos árboles para trazar un camino.

El terreno no ofrecía nada de particular, y parecía de roturación fácil. a causa del ramillete de palmeras que le dominaba, el sitio recibió el nombre del Palmeral.



Faltaba visitar el terreno inmediato a la colina. Éste, como los anteriormente visitados, parecía excelente, pero tenía el inconveniente de hallarse cortado por una serie de montículos, el mayor de una treintena de metros de altura, que se extendían sobre un centenar de metros de anchura y tenían aproximadamente un kilómetro de longitud.

Para tener un terreno de una sola pieza, a un lado u otro de los montículos, hubiera sido necesario tomar parte de los bosques circundantes, y eso complicaba el trabajo.

El que lo había propuesto sostenía que careciendo de maquinaria de vapor, no teniendo más que un arado, la piqueta y el azadón, no había interés alguno en tener un terreno de una sola pieza, y que su apoyo sobre el ribazo, sin impedir una buena exposición, tenía la ventaja de resguardarle algo de los vientos.

Si el camino que hubiera de trazarse exigiera el corte de mayor número de árboles, eso no sería trabajo perdido, puesto que se necesitaba la madera; que era preferible cortarlos a quemarlos, como alguno había indicado.

Y la discusión comenzó de nuevo, cada uno elogiando el terreno de su preferencia y descubriendo nuevos defectos y obstáculos en los de las otras proposiciones.

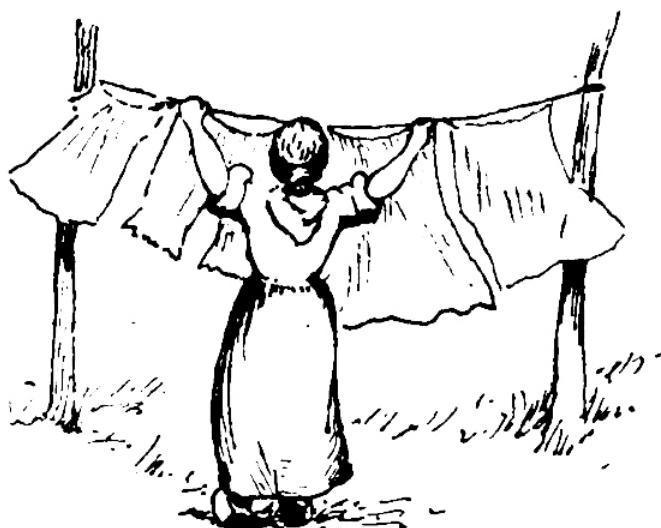
Había cierto número de individuos sin opinión fija; les era indiferente uno u otro de los terrenos.

Y la discusión continuaba cuando llegaron a la villa. Mas como los que tenían empeño en una de las proposiciones no cedían, y se había convenido que se procedería por acuerdo general y no por mayoría, se acordó aplazar la decisión al día siguiente, esperando que la noche sería buena consejera.

Los colonos que habían quedado en la villa se ocuparon en diferentes trabajos: reparación de utensilios, albergues y terraplenes; pero la mayor parte se habían dedicado a

trabajos de carpintería, construcción de sillas, mesas, cofres, etc.

Abajo, en el arroyo que serpenteaba en la llanura y contorneaba un lado de la eminencia en que estaba situada la villa, un grupo de mujeres lavaba la ropa y otras la tendían en cuerdas atadas a los árboles.



Dejando su trabajo, los sedentarios salieron a recibir a los que llegaban, para saber lo que se había resuelto. Se formaron grupos por todas partes comentando los incidentes de la excursión, o exponiendo los propósitos particulares de cada trabajador y los rasgos de ingenio a que cada uno había de recurrir en aquel medio, tan diferente al en que antes habían vivido, y al rumor de las conversaciones dominaba la nota aguda del martillo que golpeaba el hierro candente, dando animación y esperanza de vida a la colonia.

Coloreaba el cuadro con tonos vivísimos el sol, que descendía lentamente en el horizonte, hacia el mar.

X

La noche no se acreditó de buena consejera, porque la discusión se renovó al amanecer con mayor energía. a fuerza de querer demostrar la solidez de sus objeciones, cada uno se aferraba con mayor tenacidad a su opinión, transformando la duda en verdad demostrada.

Llegaron a cambiarse palabras conminatorias que, sin llegar a la hostilidad, imposibilitaron toda idea de conciliación. La discusión amenazaba eternizarse; porque si la mayoría no tenía opinión fija y estaba dispuesta a roturar el terreno que resultara elegido por los que se consideraban competentes en el asunto, se había formado, no obstante, alrededor de cada sostenedor un núcleo de colonos convencidos de la excelencia de su territorio. Nadie quería ceder.

Verificóse una nueva visita a los terrenos, sin más resultado que afirmar más tenazmente a cada uno en su elección. Los unos probaban que la Cuesta nombre dado al territorio de las colinas ofrecía todas las ventajas; los

partidarios del Palmeral no eran menos afirmativos, y los del Roseral se juzgaban triunfantes ponderando la facilidad del riego que les ofrecía el arroyo, mientras los adversarios exageraban los peligros.

La discusión comenzaba a poner en ebullición la colonia, llegando hasta el punto de crear partidos. Afortunadamente, los nombres de palmeristas, costalistas y rosalistas resultaban poco eufónicos y no había probabilidad de que la división arraigara profundamente.

Acordóse celebrar una nueva reunión en busca del mejor medio de proceder en aquel caso, y la conclusión fue que no había razón alguna que obligara a labrar exclusivamente un territorio.

Acaso era preferible repartir las semillas en terrenos diferentes, por si uno de ellos resultara malo mientras los otros daban buen fruto, y así no se arriesgaría a perderlo todo.

El acuerdo fue que se cultivarían los tres terrenos.

A continuación surgió la duda de si debían repartirse las semillas por igual entre los tres terrenos, o si cada uno se dedicaría a un cultivo especial.

Como el terreno era a corta diferencia de la misma naturaleza en los terrenos escogidos, se convino en que los cereales se cultivarían por partes iguales en cada uno.

Las semillas y raíces de hortalizas y jardinería fueron unánimemente destinadas al Roseral, en vista de la facilidad del riego por la proximidad del arroyo. Sólo una corta cantidad de las plantas más resistentes fueron sembradas en los otros terrenos, en previsión de posibles accidentes.

No faltaba más que poner manos a la obra, y como ésta no exigía el concurso de todos y los voluntarios no escaseaban, tocó el turno a otro orden de trabajo.



Los carpinteros y leñadores debían emplearse en derribar los árboles en el trazado de los caminos proyectados. Esa tala bastaría ampliamente a las necesidades de edificación y mobiliario de los colonos, por lo que se decidió quemar el bosque de los terrenos dedicados a la labranza, lo que

ahorraría trabajo y tiempo y con las cenizas suministraría excelente abono.

Los herreros estaban en plena actividad: palas, piquetas y azadones comenzaban ya a adquirir forma entre sus manos, y cumpliendo las indicaciones de los agricultores se forjaba la reja de un arado.

Además, media docena de gallinas, que se libraron de la violencia de la tempestad y del apetito de los oficiales, sobrevivieron al desastre, y por feliz casualidad había con ellas un pollo que prometía llegar a ser un gallo magnífico.

Para no perderlas y evitar que se dispersaran por la isla, un colono se dedicó a prepararlas un corral conveniente donde pudieran disfrutar de una libertad relativa y desarrollarse a sus anchas.

Para economizar el grano, se les alimentaba con los restos de la cocina y con insectos que los niños cazaban por diversión.

Toda la colonia estaba atareada, porque el trabajo no faltaba. Hasta el presente se conservaba el buen tiempo; los albergues interinos habían sido suficientes; pero ¿no estaría sujeta la isla a lluvias, huracanes y tempestades? En este caso faltaban los albergues cómodos y resistentes.

Se trataba, pues, de llevar de frente los trabajos más urgentes; fabricación de herramientas, roturación, labrado del campo y construcción de casas.

Aparte del personal que por su conocimiento especial de un oficio debía dedicar todo su tiempo al mismo género de trabajo, como los herreros en la fragua, los labradores en el campo, y que, en resumen, era en corto número, el resto de los colonos, cuya profesión no tenía todavía medios o no había necesidad de ser ejercida, podía emplearse indiferentemente en cualquier otro trabajo bajo la dirección de los trabajadores competentes. Y como no había necesidad de emplearlos todos, y a la vez lo hubiera impedido además la falta de herramientas, fue acordado que el tiempo que no se empleara en roturar terrenos se dedicaría a construir casas.

Se procuró dividir el trabajo de manera que se emplearan razonablemente las herramientas, que tanto escaseaban; y a la construcción de las casas se resolvió aplicar los esfuerzos de los que quedaban disponibles, una vez asegurado el trabajo de la agricultura.

No faltaba la piedra, pero se ignoraba si la isla podría suministrar yeso o cal. En rigor hubiera podido fabricarse cal quemando las conchas recogidas en la playa o que resultaban de la pesca, ya que, para economizar las provisiones y variar algo las comidas, en una de las chalupas que quedaban una se dio a los marinos –algunos colonos se

dedicaban a la pesca en plena mar o a lo largo de las costas. Pero en la duda de si habría que fabricar pólvora para la explotación de una cantera, y deseando economizar la que habían suministrado los pañoles de La Aretusa, se decidió recurrir a la madera, cuyo trabajo era además mucho más fácil, para la edificación.

Como no faltaba espacio, cada uno tomaba el que quería para construir su casa y hasta un suplemento para jardín si lo deseaba. La elección de solares produjo algunas discusiones; pero en resumen, gracias al espacio ilimitado y al buen compañerismo que hasta entonces no había dejado de existir entre los Terraliberianos, se hacían concesiones recíprocas y las discusiones se resolvían amistosamente, quedando todos satisfechos.



Los colonos que estaban acompañados de sus familias, todos, sin excepción, adoptaron tener casa y jardín bajo el plano trazado por ellos mismos, arreglando a su gusto la distribución interior.

Durante la detención y la travesía, y principalmente después del desembarco, el trato y ciertas afinidades de carácter produjeron grupos de simpatía y de amistad; entre los que recíprocamente la sentían la elección de solares fue inspirada en el deseo de ser vecinos.

Entre los célibes, más numerosos, se formaron también centros de afinidades. Ya muchos hacían sus comidas en común, por amistad y por economía de tiempo, puesto que con el trabajo de preparación culinaria de uno se servían muchos.

Estos decidieron edificar casas grandes, comunales, donde cada uno tuviera su alojamiento particular, pero que tuviera piezas grandes para la vida común, cocina, comedor y salas de reunión y de recreo.

Como no todos podían quedar satisfechos a la vez, a pesar de sentir todos por igual la necesidad, y el personal disponible no podía empezar la construcción de gran número de casas al mismo tiempo, aunque no hubiera sido difícil entenderse para que cada uno la tuviera a su vez, atendiendo preferentemente a los más necesitados, previa discusión en que se trató detenidamente el asunto, para evitar toda recriminación, se decidió entregar las casas por sorteo.

El nombre de cada colono, o del grupo de colonos para los que habían de vivir en común, se echaron en un saco; se

sacaron seis nombres –el número de casas cuya construcción podía emprenderse a la vez–, y cuando éstas estuvieren terminadas, se sortearían otras seis, o más, según los brazos disponibles.

Así quedó planteada la solución del problema de la habitación.

XI

Habían transcurrido ya doce días desde la partida de los exploradores de la isla, y no se tenía noticia de ellos. No parecía que para recorrer su corta extensión se necesitara más tiempo, y, por tanto, comenzaba a sentirse cierta inquietud, llegando a pensar en una batida si pasados dos o tres días no comparecieran.

Pero el día catorce se presentó en el campo el grupo de Ridoux; los exploradores estaban muy cansados, pero en perfecta salud.

Traían consigo una cabra salvaje con dos cabritos que habían cazado vivos. Sorprendieron a los cabritos dormidos y por el anhelo de unirse a sus hijuelos se dejó coger la madre.

La exploración del lado de la isla que habían recorrido no ofreció nada notable. Bosques, llanuras y algunos arroyuelos; no había montañas; las colinas más elevadas apenas alcanzarían trescientos metros.

Como recursos habían hallado algunas frutas, de que traían muestras y habían probado, hallándolas de buen gusto y de que podía hacerse buena cosecha.

En el curso de la expedición habían cazado algunas gacelas y diferentes especies de mamíferos más pequeños, que parecían muy numerosos en algunas partes, cuya caza podía también aumentar y variar la alimentación de los colonos. Tal era en resumen el resultado de su expedición.



Como se les anunció que la otra columna no había regresado aún, aseguraron que no había motivo para inquietarse. Una semana antes, algunos días antes de emprender la vuelta al campo se encontraron con Thiebaud y sus compañeros: estaban buenos; habían hecho buena

caza y buena cosecha, tenían todavía víveres de reserva y se proponían prolongar su viaje explorando una punta estrecha y larga de la isla que penetraba en el mar.

Los viajeros fueron felicitados por el éxito de su expedición, la cabra y los cabritos se recogieron en el corral de las gallinas mientras se les construía mejor vivienda, y, tras una comida reparadora durante la cual hubieron de responder a las preguntas de todas clases que todos les dirigían, se retiraron a descansar, extenuados como estaban por haber forzado las etapas los últimos días por agotamiento de víveres.

El trabajo de la colonia, después de muchos tanteos, comenzaba a seguir un curso regular.

Al fin, después de varios ensayos, se había puesto en marcha un arado que funcionaba perfectamente sobre ruedas, y se comenzaba otro. Se dio principio también a la fabricación de otras herramientas que escaseaban o que faltaban del todo para diferentes oficios.

Habíase comenzado asimismo la edificación de las casas proyectadas, y el hecho dio lugar a un hallazgo que introdujo una gran mejora en la vida. corriente que iba a practicarse en la colonia.

Hasta entonces se había comido en las gammellas que habían servido para el rancho en La Aretusa; porque la vajilla

de los oficiales repartida entre los dos campos era insuficiente.

Pero cavando el terreno para los cimientos de las casas, los cavadores descubrieron una arcilla que uno de ellos, porcelanero de Limoges, reconoció como útil para la alfarería.

La arena de la playa era rica en sílice, la ceniza de la madera quemada suministraba potasa en cantidad suficiente, pudiéndose obtener sosa por el tratamiento de las algas y de las ovas. Se trató con esos elementos de fabricar cristal, pero habiendo resultado demasiado frágil para la vajilla, el descubrimiento de la arcilla prometió remediar uno de los inconvenientes de que se quejaban las mujeres.

Louvet, tal era el nombre del porcelanero, soltó la piqueta del cavador y corrió a encargar a un carpintero, bajo sus indicaciones, un torno de alfarero. Los albañiles, entretanto, construyeron un horno, mientras nuestro hombre, acompañado de algunos compañeros, hacían acopio de materiales para la fabricación.

Las mujeres estaban contentísimas a la idea de que tendrían una vajilla verdadera, lo que las consoló un poco de verse extraviadas en un rincón de tierra perdida en medio del mar, lejos de toda relación con el mundo habitado.

En cuanto al colono que había escogido para construir su casa el solar donde existía el yacimiento de arcilla, escogió otro y quedó satisfecho de haber contribuído, aunque indirectamente, a un descubrimiento tan importante, y por ver que las condiciones de existencia en aquella isla podían mejorarse a medida que se iban conociendo los recursos que contenía.



Porque la imaginación de los colonos no se detenía allí: deseosos de establecer su villa en buenas condiciones de salubridad, el descubrimiento de la arcilla les sugirió la idea de fabricar cañerías y crear un sistema de alcantarillado que llevara al mar las aguas sucias, creando así higiene, limpieza y suprimiendo un trabajo desagradable.

Además el agua era abundante y tenía presión suficiente para ser distribuída en las casas. El alfarero solicitó y obtuvo

inmediatamente media docena de voluntarios para enseñarles el oficio y dedicarse con entusiasmo al trabajo.

Por fin, algunos días después de la llegada de Ridoux, una tarde se señaló la llegada de la columna de Thiebaud.

Los exploradores llegaban en buena salud y no parecían molestados por su largo paseo.

Habían explorado la parte de la isla que les incumbía en todos sentidos, sin hallar muchos obstáculos y todos fueron fácilmente allanados. El mayor fue un río profundo que les cerraba el paso, pero como no era muy ancho, uno de los exploradores, buen nadador, llevó a la otra orilla el extremo de una cuerda que, quedando muy tirante a través del río, sirvió de apoyo para los que no sabían nadar y les permitió pasar el río fácilmente y sin peligro.

Otras veces, hallando el paso obstruido por una altura inaccesible o por algún precipicio, habían tenido que retroceder algunas horas para hallar un camino; pero como encontraban fácilmente medio de renovar sus provisiones, habían realizado tranquilamente su viaje, sin precipitación, reposando cuando se sentían fatigados y acampando para explorar el terreno cuando lo juzgaban conveniente. Thiebaud había hecho utilísimas observaciones que en lo sucesivo permitirían sacar gran partido de los recursos de la isla.

Indudablemente ésta debió su origen a alguna explosión interna en los primeros tiempos geológicos, lo que le valía hallarse cubierta de tan rico manto de humus causante de su frondosa vegetación.

Los animales que la habitaban probablemente debían haber sido importados, porque no había probabilidad de que la isla hubiera estado adherida a un continente, y por sí misma carecía de importancia para que en ella se hubiera desarrollado la vida.

Thiebaud había encontrado huellas de azufre; seguramente haciendo excavaciones se hallarían algunos yacimientos, y como además en algunas grutas se habían visto montones importantes de salitre, pensó que los Terraliberianos podrían renovar su provisión de pólvora, no con la idea de emprender una guerra, sino para defenderse si fuere necesario, para la caza y para los futuros trabajos mineros.

Algunos conocimientos botánicos le habían permitido también reconocer algunas plantas cuyos tallos, semillas o raíces podrían servir para la alimentación y ser cultivadas.

En resumen, la expedición fue verdaderamente fructífera.

Para festejar el regreso feliz de las expediciones y sus excelentes resultados, los Terraliberianos improvisaron un

banquete, servido en el suelo, por carecer de mesas y de sillas, pero en el que rebosó la alegría.

XII

Poco a poco se iba organizando la colonia. A medida que se producían promesas de mejora, los colonos se hacían más exigentes, buscando novedades que realizar.

El banquete dado en honor de los exploradores hizo sentir la falta de mesas y de sillas.

Algunos colonos ingeniosos, fuera de las horas de trabajo de la colonia, habían empleado su tiempo en fabricarse algunos de esos muebles; pero la falta de herramientas a propósito, especialmente para hacer tablas, que habían de hacerse trabajando un tronco con el hacha, por falta de sierras que le dividieran convenientemente, hacían la operación pesada y abrumadora.

Entre los árboles cortados para la roturación de los campos se habían hallado algunos de especies muy bellas,

propias para la ebanistería, que se habían cortado en trozos y separado para que se secasen, para ser empleados después con provecho, cuando, terminados los trabajos más urgentes, pudieran los colonos pensar en satisfacer la necesidad de segundo orden, lo que parecería un lujo en medio de la escasez en que se vivía.

Acabadas las seis primeras casas e instalados en ellas los colonos a quienes habían correspondido, tuvieron ocasión los Terraliberianos para celebrar una nueva fiesta.

No lejos de la villa, pero en un sitio de difícil acceso, a causa de la frondosidad y espesura de árboles y enredaderas que lo rodeaban, existía una cascada que descubrieron unos colonos paseando y habiendo tenido la idea de abrirse paso a hachazos y sablazos.

Por la noche, en la mesa, hablaron de la belleza de aquel rincón del paisaje, y uno de los colonos, ingeniero que había dirigido algunas fábricas, pero cuyo radicalismo le había valido ser comprendido en la expulsión de trabajadores operada por la burguesía, propuso establecer allí una turbina para tener una fuerza motriz que permitiera acelerar el trabajo.

Y como la gran cuestión de saber cómo se procedería para procurarse las planchas necesarias para la construcción de las casas y para la fabricación de los diversos accesorios que se juzgaban necesarios, se planteaba todos los días, porque

los colonos no se contentaban ya con los planes primitivos y acariciaban proyectos de embellecimiento para la edificación de las futuras viviendas, la idea fue calurosamente acogida por los colonos.



Conforme pasaba el tiempo el trabajo se engrandecía. Todas las fuerzas de la colonia estaban empleadas en una multitud de trabajos que seguían su curso.

Sin contar la agricultura y la edificación, que ocupaban la mayor parte de las fuerzas disponibles, como resultado de la expedición de Thiebaud, se había destacado un grupo de seis hombres para extraer el azufre y el salitre recientemente descubiertos.

Se proyectaban trabajos más sólidos en que sería necesario el empleo de la piedra, y se trataba de fabricar la pólvora necesaria para la explotación de una cantera.

Y en previsión, para procurarse la cal para la albañilería, se guardaban las conchas procedentes de los restos de la cocina, y al mismo objeto hasta se utilizaba el trabajo de los niños, enviándolos a la playa a recoger las conchas que la marea baja dejaba a descubierto, lo que además proporcionaba un suplemento de alimentación para las gallinas.

La fabricación de la cacharrería y del Herramental ocupaba también su parte de tiempo, lo que hacía que la idea de la creación de una fuerza motriz fuera acogida con entusiasmo, porque, además de la fabricación de las tablas, se hallaría el medio de adaptarla a otros trabajos.

Al día siguiente fue el ingeniero a visitar la cascada, y declaró que la turbina podía instalarse sin dificultad.

Herreros y carpinteros pusieron inmediatamente manos a la obra para establecer la sierra mecánica, en espera de los talleres que a continuación habrían de instalarse.

El ingeniero mismo, dirigiendo los trabajos, había dejado escapar algunas palabras que, para emplear una expresión de Forgeot, no habían caído en el oído de un sordo.

Manifestando que la disposición de la cascada podía permitir la instalación de dos turbinas, a lo menos, y que cada una podía desarrollar fuerza suficiente para activar muchas máquinas, se había informado si había electricistas y mecánicos entre los compañeros, y a la respuesta afirmativa había prometido que si los mecánicos podían construir una dinamo, él se empeñaba en suministrar la fuerza y la luz eléctrica.

En aquel momento acertó a pasar un grupo de colonos que tiraban de un carro, que había construido el carretero improvisado para facilitar los transportes, y manifestaron el deseo de que se construyera un motor eléctrico para el arrastre de los carros.

—No es imposible, respondió el ingeniero. Y todas esas palabras, transmitidas por los colonos, fueron objeto de las conversaciones durante todo el día. Decididamente, pronto no habría que envidiar nada al mundo antiguo.

Por la noche, cuando después de la comida se reunían los colonos paseándose por la plaza que habían reservado al centro, para manifestarse sus impresiones y discutir los asuntos comunes, se llegó a adquirir la evidencia de que se estaba realizando el ideal de la nueva sociedad.

–¡Con qué falsedad afirmaban los burgueses que una sociedad libre era imposible, que sin autoridad nadie querría trabajar, que los más astutos y los más fuertes subyugarían a los más débiles y los menos inteligentes!

– Hasta ahora, todas nuestras diferencias se han arreglado fácilmente, y si entre nosotros ha habido algunos con tendencia a la holgazanería, procurando ocultarse a la hora del trabajo, el temor de sufrir las miradas desdeñosas y burlonas les ha contenido, y en último término se ha considerado más ventajoso dejarles entregados a sí mismos que inmovilizar otros holgazanes para que los vigilaran, lo que hubiera sido doble pérdida de fuerza.

En resumen, eso no ha dificultado la buena marcha de nuestros trabajos.

Sin contar, dijo otro, que lanzados a un país desprovisto de todo, las dificultades han sido mucho mayores que lo hubieran sido si la evolución hubiera podido realizarse en un medio en que no hubiese sido preciso adaptarse a condiciones nuevas, donde cada uno hubiera seguido el desarrollo de sus aptitudes; en tanto que aquí, no sólo ha

habido que adaptarse a oficios que no conocíamos, sino que también nos hemos visto obligados a dedicar una parte de nuestro tiempo a un trabajo de necesidad común, no por libre elección, por tendencia o por afinidad, sino sencillamente porque era urgente, lo que no hubiera ocurrido en la transformación de la antigua sociedad, donde hubiéramos podido tomar lo que existía y no haber de crearlo todo.

—Hay que reconocer también, —expuso otro, que aquí no hemos tenido los adversarios que se hubieran presentado al día siguiente de una revolución; puede decirse que aquí todos estábamos preparados por nuestras ideas, lo que representa una ventaja enorme.

— A pesar de todo, observó otro, si por efecto de las circunstancias en que nos hallamos no hemos podido organizar completamente el trabajo según nuestras concepciones teóricas, se comienza a venir a ellas a medida que se van acabando los trabajos urgentes.

A punto de terminar la roturación de los terrenos, pronto los que a ella se dedican podrán dedicarse a otros trabajos de su elección. Thirion, Chevrier y sus compañeros bastarán para los trabajos agrícolas sucesivos. Y si nuestros ensayos de jardinería salen bien, la abundancia de plantas y de semillas permitirá a los aficionados combinar sus trabajos con el cultivo de las flores, y he ahí una rama del servicio público que podrá suprimirse.

Y la discusión siguió su curso hasta que, imponiéndose la necesidad del descanso, todos fueron a dormir; mas como aun se estaba lejos de llegar al fin de los trabajos urgentes, y se gastaba mucho esfuerzo diariamente, esas discusiones tenían el carácter de un recreo y nunca se prolongaban con exceso.



XIII

Como indicaba la alusión hecha en la discusión anterior, los colonos habían notado que en medio de la actividad general se producían algunas manifestaciones de indolencia. Había llegado a observarse que un corto número de Terraliberianos se exceptuaban demasiado del esfuerzo común, presentándose siempre a la distribución de los víveres y eclipsándose en las horas de trabajo.

El hecho hubiera podido pasar mucho tiempo inadvertido, porque en Tierra Libre no había vigilancia, y como cada uno podía cambiar de trabajo a su gusto y las canteras estaban separadas y distantes, no se podía saber a punto fijo en qué punto se hallaba tal o cual colono. Además, los que a tal abuso se dedicaban habían tenido la astucia de agregarse como peones a los grupos de oficio, y su trabajo, como es consiguiente, era el menos preciso.

Pero un día, uno de los colonos que acababa de llevar varios objetos pedidos por los colectores de salitre, pasando por un bosque bastante alejado de la villa y de las canteras, tropezó con una partida de naipes.

– ¡Qué tranquilidad! –dijo, deteniéndose para contemplar a los jugadores, aunque sin dar al caso mucha importancia, creyendo que sólo era cuestión de un momento de pereza o de una simple escapatoria.

Sin embargo, en conversación con los compañeros dio cuenta de su hallazgo, y esa revelación dio motivo a que otros relacionaran ciertos indicios y sospechas, y por la noche, después de la comida, en las conversaciones de la plaza, algunos colonos de carácter susceptible se entretuvieron en preguntar a los de cada cantera para averiguar quiénes habían trabajado, y se acabó por hallar la evidencia de que a los individuos de los naipes no se les veía donde se trabajaba.

El descontento se tradujo primeramente por algunas frases de doble sentido dirigidas a los delincuentes, después por reproches más directos; pero los perezosos respondieron que eran libres y no querían trabajar sino cuando les agradara.

Algunos, irritados, propusieron suprimirles la ración, cortarles los víveres, pero la gran mayoría se opuso a esta medida, reconociendo que el día que se negaran los víveres

a algunos, habría que hacerlos guardar, lo que crearía una clase de holgazanes, y en cuanto se tomaran medidas coercitivas contra algunos miembros de la colonia se daba a la mayoría el poder de oprimir a la minoría. Habiéndose rebelado contra la autoridad no había de introducirse ésta en Tierra Libre, considerando que era más prudente sufrir un poco de mal que crear uno mayor. Mejor sería, cuando los holgazanes tuvieran necesidad de algún servicio, hacerles comprender que se ha de ser para los otros lo que se quiere que sean para sí.

Se dejaron pasar así las cosas. Quedaron algo avergonzados, sin embargo, en medio de la actividad general, los Rígidos, porque, como decía Forgeot, tenían huesos en la barriga y no podían doblarse para trabajar, y aunque nadie trató de comprobar esta herejía anatómica, les quedó el nombre de tribu de los Rígidos. De cuando en cuando aparecían en las canteras, agitándose mucho y haciendo poco, lo suficiente para que no pudiera decirse que se negaban en absoluto al trabajo. Verdad es que esos accesos de valor no duraban mucho y eran seguidos de frecuentes y más prolongados eclipses; pero ello no afectaba lo más mínimo al buen ánimo de los colonos, que acabaron por divertirse a su costa, dirigiéndoles bromas, a veces algo pesadas, que los holgazanes aceptaban riendo y replicando.

Los deportados suministraron un contingente de cuatro a cinco hombres a la tribu de los Rígidos; los restantes procedían del grupo de soldados y marinos desertores.

Sin embargo, sus holgazanerías no fueron absolutamente improductivas. Uno de ellos, que había sido alumno de una escuela agrícola y había estudiado especialmente las plantas textiles, compareció un día, de vuelta de uno de sus paseos, con una brazada de hierba.

¿Dónde vas con eso? –le dijo un colono; ¿te has dedicado a buscar comida para la cabra? Eso, respondió el rígido, servirá para vestirte.

Buena idea; tienes razón. Cuando se nos rompan los vestidos usaremos cinturones de hojas; ¿vas a sacar la moda?

– No seas tonto. Esta planta sirve para hacer tela. Y tomando un tallo entre sus manos le trituró, mostrando los filamentos que del mismo se desprendían. Para que se desprenda mejor ha de sufrir una preparación.

La renovación de los vestidos había sido tratada más de una vez por los colonos; así fue que en cuanto circuló la noticia la colonia sintió una conmoción de alegría, y todos felicitaron a su autor y le abrumaron a preguntas.

La planta parecía abundante en la isla, y además se podía intentar su cultivo.

Randon, así se llamaba el holgazán que acababa de prestar servicio tan importante, estaba contentísimo y no deseaba más que guiar hombres de buena voluntad a la recolección de la planta y dar consejos para su cultivo.

En su consecuencia se acordó roturar un suplemento de terreno, inmediato a uno de los ya cultivados, para el cultivo de la planta textil.

Otro rígido, llamado Flochard, era uno de los desertores, quien, antes de ser soldado, había sido cazador furtivo. Éste declaró sencillamente que aborrecía el trabajo, y que no se había sustraído a la autoridad del comandante y de sus subalternos para aceptar la de los colonos.

Flochard quería vagar por los bosques al acecho de la caza. Si se le daba un fusil y las municiones correspondientes, se comprometía a proveer la colonia de carne fresca.

Los colonos tuvieron una gran consulta. Si por los descubrimientos de Thiebaud se tenía la seguridad de fabricar pólvora, quedaba la cuestión de los proyectiles. Tener carne fresca era cosa secundaria, puesto que ya se tenía la pesca, y se esperaba la multiplicación de los pollos y de los cabritos, pero los metales que se poseían tenían un empleo más útil que el de proyectiles para matar animales.

Verdad es que la carne fresca para variar de vez en cuando la alimentación no era cosa para ser desdeñada.

Uno expuso que podían usarse las trampas y los lazos.

Flochard declaró que no le satisfacía la caza de ese género.

Pues hazte un arco y flechas, dijo uno. La idea fue una revelación, y ayudado de un compañero mecánico, se construyeron dos arbaletas que, permitiéndole apoyar el arma hombro para apuntar, le daba la ilusión del fusil y tenían más precisión que un arco.



Provistos de sus nuevas armas, iniciaron la campaña, y su caza, ayudada de los lazos, que, a pesar de su desdén, Flochard sabía poner admirablemente, en la cocina de los

deportados exhalaba casi diariamente sus apetitosos olores la carne fresca.

Mas como no abundaba en cantidad suficiente para ser servida a todos en el mismo día, y no había enfermos que requirieran cuidados particulares, se rechazó la idea de sortearla y se acordó que cada cual comiera carne por turno, según la fortuna de los cazadores.

Las pieles, saladas y guardadas cuidadosamente, para ser curtidas cuando se hallara un sucedáneo de la corteza de encina, debían suministrar el cuero cuya utilización señalarían las circunstancias.

XIV

Debido a su título de cazadores de la colonia, nuestros dos rígidos se dedicaron a la caza con exclusión de todo otro trabajo, y unas veces juntos y otras separados recorrían los bosques de la isla.

Si en compañía de otros rígidos se olvidaban de su obligación para jugar una partida, o prolongaban demasiado una siesta en algún retiro frondoso y pintoresco, los colonos de turno aplazaban hasta otro día su derecho a la ración de carne y se desquitaban con las provisiones de La Aretusa, pensando que no siempre se es afortunado en la caza, y que muchas veces, tras rondar trochas y vericuetos no se descubre ni la cola de un ratón.

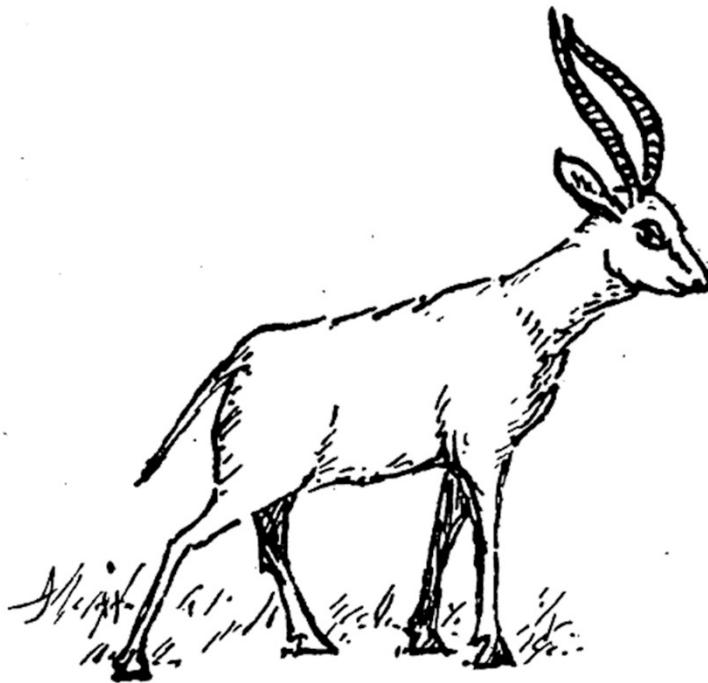
En uno de sus días de pereza, hallamos a Flochard buscando un sitio agradable donde poder tumbarse a la sombra y recrearse en la más perfecta holganza.

Se había internado en una arboleda en busca del sitio propicio, cuando a una treintena de metros vio una lindísima gacela, cuya especie veía por primera vez en la isla.

Sus instintos de cazador se despertaron rápidamente: tomó su arbaleta, puso en ella una flecha e intentó deslizarse cerca del animal.

Éste, que debió sentir el rumor de las hojas pisadas por el cazador, levantó la cabeza y se puso en observación.

Flochart permaneció inmóvil.



No viendo confirmada su sospecha, la gacela dio algunos saltos, se alejó y se puso a ramonear el follaje que se hallaba a su alcance.

Flochard la siguió con todo el sigilo posible, y cuando se creyó a tiro, apuntó; pero el alegre animalillo corrió a sumergirse de nuevo en la espesura del bosque.

—¡Bicho maldito! —gruñó el cazador; —¡la tenía tan segura! —Y siguió avanzando con precaución.

El gracioso animal se dejaba ver, pero no paraba un momento, yendo de un árbol a otro, corriendo y saltando, como escolar que hace novillos.

Flochard se irritaba en aquella persecución, se deslizaba de árbol en árbol, siguiendo al animal, o corría en su busca cuando la perdía de vista.

En diferentes ocasiones había apuntado su arma viendo la pieza a tiro, pero, como si ésta tuviera conciencia del momento decisivo, con un salto gracioso se ocultaba a la vista de su perseguidor tras una cortina de follaje, y a cada paso se transformaba el escenario de la persecución.

—¡Ah, pícara! —refunfuñaba. —¡No te escaparás! No te burlarás indefinidamente de mí, porque he de perseguirte hasta el extremo opuesto de la isla.

Y habiéndose detenido la gacela para ramonear los tiernos brotes de unos arbustos, el cazador se echó otra vez la arbaleta a la cara; pero nueva escapada, que aumentó la impotente cólera de Flochard, interpuso gran distancia

entre ambos, decidiendo a éste a correr sin cuidarse del ruido para no perderla de vista.

Felizmente para el cazador, el terreno era poco ondulado, de modo que entre los claros del bosque entreveía al animal de vez en cuando, que se paraba a comer algunas hierbas, o corría saltando alegremente.

– ¡Este animalillo se burla de mí! –exclamó furioso Flochard. ¡Ya veremos quién será el burlado!

No obstante, la gacela huyendo con aquella tranquilidad, continuaba siempre en la misma dirección, atenta al parecer a dar tiempo al cazador a que apuntara su arma y a chasquearle inmediatamente con aquella huida tan oportuna y burlona.

Por fin llegaron a un conglomerado de rocas ante el cual se detuvo la gacela. Allí pareció vacilar, levantó la cabeza, alargó el cuello y husmeó en todos sentidos.

Flochard, oculto detrás de un árbol y con el arma apoyada en el tronco, creyéndose seguro por esta vez, apuntaba lentamente para no errar el golpe; pero en el momento mismo que oprimía el gatillo, el animal desapareció de un salto detrás de una roca, perdiéndose la flecha entre la maleza. El cazador, furioso, quiso renovar su persecución, pero era tan espeso el bosque en aquella parte, que perdió totalmente de vista la gacela.

Siguió durante algún tiempo las huellas, guiándose por el ruido de las ramas rotas y del frote de las hojas, mas pronto perdió totalmente la pista, y desanimado y colérico abandonó la persecución declarándose vencido.

La porfía había sido larga y penosa, y como el porfiado se sentía cansado, dirigió una mirada en rededor buscando un sitio propicio para el descanso, cuando le sorprendió un confuso murmullo de voces.

Como había caminado mucho y debía hallarse lejos de todo sitio ocupado por los Terraliberianos, se detuvo, algo inquieto, preguntándose quién podía encontrarse en la isla, puesto que el reconocimiento hecho no había señalado huella de habitantes que no fueran procedentes de los dos campos en que se habían dividido los naufragos de La Aretusa.

¿Habré caído quizá cerca del campo de mis ex compañeros? –pensó tranquilizándose.

Sin embargo, en su calidad de desertor, aunque pensando que sus compañeros de Tierra Libre sabrían exigir su restitución, prefería no dejarse ver ni caer en manos de sus ex jefes.

Fijo en esta idea y cuidando de no hacer ruido alguno, se dirigió lentamente hacia el sitio de donde venían las voces.

Pronto se detuvo ante el vacío que se abría ante sí; se hallaba al borde de una roca cortada verticalmente, que dominaba una extensa llanura extendida a sus pies.



Tendido en el suelo y asomando un poco la cabeza miró abajo con precaución.

La altura donde se hallaba tendría unos treinta metros, y desde allí podía ver distintamente lo que sucedía y oír con claridad lo que se decía.

A primera vista el campo militar, si así podía llamarse, se extendía lejos de la roca en que se hallaba Flochard: se componía de grandes barracas, construidas por los soldados, y que les servían de habitación.

Formaban un cuadrado abierto por el frente. Otra construcción, más pequeña, pero mucho mejor arreglada, se alzaba fuera del cuadro, al pie del mástil en que flotaba al viento la bandera tricolor, en que Flochard reconoció el alojamiento de los oficiales.

En el campamento, soldados y marinos se ocupaban en diversos trabajos. Algo distante se veía, un gran espacio labrado que comenzaba a cubrirse de verdura. Era el territorio destinado a los cultivos.

Por último, al pie de la roca y semioculto por un ramillete de árboles se veía un grupo de cinco hombres que interrogaban a un sexto que permanecía ante ellos con la cabeza descubierta, y que atrajo la atención de Flochard como si se tratara de persona conocida.

Le examinó atentamente y llegó a distinguir sus facciones, era uno de los marinos que desertaron al mismo tiempo que él, y que se hacía notar por su celo y actividad en el trabajo.

¡Hola! exclamó Flochard; me parece que mi caza promete ser mejor que lo que había pensado. ¿Qué viene a hacer aquí Le Mahoudec?

Y aguzando el oído procuró oír las palabras que subían del grupo.

De ese modo, decía un hombre que Flochard reconoció por el comandante de La Aretusa, —¿usted está seguro de que los deportados no se guardan ya? ¿Piensa usted que podremos acercarnos a su campo sin ser vistos y apoderarnos de las armas?

— Estoy seguro de ello, mi comandante. Esa es también la opinión de Rossignol, que ha debido dar el mismo informe.

Rossignol era un soldado de infantería de marina que había fingido también pasarse a los deportados. Flochard tomó nota de ese nombre.

— ¿Está usted bien seguro de que los deportados no desconfían de ustedes?

Absolutamente cierto. Tan ocupados están en sus trabajos, y tan confiados en que aquí se está desarmado, que casi se han olvidado de ustedes. Apenas si alguno

pregunta noticias del campamento y de cómo se arregla aquí la vida, de lo que suele informar algún desertor.

– Precisamente uno de éstos hubiera podido ver venir a usted aquí y denunciarle.

– Rossignol y yo, cuando venimos, nos ocultamos tanto de nuestros antiguos compañeros como de los Terraliberianos.

– ¿Qué quiere decir Terraliberianos? – preguntó uno de los oficiales.

– Los deportados, que se llaman así por haber dado a la isla el nombre de Tierra Libre.

No será mala tierra libre la que les daremos si logramos meterles mano, – dijo otro.

Ahora, repuso el comandante, – ¿qué hora parece a usted más favorable para el ataque, la noche cuando todo el mundo duerme, o el día cuando todos trabajan?

Le Mahoudec se rascó la cabeza perplejo.

– Es dudoso. Durante el día, la mayor parte de los hombres trabajan en canteras bastante lejanas para que, en caso de alarma, tuviéramos tiempo de apoderarnos de las armas antes de que recorriesen la mitad del camino para acercarse a defenderlas. Mas, por otra parte, con los herreros,

alfareros, carpinteros y albañiles, sin contar las mujeres y los niños, queda un contingente bastante regular.

Y como desde la villa se descubre el paisaje circundante hasta muy lejos, y por desgracia, los uniformes no permiten confundir a ustedes con el traje de los deportados, hay muchas probabilidades de ser descubiertos antes de poder sorprenderles. Mientras que en la noche, a condición de llegar silenciosamente, todos vuestros hombres pueden deslizarse perfectamente hacia el almacén y apoderarse de las armas antes de que se den cuenta del ataque. Verdad es que al menor ruido puede echarse toda la colonia encima. Sin embargo, creo preferible...

—No importa, —interrumpió el comandante, dirigiéndose a los oficiales. Es preciso acabar y castigar la insolencia de esos forzados. No debemos sufrir por más tiempo que la autoridad sea escarnecida, y puesto que su descuido nos los entrega, aprovechémosle, aunque me repugne introducirme por la noche como un ladrón. También creo que en la noche tendremos más seguro el éxito.

La vez que tuve que parlamentar con esa gente yendo a su campo, me aproveché para examinar la situación, y me convencí de que no era posible acercarse a él sin ser vistos. Además no hemos de usar delicadezas con esa gente, y ante todo hemos de tener en cuenta la vida de nuestros hombres. Después dijo, volviéndose hacia Le Mahoudec: Queda usted enterado. Atacaremos mañana por la noche.

Advierta usted a Rossignol. Uno de ustedes, sin excitar la atención, vendrá a buscarnos al sitio donde solemos encontrarnos cuando no podéis venir hasta aquí, y el otro permanecerá en la villa, para tener la seguridad de que hasta el último momento no ocurre contratiempo alguno.

Llegado este caso no haya piedad para esos miserables, si llegan a despertarse. Cuando tengamos los fusiles, ya les arreglaremos.

— Está muy bien, mi comandante. Y, saludando militarmente, Le Mahoudec giró sobre sus talones y no tardó en desaparecer tras la espesura.

Los oficiales se dirigieron hacia el campamento. Flochart se retiró lentamente de su observatorio y permaneció un rato reflexionando.

Al fin se levantó, porque el sol comenzaba a descender hacia el horizonte. Estaba lejos de la villa y tenía que orientarse para no desviarse del camino.

— ¡Quién lo dijera! pensaba caminando. — Si, al saber la noticia que les llevo, no reconocen los compañeros que la pereza bien empleada es cosa excelente, reniego de mi nombre.

Y se puso a correr poseído de alegría y de impaciencia.

XV

Ya era tarde cuando Flochard llegó a la villa; había terminado la comida de la tarde, y los colonos, formando grupos en la plaza, hablaban y paseaban esperando la hora de acostarse.

Algunos, sin embargo, en la carpintería, en la fragua o en el alfar, trabajaban en la fabricación de instrumentos u objetos de su uso personal; porque se había convenido que cada uno suministraría la parte de esfuerzos al trabajo común que exigía lo precario de la situación, pero después del trabajo colectivo podría emplearse individualmente el tiempo y los instrumentos a voluntad, mientras no comprometiera en nada la prosperidad de la colonia.

Ese convenio era provisional, y no podía durar sino hasta que la colonia lograra vencer el estado de escasez de la misma, y se iría abandonando a medida que las condiciones

de existencia fueran mejorándose y la situación material permitiese a cada cual escoger sus ocupaciones.

En razón de la urgencia de las necesidades, se había fijado en ocho horas diarias el trabajo para la comunidad; pero el trabajo individual era libre. Si había quien, satisfecho con lo que le proporcionaba el trabajo común, no sentía otra necesidad, pasaba el resto de su tiempo en el paseo, en la conversación o en trabajar más de las ocho horas requeridas, lo que ocurría muchas veces cuando se veían empeñados en algún trabajo urgente; otros, cuya actividad era insaciable, la empleaban en trabajos de su creación, prolongándola hasta que la noche les impedía continuarlos, porque no se había hallado aún el medio de suplir al aceite, y se escatimaba el tomado del barco, empleándole para las necesidades absolutamente imprescindibles.

Algunos de los objetos construidos por ciertos colonos habían inspirado a otros la idea de poseerlos iguales; quién había ensayado de reproducirlos, pidiendo consejo al inventor o constructor; quién había encontrado más sencillo proponer en cambio algún producto de su fabricación; otros, en fin, a consecuencia de amistades más íntimas, los recibían como regalo, una vez anunciado su deseo de posesión. De ese modo comenzaban a formarse entre los colonos embriones de asociaciones y de grupos con la idea de cambios, de relaciones o de fabricaciones que se

desarrollaban y se complicaban cada día más, tendiendo insensiblemente hacia la asociación libre ideal.

La llegada de Fochard fue notada por un grupo.

¿Qué tal la caza?

¿Cuántos vagones habrá que enganchar para traerla?

–¿Por qué no has traído una muestra? Me parece que traes vacío el saco.

Mañana me toca el turno de la carne fresca. ¿Qué traes de bueno?

Mi caza de hoy –dijo Fochard no puede comerse.

–¿Pues qué es?

– Un cocodrilo, para conservar sus lágrimas.

– No: un tigre, para alfombra al pie de la cama.

– Nada de eso. Apuesto a que lo adivino.

–¿Qué?

– Una marmota, que habrá despertado para venir a contarnos la hazaña.

Esta salida causó la risa de todos, porque Flochard había sido hallado varias veces durmiendo en un rincón.

Pero se mantuvo reservado, y viendo cerca de él a Le Mahoudec y Rossignol, se contentó con responder con otras bromas y se separó del grupo.

Cuando la atención de los colonos se desvió de él, llamó a Berthaud, Thirion, Thiebaud y Sauriac, y, alejándoles un poco de todo grupo, les refirió lo que había visto y oído.

El primer pensamiento fue advertir a los otros colonos, apoderarse de Le Mahoudec y Rossignol, administrarles una buena corrección y enviarlos al comandante con encargo de avisarle que se le aplicaría el mismo tratamiento si se empeñaba en continuar su proyecto.

Pero Thirion observó que la lección no sería bastante eficaz para hacer que el comandante desistiera de otra tentativa, quedando, además, sujetos a una alarma continua. ¿Habría que rechazar en lo sucesivo a los desertores que vinieran a refugiarse en la colonia? ¿No sería mejor dejar al comandante que intentara su ataque, estando preparados para recibirlle, y darle una lección delante de todos sus hombres?

Esta última solución fue la adoptada.

Pero no convenía alarmar a los espías. No se les podía secuestrar, porque si el comandante no recibía noticias de ellos suspendería el ataque.

Los cinco hombres resolvieron advertir a sus compañeros individualmente. Se esperaría la partida del espía que había de ir a avisar al comandante, para apoderarse del que quedaba, poniéndole en la imposibilidad de advertir a los agresores. Todos irían al trabajo como de costumbre, pero los cinco hombres, con un pretexto, se quedarían vigilando la villa, con los que fuesen necesarios para el caso.



Cuando hubieron meditado y adoptado firmemente sus resoluciones los cinco hombres, se separaron para marcharse con otros grupos y prevenir a sus compañeros.

¿Qué hay?

– Ven, que te llama Randon.

¿Qué quiere?

– Prepara una sorpresa.

Precisamente cuando Thiebaud se separaba de sus compañeros, se oyó llamar.

Dirigióse hacia el que le llamaba y venía hacia él corriendo.

– ¡Una sorpresa! – e interrogó con la mirada al recadero.

Sí, una sorpresa, que dejaría de serlo si te dijera en qué consiste.

– Tienes razón. Vamos, pues, a sorprendernos. Y Thiebaud se dirigió con su acompañante al alfar, donde halló una docena de hombres y mujeres hablando cerca de Randon, que encendía mechas en una porción de candilejas. ¿Haces esta iluminación en honor de tu sorpresa?, – preguntó Thiebaud.

El encendedor de que se servía Randon se componía de ramitas entrelazadas, porque las cerillas químicas se reservaban esperando hallar el medio de fabricarlas. En la villa se conservaban media docena de hogares, donde cada uno venía a buscar el fuego cuando lo necesitaba.

Mi sorpresa, dijo Randon, es la iluminación misma. Porque no me has preguntado con qué alimento mis lamparillas.

En efecto, dijo Thiebaud; no recordaba que en la colonia faltan los medios de iluminación. ¿Y entonces?

—¿Recuerdas las semillas de aquella planta de que opinabas que no podría sacar aceite? Pues ahí lo tienes; con el aceite extraído de aquellas semillas luce mi iluminación.

¡Tendremos luz artificial! —exclamó Thiebaud con entusiasmo.

— Imperfecta, pero suficiente, mientras viene la electricidad prometida, repuso Randon. Y mi descubrimiento tendrá una doble utilidad, porque no desespero de llegar a fabricar jabón. Pues yo voy a anunciaros otra sorpresa, dijo Thiebaud, después de haberse asegurado de que no estaban allí los espías. Y haciendo signo a los colonos de que se acercaran, les refirió la tentativa proyectada por el ex-comandante de La Aretusa, encargándoles avisaran a los demás compañeros sin cometer ninguna indiscreción que suscitara las sospechas de los espías.

XVI

Al día siguiente los Terraliberianos se dedicaron al trabajo como de ordinario, sin que nada en su actitud revelara sus pensamientos. Únicamente, sin que se notara la vigilancia de que eran objeto, los dos espías no fueron perdidos de vista.

Por la tarde, cuando se vio que Le Mahoudec se había dirigido al punto de cita que le había sido designado por el ex-comandante, los colonos rodearon a Rossignol, mientras que algunos, ayudados por los niños, vigilaban las avenidas de la plaza.

La maniobra se hizo con tal habilidad, que Rossignol, que había seguido a los otros en la plaza, aunque comprendió que se trataba de algo extraordinario, no sospechó que le interesara particularmente.

Berthaut fue el primero que elevó la voz.

Compañeros, ¿qué haríais si supierais que entre nosotros hay traidores que han intentado entregarnos a nuestros vencidos verdugos?

¡Eso es imposible!

—¿Quién será tan estúpido que, disfrutando aquí de toda libertad, piense en someterse y someter a todos a la tiránica autoridad del ex-comandante?

A las palabras de Berthaut, Rossignol sintió que sus piernas se doblaban y un estremecimiento rápido commovió su cuerpo. Hallándose en primer término en el interior del corro, intentó ponerse detrás de su compañero de la derecha; pero todos se hallaban muy apiñados, y los que rodeaban al traidor, sin parecer intentarlo, le cerraban el paso, tanto más fácilmente cuanto que sólo podía hacer tímidas tentativas. Tuvo, pues, que resignarse a permanecer allí con la vaga sensación de que una multitud de miradas pesaban sobre sí.

Loco o criminal, no sé, —dijo Berthaut; pero esos traidores existen. He aquí uno. —Y con el dedo señaló a Rossignol.

El traidor se sintió inundado de sudor frío, y sintiendo que era necesario protestar, tras un momento de silencio en que el dedo acusador permaneció inmóvil, trató de negar.

–¿Qué ha podido haceros creer eso? Alguien que me quiere mal ha inventado esa mentira.

– Habla, Flochard, dijo Berthaut.

Y Flochard repitió en la asamblea el relato que ya en particular había hecho a casi todos.

Rossignol bajó la cabeza, y, temiendo el castigo, miraba de soslayo para ver cómo se manifestaría la indignación de los colonos.

Escucha, dijo Berthaut; mereces que se te mate como una alimaña, porque el asqueroso oficio que has aceptado no tiene excusa. Has venido a nosotros como compañero, y como tal te hemos recibido; has vivido nuestra vida engañándonos y espiándonos. Estamos en nuestro derecho desembarazándonos de ti; mas ya que hemos descubierto tu infamia y la de los que te han enviado, con tiempo suficiente para evitar sus consecuencias, creo que los compañeros pensarán como yo, y no querrán manchar sus manos con sangre de un personaje tan vil como tú. Propongo que, sólo provisionalmente, se le impida avisar a sus cómplices. Pero antes, dirigiéndose al traidor, has de decirnos por qué querías entregarnos al comandante.

Rossignol pensó por un momento no responder; pero habiendo dirigido algunas tímidas miradas en su rededor, vio rostros amenazadores, porque muchos no se habían

dejado convencer del todo en las discusiones que tuvieron lugar durante el día y deseaban aplicarle al menos una buena paliza. Por último, se decidió a declarar que el comandante le había propuesto que se hiciera pasar por desertor, dejándole entrever que al fin serían repatriados, y que entonces el gobierno ratificaría las recompensas que el comandante juzgara conveniente atribuir a los que le hubiesen ayudado a mantener el prestigio de la autoridad, del mismo modo que castigaría a los que se habían rebelado o habían intentado sustraerse a la disciplina.

Como el exponente había esperado siempre una repatriación próxima, contando con la llegada de algún barco, y no creía que los Terraliberianos pudieran resistir el ataque de dos o tres barcos de guerra que se enviasen si fuese necesario para reducirles, y además le prometió el comandante la cantidad de cien mil francos al poner los pies en Francia, se había decidido a aceptar la proposición.

Para justificarse alegó que muchas veces había estado a punto de avisar a los colonos de los proyectos del Sr. de Kerguennec, pero el miedo a ser fusilado, si el gobierno descubría la situación de La Aretusa, le había impedido la realización de aquel buen impulso cada vez que se le ocurría tal idea. Pidió gracia, prometiendo no hacer nada que pudiera ser útil al comandante cuando intentara otro ataque.

—Ahora, dijo Berthaut, —para más seguridad, quedas bajo la vigilancia de cuatro compañeros. Cuando llegue el momento, serás atado y amordazado, y a la menor tentativa de huida o de hacer una señal cualquiera, te romperán la cabeza. ¿Has comprendido?

Rossignol se dejó conducir tranquilamente hacia uno de los albergues, situado a un extremo de la villa, por cuatro Terraliberianos armados con revólveres, mientras que los demás colonos se dirigieron al almacén a proveerse de armas y municiones.

Durante el día se había reunido gran provisión de ramas delgadas y resinosas; las mujeres y los niños tomaban porciones de seis en seis, las retorcían y sujetaban con ligaduras vegetales.

En la villa se observó durante buen rato una actividad febril; pero al caer la noche, estando todo preparado, se retiraron los colonos a su albergue, en las casas construidas, o en las cabañas primitivas los que todavía esperaban la construcción de las suyas.

Poco a poco con la sombra se hizo el silencio, y a juzgar por la calma que reinaba en la villa, hubiera podido creerse que todos dormían profundamente.

Se estaba en luna nueva, y la obscuridad hubiera sido completa sin el fulgor de las estrellas.

El silencio dominaba hacia ya mucho tiempo en la villa.

Por fin, en las inmediaciones, de un ramillete de árboles, se desprendió un grupo de sombras que se dirigían arrastrándose cautelosamente hacia la población dormida.

- Es incomprensible, -murmuró uno del grupo, que resultó ser Le Mahoudec, aprovechando una parada, Rossignol no aparece. No me explico su falta. ¿Se habrá dormido, o habrá comprendido mal?



Todo está tranquilo en la villa. Creo que puede decirse a los otros que avancen.

Indudablemente, porque si hubiera algo extraordinario, la gente estaría alborotada.

— Taupied, dijo una de aquellas sombras, que era uno de los oficiales, haga usted decir al comandante que todo está tranquilo y que puede avanzar.

Taupied transmitió la orden a una sombra que le seguía a corta distancia, y ésta la transmitió a otra.

—No nos extravieamos, dijo Le Mahoudec. El almacén se halla a la derecha. ¿No lo ven ustedes? Me parece distinguirlo vagamente.

El grupo de sombras continuó arrastrándose. Poco a poco llegaron sin dificultad al sitio donde se elevaba el almacén general de los Terraliberianos.

Le Mahoudec tocó la puerta.

— Está cerrada, dijo. Será preciso derribarla; pero conviene esperar que lleguen todos para no anticipar la alarma.

Los Aretusianos fueron llegando por grupos, que se formaban en la plaza de la villa, delante de la fachada del almacén, cerca de la cual se agruparon los oficiales.

Cuando el último hombre se halló en su puesto al lado de sus compañeros, un grupo que llevaba en hombros un tronco grande y fuerte se acercó para forzar la puerta; mas antes de dar el primer golpe sonó un tiro que repitió el eco en el silencio de la noche.

Los asaltantes retrocedieron algunos pasos, y la puerta del almacén se abrió bruscamente, dando paso a una ola de luz que puso en evidencia las primeras filas de los invasores, mientras que de todos los extremos de la villa aparecían Terraliberianos armados, rodeados de mujeres y niños portadores de antorchas formadas con aquellas ramas resinosas que se les vio preparar durante el día.

Al mismo tiempo una serpiente de fuego recorrió todo el circuito de la plaza, encendiendo unas pilas de leña en que los Aretusianos no habían reparado, y que en un momento iluminó toda la plaza dejando corridos y desanimados a los invasores.

En el almacén vióse una veintena de hombres amenazando con sus fusiles, y un cañón presentaba su boca mortífera con su artillero detrás dispuesto a hacerle funcionar.

El ex-comandante quiso impulsar a sus hombres a precipitarse sobre los Terraliberianos, e hizo ademán de acometer.

Pero la voz de Berthaut se elevó amenazadora. –¡Al menor movimiento, fuego!

Nadie se movió. El mismo comandante se inmovilizó al primer paso, mordiéndose los labios de rabia.

– Pensabais hallar aquí hombres dormidos, y os habéis acobardado al ver que erais esperados. Señor de Kerguennec, se ha servido usted de la traición y de la soplonería contra nosotros, y ha fracasado vergonzosamente. Vuélvase a su retiro.

Por esta vez le permitimos que se vaya. Pero tenga bien en cuenta esta advertencia: declaramos querer vivir tranquilos; no queremos condenarnos a una desconfianza perpetua, ni, porque agrade a un maniático autoritario estar en agitación constante para tratar de imponernos sus locuras, pasar la mejor parte de nuestro tiempo en desconfiar los unos de los otros y hacer el oficio de soldados, que nos repugna soberanamente.

Si alguna vez volviéramos a descubrir un espía entre nosotros, o supiéramos que intentaba usted enviarnos alguno, o tuviera la idea de otra intentona como la presente, sepa que le buscaremos, le encontraremos donde quiera que se esconda, y le fusilaremos como animal dañino que es.

Queremos ser libres; tanto peor para los que no quieran ser razonables.

En nombre de mis compañeros e iguales aquí presentes; téngalo usted entendido. He dicho.

Kerguennec escuchó el sermón pálido y temblando de rabia. Cuando Berthaut hubo terminado abrió la boca para dar alguna respuesta evasiva, pero las palabras huían de su conciencia. Miró a su alrededor y vio la expresión burlona de los colonos, y a sus soldados armados con palos o con herramientas, que si podían servir de armas en caso necesario eran impotentes frente a los fusiles de los Terraliberianos. Un silencio glacial dominó la escena que parecieron siglos al derrotado soberbio.

Por fin dio orden de retirada; pero no pudo menos de volverse, y decir con voz ronca y mostrando el puño:

—¡Nos veremos!

El fracaso le costó una docena de hombres que permanecieron en Tierra Libre, pidiendo a los colonos les permitieran vivir con ellos.

XVII

La lección fue tremenda. Se había salido bien de un gran peligro, y los Terraliberianos reconocieron que habían cometido una imprudencia almacenando sus armas. En consecuencia, se resolvió que cada hombre conservaría la suya consigo, teniéndola así a punto en caso de ataque imprevisto.

¿Se establecería un puesto de vigilancia durante la noche? Por desagradable que fuera, no podía desconocerse que era medida de prudencia que no podía descuidarse. Se convino que un grupo de hombres, por turno, velarían cada noche por la tranquilidad de la colonia, al mismo tiempo que se recomendaba a todos y a cada uno gran vigilancia de día y de noche.

También se planteó de nuevo la cuestión de si debían aceptarse o no los desertores que se presentaran en lo

sucesivo, pensando que el comandante podría introducir nuevamente espías entre los Terraliberianos.

La discusión se entabló necesariamente por la llegada de Rossignol y de Le Mahoudec, que ocurrió en vista de las circunstancias siguientes:

Después de la partida del comandante, la mañana del fracaso de su intentona, los Terraliberianos dejaron libre a Rossignol, encargándole que se largara cuanto antes, lo que se apresuró a hacer.

Pero la recepción que le hicieron los oficiales no fue de su agrado.

Los dos espías fueron acusados de haber vendido a los Terraliberianos los proyectos del comandante. Este les mandó encerrar, ordenó una información y pensaba someterles a un consejo de guerra.

El oficial encargado de la información se dejó convencer por las protestas de inocencia de los dos acusados; sobre todo de Le Mahoudec, que indudablemente aceptó el papel de espía por ciega obediencia a las órdenes del comandante, y sin duda también por el temor de una intervención de los Terraliberianos, en el caso de haber obrado de acuerdo con ellos. Por esa causa se les puso en libertad; pero la situación se les hizo tan intolerable, que adoptaron el partido de huir y de presentarse en la colonia pidiendo hospitalidad.

Discutióse largamente el asunto: unos, la mayoría, no querían admitirles; habían abusado una vez de la confianza de quienes les recibieron como amigos y podían abusar de nuevo.

Otros decían que precisamente por haber sido desenmascarados como espías no era probable que el comandante se sirviera de ellos; además no podía negarse ayuda y asistencia a los que venían a pedirla.

Rossignol y Le Mahoudec, que daban señales de haber sufrido mucho, manifestaron que se habían escapado de la cárcel que el comandante había hecho construir en el campamento, y donde les había encerrado otra vez so pretexto de un supuesto delito; que si los Terraliberianos los rechazaban, si se veían obligados a volver otra vez al campamento, era condenarles a persecuciones incesantes, reducirles al suicidio, porque una vida así es insopportable.

Se les concedió el permiso de permanecer: después de todo, si no fueran ellos podían ser otros; no había razón para aceptar unos y desechar a los demás. Había que admitir o rechazar todos los desertores que se presentasen.

Se decidió por la aceptación. La única precaución adoptada consistió en privarles el uso de armas.

Flochart estaba radiante de satisfacción. Gustaba de repetir la sorpresa del complot, hasta el punto de no haber

colono que no hubiera oído la relación media docena de veces; mas como cada vez le adornaba con nuevos incidentes, siempre había el interés de la novedad.

Por lo pronto Flochard se manifestaba convencido de que desde los primeros días de la llegada de Rossignol y Le Mahoudec había desconfiado de ellos, y que su sagacidad le había conducido al momento propicio para sorprender el plan de ataque.

Los colonos, cuando Flochard se les hacía pesado, se burlaban de él y le preparaban bromas, que solía tomar en serio, quedando en ridículo.

Un día, unos colonos invitaron a Flochard a una reunión organizada en el salón de una casa donde vivía en común un grupo de colonos, y allí, después de una deliberación burlesca sostenida con aparente seriedad, se propuso fundar una condecoración para premiar a Flochard. Era una derogación de principios, pero algo había que hacer para premiar un mérito tan extraordinario.

Flochard comprendió la burla y salió tratándolos de farsantes, pero su vanidad siempre quedaba a flote.

Otra vez, Doré, un escultor, le dijo:

Dime, Flochard, ¿no podrías encontrarme un bloque de mármol en tus correrías por la isla? Veremos, lo buscaré. ¿Te quieres dedicar a la escultura?

Sí.

–¿Qué asunto quieres representar?

Doré, poniéndose un dedo en la boca, contestó: Es un secreto; pero, si me prometes el silencio, te lo revelaré.

– Puedes hablar; no soy charlatán y sé guardar el secreto que se me confía.

– Pues se trata de hacer tu estatua. Sólo que para no restablecer la autoridad de los grandes hombres, los compañeros exigen que no se haga hasta después de tu muerte. Conque date prisa si quieres tener tu estatua.

Flochard se retiró gruñendo una injuria, mientras que todos los presentes, que al principio creían que Doré hablaba en serio, estallaban en una ruidosa carcajada.

Entretanto se proseguían los trabajos con actividad.

Terminado hacía tiempo el desmonte de los terrenos y hecha la siembra, la cosecha prometía ser espléndida.

Como los trabajos de agricultura sólo exigían una ligera vigilancia, los excedentes entre los que a ella se habían

dedicado, empleaban su actividad en otros trabajos, como la construcción de casas, ya que todavía eran necesarios para algunos los albergues primitivos.

Además se había comenzado la demolición de La Aretusa, con el propósito de utilizar sus materiales, y también por precaución, por si un día un golpe de mar la enviaba al fondo.

Las planchas del blindaje habían de ser una mina de acero, de que se tenía mucha necesidad en tierra.

También se habían desembarcado los cañones que armaban su torrecilla, y como las chalupas no hubieran soportado aquel peso, se construyeron grandes balsas, que costaron mucho trabajo, compensado por la gran utilidad que representaba aquella masa de acero.

Esperando que la escasez de material obligase a destruir aquellos cañones y aleccionados por la fracasada tentativa del comandante, se decidió colocarlos en batería en defensa de la villa, tanto por la parte de mar como por la del interior.

El trabajo abundaba en la colonia, pero los colonos lo soportaban alegremente, porque la situación se aclaraba, trayendo cada día una mejora. Estaban contentos con su suerte, y cuando en sus conversaciones recordaban los amigos que habían dejado en el viejo mundo, calculando qué les habría sucedido, si habría cesado la reacción o qué

nuevas formas adoptaría la propaganda y la lucha por la emancipación del proletariado, nadie hubiera cambiado la vida libre de la colonia para someterse nuevamente al yugo del capital. a veces se manifestaba la esperanza de tener noticias de allá, pero siempre amargada por el temor de tener que luchar de nuevo para defender la libertad conquistada.

En resumen, los Terraliberianos se sentían dichosos.

Se trabajaba activamente en la construcción de las casas. Ya había llovido alguna vez, y las lluvias, sin haber molestado demasiado a los habitantes de los albergues interinos, les hacían desear tener otros más cómodos y resistentes por si ocurrieran fuertes aguaceros.



Claro es que aquellos albergues se habían reforzado y varios de sus habitantes habitaban interinamente en casa de los amigos que tenían ya habitación fija.

Un día, cuando todo el mundo estaba trabajando, comenzó a llover; en un principio se creyó que se trataba de un chaparrón como los anteriores, y por eso no se hizo caso; pero como la lluvia renovaba la intensidad y el horizonte se iba cubriendo de negros y extensos nubarrones, se abandonó el trabajo ejecutado al aire libre, y los trabajadores se pusieron a cubierto.

Un relámpago culebreó en el firmamento; un trueno formidable, repetido por los ecos, retumbó en las alturas.

La lluvia se convirtió en un diluvio. El cielo se había obscurecido como en plena noche, sin otra claridad que la instantánea de los relámpagos, que, en un tiempo inapreciable, parecía envolver la isla en una deslumbradora y fugaz iluminación eléctrica. Los truenos se sucedían con fragoroso estruendo.

Los colonos, después de la tempestad de su naufragio, no habían presenciado huracán semejante.

Así pasaron dos horas. Al fin el cielo comenzó a recobrar su luz, los truenos y los relámpagos fueron atenuándose y disminuyendo, hasta que por último cesaron; escampó y el sol reapareció resplandeciente.

En cuanto cesó la lluvia, los colonos salieron a la plaza, interrogándose, para ver si la tempestad había causado algún estrago.

La villa había resistido bien: únicamente los pocos albergues interinos que aun quedaban habían sido inundados, pero las casas y almacenes permanecían inalterables.

Tres casas que estaban en construcción, algo separadas de las otras, habían sido arrancadas de cuajo sin dejar apenas señal.



La angustia principal de los Terraliberianos consistió en aquellos momentos en el temor de la pérdida de la cosecha. ¿Qué habría sucedido en los campos cultivados?

Todos querían informarse por sí mismos, y la población entera corrió a visitarlos.

La primera visita fue para el Roseral, cerca del arroyo. Afortunadamente el campo se hallaba resguardado por un bosque del lado de donde había venido la tempestad; las plantas recién nacidas, en general, excepto en algunos sitios,

no habían sufrido gran cosa; si en los otros campos no era mayor el daño, todo se arreglaría pronto.

En el Palmeral el desastre fue completo: la tierra había sido removida y arrebatada, no quedando huella de vegetación. El campo, pocas horas antes verde y hermoso, daba lástima verlo.

Nada o casi nada sobrevivió a la tempestad.

Los Terraliberianos, aterrados, no podían arrancarse a la contemplación de su ruina, y temían dirigirse a la Cuesta, donde podría ser más completa. Con el corazón oprimido se dirigieron allá, e inmensa fue su alegría cuando vieron que la tempestad había pasado por allí dejando escasas huellas. En resumen, todo se arreglaría a poca costa. Los dos campos que quedaban, si no ocurría otra desgracia, bastaban para las necesidades de la colonia.

Al volver a la villa comentando el suceso, se felicitaban de la división que se produjo cuando la elección de los terrenos, porque si se hubiera aceptado uno sólo, y éste hubiese sido el Palmeral, no solamente se habría perdido la cosecha, sino toda esperanza de cosechas sucesivas, a lo menos en muchos años, en vista de la insignificancia de lo que hubiera podido salvarse.

XVIII

Advertidos por este accidente, los Terraliberianos hicieron algunos trabajos de defensa para preservar sus plantaciones.

Debía evitarse que un segundo huracán destruyera lo que había quedado libre del primero.

Por dos desertores que vinieron a unirse a los Terraliberianos se supo que en el campo militar todos los cultivos habían sido destruidos, no salvándose siquiera con qué hacer una siembra nueva.

El comandante escogió el campo que había de ser cultivado; tuvo la buena idea de destinar a ese trabajo los soldados agricultores y hasta se dignó aceptar el ofrecimiento de un arado que le hicieron los Terraliberianos.

El sitio no estaba bien escogido. Los soldados labradores hicieron algunas observaciones, que un teniente transmitió a su superior inmediato y éste al comandante, pero en el camino perdieron toda su fuerza.

El comandante replicó que había escogido aquel terreno en la proximidad del campamento para que la vigilancia fuese más fácil, y que no había que hacer caso de lo que dijieran unos soldados rasos.

Las semillas germinaron mal, anunciando una cosecha pobre; pero la tempestad completó el desastre. Sin defensa el terreno y escogido en el interior de un circo que parecía el fondo de un barreño, fue completamente inundado, por la afluencia del agua de todas partes.

Y como se estaba lejos de haber desplegado allí la actividad que los Terraliberianos habían empleado en el suyo, porque los soldados se limitaban a hacer lo que se les mandaba, ni podían disponer de las herramientas fuera de las horas de trabajo, no podía mejorarse en nada su situación y sólo quedaba la caza como único recurso.

El comandante había hecho construir algunas arbaletas sobre el modelo de las de los Terraliberianos; pero como en la isla no abundaba la caza, una vez agotadas las provisiones de La Aretusa, se presentaba el hambre amenazador en plazo breve, reduciéndose a no vivir más que de pescados y mariscos.

La noticia complicaba la situación de los Terraliberianos, porque era evidente que si los Aretusianos quedasen reducidos al hambre, habría que alimentarlos o defenderse contra sus depredaciones. ¿Qué solución sería la mejor? ¿Podrían dejarse morir de hambre unos hombres a quienes se tenía tan cerca?

Esperando ver qué debería hacerse cuando se presentaran las circunstancias y qué medidas habrían de adoptarse, los colonos decidieron dar una nueva batida en la isla, para recoger todas las frutas, legumbres y raíces comestibles que pudieran conservarse; buscar las plantas susceptibles de cultivo para aumentar el ordinario y economizar las provisiones de reserva, la cosecha venidera y dedicar mayor parte a nuevas sementeras.

Aun no habían acabado las dificultades. Un nuevo incidente vino poco tiempo después a conmover nuevamente a los Terraliberianos.

No tenían jefes. Cada individuo tenía el derecho de tomar la iniciativa de una medida urgente, de proponer las que le parecieran útiles, y cuando la medida propuesta encontrase suficientes adherentes para ejecutarla por sí mismos, podían ponerla en práctica aunque no tuviera el asentimiento unánime; pero con la reserva de no tocar sin el consentimiento de todos a las provisiones, armas y herramientas sobre las cuales reposaba la salvación de la colonia, mientras no se llegaran a producir en grandes

cantidades para que todo ello pudiera ponerse a la libre disposición de todos.



Pero como suele suceder en toda agrupación, había ocurrido que, sea por cualidades positivas, sea por tener mayor facundia y habilidad, algunos habían adquirido cierta notoriedad entre los colonos; sobresalían sobre todos los

que con mayor frecuencia tomaban la palabra en las asambleas.

Por su juicio seguro, la claridad de sus indicaciones y cierta facilidad de elocución, Berthaut resultaba ser uno de éstos.

Había también uno llamado Goujaret, que, siendo capaz de hablar cuatro horas sin detenerse ni beber, tenía pretensiones al tribunado, y estaba siempre dispuesto a dar solución a toda dificultad que se presentase, y en caso necesario tenía también dificultades a punto para darse el gusto de resolverlas, así como proposiciones para cosas que no interesaban a nadie.

Por su desaprensión y por su charlatanería había logrado hacerse una pequeña popularidad entre cierto grupo de admiradores, y sólo por espíritu de contradicción se había declarado más de una vez adversario de las proposiciones de Berthaut.

Pero como la situación de los colonos no le permitía distraerse en cuestiones de dialéctica, puesto que se trataba siempre de resolver dificultades urgentes, materiales, por medios prácticos y no por argumentos, los Terraliberianos, cuando la discusión se prolongaba demasiado, se adherían siempre a la solución más práctica, especialmente si después de haber experimentado una o dos veces la dialéctica de Goujaret, se veían obligados a comenzar una discusión en que ya se habían empleado algunos días.

Eso irritaba a Goujaret, que se creía más inteligente y más experto que los otros, y manifestaba que, a causa de la mala voluntad con que se ejecutaban los medios que él proponía, ocurrían las dificultades que se presentaban.

Un día convocó una gran asamblea creyendo haber encontrado una idea luminosa que exponer. Perdemos mucho tiempo, dijo Goujarét; carecemos de organización. Cada vez que a uno se le antoja hacer una proposición, convocatoria al canto, y en ella se discuten horas enteras, o bien se convocan reuniones para cosas que no valen la pena. Esto es absurdo.

En nuestra pequeña sociedad formamos ya, sin darnos cuenta de ello, grupos bien distintos: tenemos los labradores, los carpinteros, los mecánicos, los cristaleros; pronto tendremos curtidores, zapateros, sastres; ¿no sería mejor que cada grupo se reuniese separadamente para discutir sus propios asuntos, y que, formando una federación designasen uno o dos de sus miembros que formaran una comisión federal donde se discutieran las proposiciones de cada grupo? Esta comisión retendría las proposiciones aceptables, y convocaría la asamblea general si fuese necesaria. De esta manera se procedería con orden y método y no se molestaría a todos sin necesidad.

Muchos colonos tomaron la palabra discutiendo, enmendando o combatiendo la proposición Goujaret. Berthaut resumió la opinión general.

—Lo que nos propone Goujaret es ni más ni menos que un retroceso a la forma parlamentaria.

En primer lugar, es absolutamente falso que perdamos tiempo en nuestras discusiones, puesto que tienen lugar fuera de las horas de trabajo. Si a veces discutimos cosas absurdas, ¿de quién es la culpa? ¿No es más lógico discutirlas todos juntos. que encargar a unos cuantos que las discutan en nuestro lugar?

Además los grupos no existen tan concretos y determinados como dice Goujaret. Si entre nosotros hay herreros, mecánicos, carpinteros, agricultores, aparte de una docena de individuos, no hay quien pueda decirse que pertenezca exclusivamente a un grupo.

Unos son carpinteros, pero también se dedican a la agricultura, a la mecánica o a la alfarería. Muchos hay que desde que estamos aquí han cambiado de oficio una docena de veces, y trabajan simultáneamente en tres o cuatro, sin contar los que ejercen para su trabajo personal.

Por mi parte he ayudado a roturar los campos de cultivo y he trabajado en la construcción de casas; he forjado herramientas y fabricado cristal; actualmente construyo muebles y aprendo a hacer cacharros.

Bayoux, que ha hecho de leñador al mismo tiempo que labraba los campos, construye carros y ha dado útiles

consejos para la construcción del automóvil que está todavía en el taller.

Así podría ir citándoos a todos uno por uno. Qué más; hasta Goujaret mismo, que, habiendo ayudado a construir casas, trabaja ahora para dotarnos de una constitución.

La asamblea estalló en una carcajada general.

Nuestras relaciones comienzan a ser menos sencillas que lo que parecen a Goujaret, y los grupos a ser mucho más complicados que lo que se imagina.

Nuestra organización se va formando poco a poco por la fuerza de las cosas, por las necesidades de cada uno. No seamos tan imprudentes que nos cerremos el paso creando una organización artificial y arbitraria.

Hasta el presente nos hallamos bien; permanezcamos así.

Y los Terraliberianos con sus aplausos expresaron que se hallaban bien organizados y no sentían la más mínima necesidad de una nueva constitución. Goujaret perdió un poco de su prestigio, y fue tal el desagrado que le causó su fracaso, que trató de vengarse, procurando insinuar, sin que Berthaut se enterara, que éste era un ambicioso que disimuladamente intentaba dominar y dirigir la colonia.

A otros decía que había visto extraer del almacén objetos de que no podía disponerse sin el asentimiento de todos y de que Berthaut había participado.

Cada día salía con alguna historia nueva contra su adversario.

Algunos le decían que formulares públicamente sus acusaciones; pero respondía que no se le creería, y se le acusaría además de envidioso.

Varios amigos de Berthaut le refirieron las insinuaciones de Goujaret; algunos le aconsejaron que respondiera públicamente al difamador; otros le excitaban a que le administrara un correctivo que le quitara para siempre las ganas de calumniar; pero Berthaut les respondió que sus amigos debían conocerle bastante para no necesitar justificarse de los ataques de un individuo a quien despreciaba profundamente. En cuanto a los que fueran bastante estúpidos para creer cuanto les refería Goujaret, no tenían más que venir ellos mismos a pedirle explicaciones.

Sin embargo, a fuerza de oír constantemente la repetición de la misma calumnia bajo nuevas formas, Berthaut llegó a perder la paciencia y sintió el deseo de estirarle públicamente las orejas.

Pero manifestó su deseo a su mujer, a quien amaba profundamente y cuyo consejo tenía en mucho por ser muy inteligente, y ésta le contestó que los golpes no eran una prueba de inocencia sino, todo lo más, de superioridad física; que sería dar satisfacción a Goujaret demostrándole que había tocado el punto sensible. Responder a palabras por golpes sería inaugurar la era de la violencia y el reinado de los más fuertes en musculatura. A Goujaret había que despreciarle como un miserable aborto.

Aunque en su fuero interno Berthaut persistía en pensar que hombres así tenían el aplomo de calumniar porque había hombres honrados que les concedían excesiva tolerancia y no le daban de una vez y para siempre la corrección merecida, Berthaud aceptó el consejo de dejarse calumniar tranquilamente.

Por último, Goujaret, dada la actitud de los Terraliberianos respecto de él, acabó por comprender que sus calumnias no producían más efecto que manifestarse ante todos los colonos como un vanidoso ridículamente desacreditado.



XIX

Después de esos diversos incidentes hubo un período de calma y reposo en la colonia.

Estaba a punto de terminar la construcción de las casas, y ya algunos de sus habitantes se dedicaban a adornarlas interior y exteriormente. Porque el trabajo común, aunque siguiendo el plano de los destinatarios, había terminado la obra de manera que suministrara una habitación sana y cómoda, pero dejaba a cada uno el cuidado de refinarla a su gusto, lo que había obligado a los Terraliberianos. a agruparse según sus miras comunes; unos dedicándose a la ornamentación de la madera, otros practicándose en el arte de la cerámica.

Los jardines empezaban a tomar bellísimo aspecto. Los colonos habían hallado en la isla flores magníficas por la esplendidez de su colorido, la fragancia de su perfume o la

originalidad de sus formas, ejercitándose en aclimatarlas alrededor de sus viviendas.

Otro tanto sucedía con algunos árboles frutales, que se esperaba conseguir que fueran más suculentos siguiendo las lecciones de Sherman, quien, horticultor apasionado, les enseñaba el arte de mejorarlos.



También se dedicaba aquel maestro al cuidado de las huertas, y habiendo hallado entre las semillas de hortalizas algunas plantas de adorno, que cultivaba esmeradamente aparte, pronto podría ofrecer a los colonos para sus huertos y jardines algunas de las plantas familiares.

Las cosechas se anuncianan magníficas, y pronto podría procederse a la recolección de las especies más precoces.

Por su estancia en la isla, los náufragos habían observado que la variabilidad de las estaciones no ofrecía gran diferencia, distinguiéndose el invierno del verano, más que por la temperatura, por la mayor frecuencia de las lluvias.

Se calculaba que podrían obtenerse fácilmente dos cosechas al año, lo cual, a la vez que desvanecía todo temor respecto de la alimentación, auguraba el almacenaje de importantes reservas.

Además, entre las provisiones de los oficiales se habían hallado excelentes uvas. Shermann encargó a los colonos le guardaran las semillas, prometiéndoles en cambio soberbios racimos para el plazo de media docena de años.

Entre los colonos se hallaba un maniaco que empleaba el tiempo en recorrer los bosques, recogiendo todas las piedras raras que encontraba, y a las cuales ponía su etiqueta correspondiente.

En los primeros días se creyó que se trataba de un rígido; algún regaño le había dicho que sus piedras no tenían aplicación en la cocina, y que en vez de organizar colecciones mineralógicas valdría más que se ocupase en hacer crecer el trigo.

Pero Sigot se encogía de hombros y continuaba sus excursiones, considerándosele como un maniático inofensivo, del que no había que hacer caso.

Sin embargo, entre las piedras que había coleccionado las había muy extrañas por su forma y su apariencia. Un día que Thiebaud se entretenía en examinarlas por curiosidad, vio una que le llamó la atención; repasando toda la colección sólo halló otra semejante, y ambas las puso aparte.

Preguntó al maniático dónde las había recogido, pero no pudo obtener indicación precisa.

Thiebaud explicó a los compañeros presentes que la isla debía poseer yacimientos de hierro y de cobre; que era preciso explorarla para descubrirlos, y mostró los dos guijarros, que con gran dificultad pudo obtener de Sigot le permitiera llevárselos, y que eran piritas de esos dos metales.

Los mecánicos habían logrado poner en marcha el primer carro eléctrico movido por la electricidad de la fábrica instalada junto a la cascada.

Una gran parte del plomo extraído de La Aretusa se había empleado en la fabricación de acumuladores. Aun quedaba para fabricar otros, pero había que pensar en el deterioro por el uso; otro tanto podía decirse del ácido sulfúrico, de que se había hallado escasa cantidad.

Respecto de este último renació la esperanza de poseer lo necesario merced al descubrimiento de las piritas, lo mismo que del azufre; pero la adquisición del plomo era

problemática. También se pensaba en la construcción de motores al alcohol, y esperando el producto de las viñas de Sherman, se trataba de la fermentación y destilación de algunas de las frutas recogidas en la isla.

Esto último era tan necesario, que se daba el caso de que una gran parte de los hilos hallados en el barco se habían empleado en la dinamo del coche, y probablemente faltaría para distribuir la luz como se había esperado; razón de más para dedicarse a la extracción del alcohol.

La actividad de los colonos se desplegaba admirablemente; no les faltaban los objetos de su aplicación.

También pensaron en organizar la educación de los niños.

Pero lo arreglaron de modo que en vez de ser un aumento de trabajo se convirtió en una ayuda que no era cosa de desdeñar.

No podía hacerse de la enseñanza un oficio asalariado, sino una profesión ejercida por los que tuvieran gusto de enseñar. Así constituida, era ventajosísima sobre el antiguo orden de cosas, en que para cada oficio apenas se consultaba el gusto y las aptitudes, casi siempre subordinadas a las situaciones y a las circunstancias, y así los que se dedicaban al profesorado no veían más que un medio de ganarse la vida como otro cualquiera; tratando, si eran

probos, de cumplir lo menos mal posible, no siempre en beneficio de los alumnos, a lo menos del mayor número.

Con respecto a los primeros elementos de lectura, escritura y cálculo, porque había niños, muy pequeños que no habían ido aún a la escuela, se decidió que se enseñaran en las familias, tratando de interesar a los hermanos mayores, que jugarían a maestros. Las niñas entraron muy pronto en el plan con entusiasmo.

En cuanto al resto de la enseñanza, en lugar de encerrar los niños en una sala molesta, las lecciones se daban al aire libre, y eran sobre todo lecciones de cosas.

Un día se les llevaba a la playa, y allá se recogían algas y mariscos, y el que les acompañaba les explicaba las especies encontradas.

Los pescadores se embarcaban algunas veces con ellos, y mientras echaban las redes referían los modos de ser de los peces que se pescaban.

Otras veces iban al interior de la isla, y recogiendo plantas, frutas, semillas o raíces, se les exponía la vida de una planta, sus semejanzas y sus diferencias con las especies inmediatas, sus luchas contra los obstáculos que se oponían a su desarrollo, y la ayuda que se prestaban para resistir a las causas de muerte y de desaparición.

Y de ese modo, haciendo las lecciones agradables, se traían siempre grandes provisiones de cosas útiles a la colonia.

Conviene hacer constar que esas diferentes excursiones solían realizarse simultáneamente, y los niños podían escoger la que más fuera de su gusto.

Unos, por ejemplo, ciertos días, preferían seguir a los trabajadores al taller, que, por la bondad del clima, estaba siempre al aire libre, con una cubierta móvil para preservar del sol o de la lluvia, según las necesidades.

Allá se permitía a los niños dedicarse a la producción de algún objeto, dándoles las indicaciones necesarias para el manejo de las herramientas, y señalándoles los inconvenientes de tal o cual movimiento vicioso, se les dejaba libre curso a su imaginación; se les refería la historia del oficio, de donde se derivaba y se les daban algunas nociones sobre la naturaleza de los productos empleados.

Conviene advertir que la persecución que había dado origen a la deportación a que estaban condenados los pasajeros de La Aretusa, se había ejercido sobre la porción más ilustrada del proletariado, alcanzando además a algunas personalidades significadas en las artes, en las ciencias, y en general en la clase que se considera como la flor del saber, que había tomado parte en la lucha contra la explotación; y, por tanto, el nivel intelectual de la colonia era

bastante elevado para suplir la falta de especialistas, a lo menos provisionalmente.

Al mismo tiempo que se instruían, los niños producían una suma de trabajo útil, a la comunidad o para ellos mismos, y aprendían a no separar, porque lo practicaban a la vez, el trabajo y la instrucción.

Su emulación se excitaba en sumo grado cuando en las excursiones descubrían alguna cosa útil, o en el taller lograban construir un objeto que atraía la atención de los obreros; sobre todo si alguno de ellos indicaba deseo de poseerlo.

Allí se manifestaban las diferencias de carácter: unos gozaban ofreciéndolo a la persona que más amaban; otros tenían más empeño en conservarlo cuanto más admirado era, y otros prometían construir objetos semejantes para quienes los desearan.

La ventaja de esta enseñanza consistía en que no estaba sometida a la menor imposición. Los alumnos tomaban de ella lo que querían, sin adoptar el carácter árido de lecciones; y, como la labor no excedía jamás a sus fuerzas, no duraba sino en tanto que les causaba satisfacción; en su pensamiento el trabajo no adquiría el carácter penoso que la mala organización social había impuesto a sus padres.

El trabajo quedaba así asociado a la alegría de vivir y de ejercer sus facultades.



XX

Una mañana llamó la atención de los colonos un poste con pretensiones de columna que sostenía un cuadro con un cartel.

En seguida atrajo gran concurrencia.

He aquí lo que en el cartel se leía:

GACETA TERRALIBERIANA

ÓRGANO SATÍRICO

Con las novedades del mundo entero

Se publicará cada quince días

»La redacción de la Gaceta Terraliberiana deseaba enviar su primer número al domicilio de cada uno de los habitantes de nuestra capital; pero no estando todavía organizado el servicio postal, se ha visto obligada a renunciar a su deseo.

»En honor de la verdad, diremos que nos ha obligado otra causa mucho más poderosa: la falta de papel.

» La redacción, que no retrocederá ante ningún sacrificio para satisfacer a sus numerosos lectores, había pensado en la posibilidad de grabar caracteres móviles de madera para la impresión de su interesantísima publicación. Uno de los nuestros nos prometía una prensa adaptada a nuestra tirada.

» Mas por rudimentario que sea ese medio, impuesto por la situación y no por el deseo de retroceder a los tiempos primitivos, hemos tenido que renunciar a él por no tener una mala hoja de papel o de tela para imprimir.

» De todos modos prometemos a nuestros futuros lectores remediar ese defecto, para lo cual se han hecho importantes estudios, y esperamos fabricar pronto bastante papel para que los Terraliberianos no se quejen de falta de lectura.

»Esperando la aurora de ese dichoso día, talentos juveniles y nobles pensamientos arden en deseos de desarrollarse y emprender su vuelo, pasando por tradición,

ya que no por el arte de la imprenta, a las generaciones futuras.

» Para corresponder a esa imperiosa necesidad, la redacción de la Gaceta Terraliberiana, resuelta a no esperar más, ha decidido, no hacerse leer, sino hacerse oír.



» Hemos reunido suficientes restos de papel de embalaje (que la posteridad tome nota de tan modesto principio) para escribir nuestros artículos, desarrollar nuestro pensamiento y, en caso necesario, velarle bajo cinceladas frases.

» Acudan aquí los Terraliberianos pasado mañana, a las nueve de la noche, y la redacción, a pesar de su deseo de permanecer anónima, vencerá su modestia leyendo sus artículos ante la honorable asamblea que venga a escucharla».

En la noche citada la población de Tierra Libre se agolpaba en la plaza para oír la lectura de la *Gaceta* y conocer los autores de aquel nuevo juego, que habían guardado su secreto de tal modo, que nadie, antes de la lectura del cartel, pudo sospechar lo que se tramaba contra su tranquilidad.

Se había improvisado una tribuna en la cual, cuando la multitud fue bastante numerosa, tomaron asiento media docena de colonos que constituían la redacción; algunos de ellos tenían cierta notoriedad en la colonia, pero otros sólo eran conocidos por verles diariamente ocupados en las tareas en que se empleaba todo el mundo. Entre ellos había una mujer.

Si la redacción no era numerosa, era variada, porque cada redactor se había atribuido diversas secciones.

Se comenzó por el programa que se proponía realizar la *Gaceta*, con la promesa de todas las reformas que había de realizar.

Siguió el boletín político, que contenía la exposición de las relaciones diplomáticas de la colonia con los Estados vecinos y en que se ponía como nuevo al ex-comandante, de La Aretusa; venían después noticias de diferentes partes del mundo, que se suponían recibidas por palomas mensajeras.

Alguien pidió que se mostraran las palomas; pero los redactores, confundidos un momento, se excusaron de no poder satisfacer la demanda por no haberles sido posible resistir al deseo de comérselas.

—Sí, y las transformáis en bulos, —dijo uno.

Uno de los redactores hizo observar que si cada cual hubiera recibido un ejemplar en su casa, las reflexiones molestas que pudiera hacer contra la redacción no vendrían, como en el caso presente, a cosquillear desagradablemente los oídos de ésta; rogaba por tanto al público, para conservar las apariencias de un verdadero diario, que reservase las reflexiones para su fuero interno, a lo menos en presencia de los redactores.

Se pasó después a las noticias del interior de los países extranjeros, y el campo de La Aretusa suministró nueva ocasión de aguzar el ingenio contra el comandante y sus oficiales.

También tocó su parte a los Terraliberianos en la sección de gacetillas.

En la sección literaria venía la historia de un joven que hacía la corte a una joven: él era holgazán y cándido, y la muchacha, lista y burlona, fingía admitir sus obsequios de tal modo que puso al galán en ridículo ante toda la colonia.

El caso era verídico: se trataba de un rígido que rondaba a la hija de un colono casado. Entre las familias deportadas había algunas jóvenes de 15 a 18 años. La joven galanteada, de acuerdo con las mujeres de la colonia, y para darle una lección, se dejó querer, dándole grandes chascos, hasta que se convenció de que era la irrigación de la villa.

La historia se expuso con gracia, con multitud de detalles cómicos, pero de manera que fueran reconocidos los personajes; por lo que alcanzó un éxito extraordinario.

En resumen, el primer número de la Gaceta Terraliberiana tuvo una aceptación de primer orden, y durante algunas semanas se formaron más de veinte grupos fundadores de ese nuevo género de publicación.

Pero la mayor parte de esos ensayos, mal inspirados y organizados, carecían de oportunidad y gracia.

Hubo frenesí; llegó a ser una ocupación predominante. Para superar al vecino, se forjaron historias falsas, y de la crítica más o menos justificada se pasó a lo que, sin ser todavía la calumnia, era ya la maledicencia.

Goujaret fue uno de los primeros imitadores de la Gaceta, y no habiendo encontrado colaboradores, hizo su diario por sí solo y fue el primero que entró en esa vía.

Hubo ocasiones en que la lectura de algunos diarios estuvo a punto de terminar en pendencia, y costó no poco trabajo desvanecer algunas enemistades que comenzaban a manifestarse. El trabajo útil se resentía ya por la excesiva afición que se dedicó a aquel pasatiempo. Parecía como si los iniciadores de la Gaceta hubiesen tenido una inspiración perjudicial para la vida de la colonia, introduciendo en ella aquel elemento de discordia.

Los que habían resistido a la afición dominante discurrían sobre el modo de refrenarla.

Un día los colonos fueron invitados a una representación teatral. La pieza se titulaba *Lo que sucederá*.

El autor ponía en escena de una manera satírica la diariomanía. Por supuesto, la acción se desarrollaba en un país imaginario y los personajes tenían nombres griegos.

Se trataba de una población que había vivido siempre tranquila hasta que un día se dio a la pasión de hacer diarios: empezó un grupo haciendo imprimir uno; en seguida surgieron grupos de todas partes, éstos se subdividieron en numerosísimos subgrupos, hasta llegar a que cada individuo quería hacer su diario.

Así cada uno tuvo que ser redactor, impresor, fabricante de su papel, de su tinta, de su prensa, y no llegaron a entenderse porque con trabajo tan extraordinario no pudo haber lectores.

Faltaron vestidos, pero se vistió la gente con periódicos; faltaron víveres, y se trató de guisar papel impreso, que era lo único que abundaba en el país; mas aquel alimento era tan indigesto que los cólicos hacían estragos.

La comedia estaba concebida y desarrollada con ingenio, y los colonos rieron de tan buena gana, que aquella risa, no sólo detuvo la aparición de nuevos periódicos, sino que hizo desaparecer algunos, hasta que quedaron dos o tres, que eran los más interesantes y cuyos autores no descuidaron sus trabajos, haciéndose notar, al contrario, por su actividad.

Sobrevino la calma en la colonia, pero el éxito de *Lo que sucederá* suscitó nuevas producciones escénicas, y siguió la moda de organizar representaciones y conciertos.



XXI

En medio de aquella actividad quedaba siempre un grupo de Rígidos a quienes repugnaba el trabajo.

Como no estaban bien considerados, solían ofrecerse a algún grupo, pero tenían el acierto de hacerlo donde sus servicios no eran necesarios. Y cuando intencionadamente se les aceptaba, su celo duraba poco. Rara vez se contaba por días.

Los pretextos no faltaban: siempre había algún grupo que necesitaba uno o dos hombres, y allí iban, dejando a sus compañeros que podían continuar bien su trabajo sin ellos.

Como sucede para la división del trabajo, la afinidad les había reunido sin necesidad de buscarse. Habían llegado al caso de que sin ser necesario darse cita, cuando les dominaba la pereza ya sabían dónde encontrar almas hermanas para matar el tiempo en compañía.

Con el fin de facilitar la libertad a los colonos, los víveres se distribuían para varios días a la vez, sin que hubiera comisión encargada de presidir esta distribución.

Para evitar cualquier derroche se había hecho inventario de todo lo existente, reproducido en varios ejemplares. El almacén estaba cerrado, pero cada colono por turno se encargaba de él, y cuando salía algo, lo mismo que para la distribución de víveres, por ejemplo, se hacía a la vista de todos y se borraba del inventario lo que salía del almacén.

Como se trataba de un expediente impuesto por las circunstancias, y todos comprendían que de él debía depender la subsistencia de cada uno, lo aceptaban fácilmente.

Claro es que para la salida de un pequeño lote de material se operaba sin recurrir a la presencia de todos.

Cuando se reconocía que un grupo determinado tenía necesidad para su trabajo de una cantidad de tal o cual producto, bastaba que el grupo firmase un recibo.

Y todo marchaba bien sin muchas dificultades. Gracias a este sistema, nuestros perezosos, ni siquiera tenían necesidad de presentarse a las horas de las comidas, y solían desaparecer durante varios días, reuniendo sus provisiones, cociéndolas juntos, añadiendo el producto de su caza cuando cogían alguna gacela o algún pájaro.

Hasta entonces se había respetado el almacén común.

Pero un día que celebraban un banquete con los restos de un antílope cazado el día anterior, los colonos habían aprendido a hacer fuego con pedernales y hojas secas, uno de ellos, llamado Troupy, presentó una botella de aguardiente, de las que los colonos reservaban para necesidades que pudieran presentarse más urgentes que la satisfacción de beber sin necesidad.



—¿Cómo te has arreglado para meter mano a esta pieza? —preguntó uno de los Rígidos.

Muy fácilmente; ayer ayudé a Ferrand, que estaba de guardia, y aproveché un descuido para sutilizarla, y pasó la botella a un compañero después de haberse servido un buen trago.

– Esto fortifica, dijo el segundo bebedor, después de sacar su parte y pasarla a un tercero, que la esperaba con ansia.

Ya había perdido el recuerdo de su gusto, dijo aquél relamiéndose con gran placer.

Lo que hacemos en este momento, dijo otro, está mal hecho.

¡Por un litro! Eso no arruinará la colonia. Y un buen trago desvaneció sus escrúulos. El suplemento añadido por Troupy al ordinario de los holgazanes fue tan bien apreciado, que otros le imitaron; pero procedieron con tanta indiscreción, que el almacenista de semana notó un día un vacío en el lugar destinado, y consultando el inventario vio que faltaban una docena de litros de aguardiente. Como su atención se había fijado en el empeño con que se ofrecían los Rígidos para ayudarle en el trabajo del almacén, pronto sorprendió a uno *in fraganti*.

Gran sensación causó el hecho en la colonia, y al efecto se celebró una gran reunión.

De nuevo se planteó el problema de represión o de libertad.

Dejar pasar tales actos sin castigo era animar a los delincuentes. Acaso puedan cerrarse los ojos en una sociedad donde haya de todo en abundancia, pero Tierra

Libre estaba en condiciones especiales que no permitían semejante tolerancia. Los más moderados proponían que se administrara al ladrón una soberana paliza para que se acobardase; otros pedían sencillamente la expulsión de la colonia.

Y estos razonamientos eran expuestos por hombres que se habían rebelado en Europa contra la explotación burguesa, y que no querían sufrir en la colonia la de los que intentaran implantar una nueva tiranía.

Pero la lógica de los defensores de la libertad era constante e inflexible.

– Si restablecemos los castigos, –decían, vamos a la reconstitución de la magistratura. ¿Serán nuestros juicios mejores y más justos?

–Se habla de castigar al delincuente, decían otros. El castigo sería explicable en el momento de pillar al autor con las manos en la masa, y muchos Terraliberianos no hubieran reparado en escrúpulos para romperle la cabeza en el acto. Pero pasado el hecho, juzgado y sentenciado, ¿hay algún Terraliberiano que se preste a desempeñar el cargo de verdugo? Todos callaron.

– Se habla de expulsarle de la colonia. ¿Mas por algunas botellas de aguardiente se ha de condenar a muerte a un hombre? Y admitiendo que la colonia continuase

suministrándole víveres después de su expulsión, ¿no sería hacer de él un enemigo, dándole el derecho de ejecutar cuanto le aconsejara la cólera? En ese caso se acaba la tranquilidad; habrá que establecer vigilancia constante, permanecer en estado de continua desconfianza.

¿No es preferible recurrir a los buenos sentimientos del delincuente, exponerle todas las desventajas que, para él y para todos, resultarían si su ejemplo fuera imitado? ¿No vale más la confianza recíproca y fraternal en que hemos vivido hasta ahora, que la sospecha y el odio que sobreverdrían si esos actos se repitiesen?"

Durante estos debates los Rígidos se mostraron avergonzados; hubieran querido ser invisibles. Únicamente el ladrón quiso manifestarse cínico, y cuando se discutía la idea del castigo llegó a hacer algún signo provocativo.

Sin embargo, prevaleció la tolerancia. La asamblea se disolvió sin que nadie dirigiera una palabra al culpable. Sus mismos cómplices fueron los primeros en alejarse.

Él permaneció algún tiempo solo antes de decidirse a abandonar el sitio. Por último, crispó los puños, dio un golpe en el suelo con el pie y se alejó.

Pasaron dos días sin vérsele.

El tercer día reapareció tranquilo, y viendo unos herreros que preguntaban si había uno que quisiera ayudarles, se presentó y dijo:

—¿Me aceptáis?

— Sin el menor inconveniente, ven con nosotros, —contestó uno en nombre de los compañeros.

Y así terminó el incidente.

Después se le manifestaba alguna vez el humor vagabundo, pero en el trabajo con los compañeros cumplía perfectamente.

Él era el protagonista de la historia cómica referida en la primera sesión de la Gaceta Terraliberiana, y a pesar de las burlas de la muchacha, siempre conservó hacia ella un sentimiento de amor profundo.

Cuando volvió a ocupar su puesto entre los trabajadores procuró en cuantas ocasiones pudo ser útil y agradable a su amada, y como era ingenioso, le regalaba objetos de utilidad y gusto que construía.

Poco a poco se borró la impresión de la penosa escena pasada. La muchacha se le manifestó más confiada y los Terraliberianos preveían que pronto tendría lugar la primera unión entre Terraliberiano y Terraliberiana.

XXII

El asunto del robo impresionó a los Rígidos. Durante algunos días no se atrevieron a abandonar abiertamente el trabajo e hicieron alguna aparición en las obras y talleres.

Pero la costumbre de holgazanear estaba muy arraigada en ellos para desvanecerse tan pronto, y en cuanto empezó a olvidarse la escena volvieron a las andadas.

En una de ellas les encontramos.

Faltan algunos a la lista; las reuniones no son ya tan constantes y continuadas como antes.

Sin embargo, todavía hay siete u ocho recalcitrantes.

Justo es decir que el día es pesado y caluroso, y que hasta los colonos más activos y diligentes carecen de empuje.

Nuestros hombres ni siquiera se han tomado la molestia de fingir que iban al trabajo, sino que directa y pausadamente se han encaminado al sitio de su preferencia, donde tienen establecido el taller de jugar a los naipes.

El sitio es excelente: un claro del bosque cubierto de blanda y finísima hierba, que forma una especie de alfombra verde; un límpido arroyuelo, que se desliza murmurando entre los guijarros; una atmósfera fresca y perfumada, que encanta y deleita, son causas poderosas para producir la calma absoluta y atraer los dulces ensueños.



Sobre todo hay allí un árbol corpulento con un follaje frondoso, impenetrable a los rayos del sol, a cuyo pie es por demás agradable tumbarse a dormir la siesta.

Allí estaban todos: unos tendidos a la bartola; otros sostenían una lánguida partida. Uno de los jugadores dio las

cartas distraído mientras iba refiriendo una historieta, y al llegar al fin de la baraja, se equivocó; había dado una carta de más. a uno y tuvo que recoger las cartas para darlas de nuevo, lo que desesperó a otro que tenía buen juego.

Dadas otra vez, dijo uno:

- Yo tengo una carta de más.
- Yo una de menos, – dijo otro.

El dador tiró su juego con enojo, diciendo:

Sólo a mí me ocurren estas cosas. Tenía una quinta mayor de triunfo y tercia mayor de espadas. ¡No juego más!

– Oye, Carón, –dijo uno de los jugadores, ¿quieres ser mi compañero en la partida? –¿Qué? –dijo el interpelado abriendo desmesuradamente la boca y estirándose en el suelo.

–¿Que siquieres jugar?

– Recuérdamelo cuando acabe, –dijo cerrando los ojos y volviéndose del otro lado.

– ¿Y tú, Lambert?

– Ni siquiera tengo fuerzas para moverme.

– No sois capaces de hacer un favor.

– ¡Vete a paseo! Si las cartas te divierten a mí me fastidian. Y sobre todo, déjame dormir.

– ¡Cómo se divierte uno aquí! –¿Por qué has venido?

– Si lo hubiera sabido... Con los otros se charla al menos y el tiempo pasa más pronto.

– Pues vete a trabajar con ellos.

Hubo una pausa.

–¿Queréis que demos un paseo?

– Hace mucho calor.

– ¿Para qué pasear? Siempre se ve lo mismo: árboles, rocas, hierbas...

– Yo no puedo dormir.

–¡Oh! ¡Cómo se divierte uno aquí!

– ¿Lo has tomado como estribillo?

– Si llego a saberlo, hubiera seguido a Flochard a la caza.

– Anda demasiado cuando se pone, y vuelve uno deslomado.

Y el que dijo esto, horrorizado ante el recuerdo de tanta actividad, dio un bostezo enorme y sonoro y se estiró en el suelo a sus anchas.

Aquel bostezo produjo uno simultáneo y general de toda la asamblea.

–¡Oh! ¡Có... mo nos di... ver... ti-i-i-i... mos! dijo después bostezando solo el del estribillo. –No queréis jugar a cartas, ni pasear, ¿qué hemos de hacer? Ya estoy harto de estar echado y no puedo dormir. Tampoco podemos volver a la villa, porque es temprano, y los chiquillos nos cantarían la canción de los gandules, y las mujeres se burlarían de nosotros.

Otra pausa más larga, durante la cual sólo se oía el ronquido de algún durmiente, algún bostezo o el rumor de hojas promovido por algún cambio de postura.

Después de otro bostezo dijo uno:

- Me parece que mañana iré a la sierra a ver si se necesita un ayudante.
- ¿No sabes que se instala un molino allí cerquita?
- Se me ocurre una idea. Yo he sido molinero. Iré a ver cómo trabajan, y puede que me decida a echar una mano, si me necesitan.

Después de una nueva pausa:

- Convengamos en que somos unos gandules de primera, estándonos aquí mientras los otros trabajan.
- Yo no puedo remediarlo, he venido cansado al mundo.
- Sí, somos muy gandules; porque, después de todo, se hace lo que se quiere y nadie mete prisa.
- Según con quien se trabaja, porque hay algunos que gruñen como un burgués si uno no trabaja tanto como ellos.
- ¡Qué importa eso! Aquí no hay quien os regañe ni despida.
- A mí no me gusta molestarme.
- Para lo que nos divertimos aquí...
- Tú siempre con la misma canción.
- Es que yo creo que es perder el tiempo trabajar en esta isla perdida. El día menos pensado se presenta aquí un barco y carga con todos nosotros.
- Sí, un barco cargará con más de mil personas de suplemento.
- No, pero llevará noticia de nosotros y vendrán a buscarnos...

- Para enviarnos a la Guyana o al África. Muchas gracias.
- No, pero...
- Si se viene a buscarnos será por orden del gobierno. No es de esperar que los burgueses abran una subscripción para repatriarnos y recibirnos en triunfo...
- No, pero yo te aseguro que una vez librado del presidio, preferiría hacerme agujerear la piel antes que dejarme llevar... Afortunadamente tenemos la artillería de La Aretusa para recibir al que venga a buscarnos.

La verdad es que somos malos.

– ¡Malos! ¡malos! Y todo porque uno descansa de cuando en cuando.

– Si no se descansara más que de cuando en cuando... Es que descansamos siempre sin habernos cansado.

Por mi parte yo no he dicho que no quiero trabajar. Es que me tomo tiempo. ¡Es tan bueno tenderse sobre la hierba al sol y no pensar en nada!...

Pero si todos hicieran lo mismo, no duraría mucho eso de no pensar en nada.

– No llegarás a viejo si te rompes la cabeza pensando de ese modo.

El sol comenzaba a declinar, y viéndole acercarse al horizonte, los holgazanes pensaron que ya era hora de acercarse a las cocinas.

Se dirigieron silenciosamente hacia la villa, y dijeron al separarse:

- Me parece que mañana me quedaré con los otros.
- También tengo ganas de hacer eso mismo.
- Sí, será una novedad.
- Pues yo no estoy decidido; mañana veremos.

XXIII

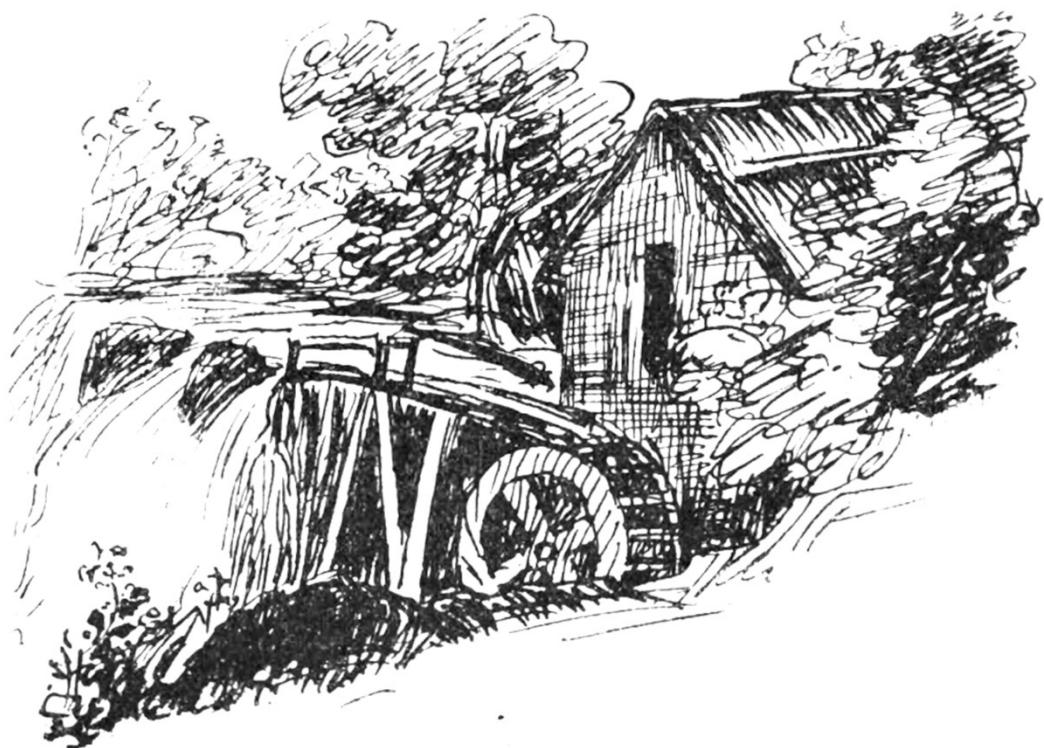
En la colonia cuanto más tiempo pasaba más gusto se hallaba en el trabajo, que iba despojándose en gran parte del carácter social que había adquirido, para individualizarse cada vez más. Como aumentaban los recursos, podía contarse más con la iniciativa de cada uno.

Hacía ya bastante tiempo que las habitaciones. estaban construidas. Cada uno tenía la suya, y las cosechas estaban recogidas y almacenadas.

Un molino funcionaba sobre el arroyo; se había construido un horno, y la colonia tenía pan tierno todos los días.

Se discutía si sería mejor tener una sola tahona que hiciese el pan para todos, o que cada uno tuviera su artesa y su horno en su casa, donde amasara y cociera a su gusto y conveniencia.

Unos estaban por la tahona central, otros por que, cada uno o sino por grupo de vecinos hicieran su pan. Se decidió hacer una prueba. Para no perder tiempo en trabajos inútiles, cada uno amasaría su pasta y la llevaría a cocer al horno común, que, estando situado en un sitio central, no causaría gran molestia.



Si la prueba no resultaba concluyente, los que prefirieran la tahona común se entenderían entre sí, los que la quisieran individual o por pequeños grupos harían otro tanto.

De la cosecha de la huerta se habían podido distribuir semillas a los que quisieran cultivar huertos y jardines. El resto se había conservado para sembrar en común, con el fin de asegurarse una reserva para intentar después la centralización sin correr el riesgo de la escasez.

Se habían hallado minas de cobre y de hierro y estaban en explotación; lo que permitía a los Terraliberianos dedicarse a muchos otros trabajos de que antes se habían visto privados por falta de esos metales.

Terminadas las casas, los primeros esfuerzos se dirigieron al mobiliario.

Al principio se cortaba la madera en pleno bosque y se hacían mesas rústicas y asientos más o menos cómodos; pero la sierra mecánica permitió la mejora de este ramo de la industria.

La asociación de Doré, escultor; Soubeiran, ebanista, y Dormeuil, herrero, realizó un gran progreso.

Doré dibujó un aparador para cada una de las familias del grupo; Dormeuil forjó el herraje según los dibujos de Doré, y Soubeiran trabajó la madera.

Cuando se terminó el primer mueble, todos los Terraliberianos acudieron a admirarle.

El alfarero se ofreció a fabricar la vajilla para guarnecerle, si la asociación quería construirle uno semejante.

Otros hicieron observar que estaban empleados en trabajos útiles a la comunidad, y deseaban en cambio que se les hiciera algún mueble.

Nuestros tres hombres, para quienes era un placer dedicarse a esta fabricación, organizaron un grupo, en que unos se emplearon en el bosque en cortar, secar y preparar la madera, puesto que no había aún reservas bastante antiguas para que se hubiera secado naturalmente, y otros fueron a extraer el mineral y a transformarle en metal.

Por su parte Randon había logrado separar los filamentos de sus plantas para que pudieran ser hilados y tejidos.

Esto exigía una nueva agrupación de aptitudes, de que formaba parte Doré, porque discurría la aplicación de las telas al mobiliario, y de paso ayudaba a la importantísima renovación de los vestidos.

Dormeuil también era del grupo para la construcción de los telares.

Por último, se había establecido una tenería para trabajar las pieles de las gacelas cazadas, de las que se esperaba sacar partido para el calzado. Entre tanto se fabricaban zuecos.

Por falta de encinas para el curtiente se había dudado si podrían utilizarse las pieles, pero Randon había descubierto en sus excursiones una variedad de zumaque, cuya corteza reemplazaba ventajosamente la de la encina, y pronto los curtidores organizaron su tenería para el curtido de las pieles que se habían conservado en sal; porque excusado es

decir que desde su llegada a la isla los colonos habían aprovechado los pantanos salados para el aprovechamiento de la sal.

Los mecánicos habían puesto en marcha media docena de coches automóviles al alcohol, que bastaban para las necesidades de transporte de la colonia. Para ello se había logrado la destilación de diferentes frutos y semillas que abundaban en la isla y producían el alcohol suficiente para el uso industrial.

Como ya queda indicado, esos grupos profesionales no tenían nada de rígido ni de cerrado. Las relaciones diarias, las simpatías y las afinidades contribuían a su formación tanto como los conocimientos técnicos, y la agrupación no reemplazaba las relaciones individuales sino cuando el esfuerzo lo exigía.

Tan absurdo hubiera sido retroceder al estado en que cada uno fabricaba lo que le era necesario, como esa especialización excesiva a que la industria moderna ha reducido al trabajador, quien pasa su vida fabricando miles y miles de ejemplares de la misma pieza, sin conocer siquiera el conjunto de que ha de formar parte, y a veces a no hacer más que una parte de esa misma pieza, sin acabarla jamás, lo cual es estúpido, no sólo desde el punto de vista del desarrollo individual, sino también por lo que se refiere al conjunto de la humanidad.

Además, todo individuo, aun de inteligencia ordinaria, posee aptitudes para variar sus trabajos, y esa variación le es necesaria; pero no es universal y no pueden ejercerla todos con la misma facilidad.

Entre los Terraliberianos el trabajo se organizaba evitando esos dos extremos.

Pero ningún individuo se creía obligado a practicar exclusivamente el oficio que ejercía antes de la persecución, que casi todos odiaban, porque había sido para ellos una esclavitud.

Por ejemplo, cuando los herreros carecían de material, si no se encontraba quien se dedicara a la extracción de mineral, ellos mismos y todos aquellos a quienes interesaba más directamente su trabajo se convertían en mineros.

Del mismo modo los sastres, cuando les faltaba tela, ellos mismos se ponían a tejer; los curtidores, cuando carecían de curtiente, iban a buscarlo al bosque, y así se hacía en todas las industrias.

Todo individuo tenía algún interés en la buena marcha de cada grupo, y, por lo tanto, cuando se necesitaba un ayudante, nunca faltaba uno dispuesto a abandonar interinamente un trabajo poco necesario de momento para atender a otro más urgente.

El corto número de individuos de que constaba la colonia había facilitado esa concordia, pero esa misma pequeñez y las difíciles circunstancias que atravesaba, esa escasez de recursos y de medios, habían producido obstáculos difíciles de superar.

De todo habían triunfado, gracias al predominante espíritu de concordia y a la buena comprensión de los derechos del individuo, que no excluyen la solidaridad con el medio y con los demás individuos, a pesar de haberse manifestado rivalidades y desavenencias de individuo a individuo y a veces entre los grupos.

Había llegado en ocasiones a ser necesario que interviniese la población entera para poner fin a querellas que, dejadas a sí mismas, hubieran podido envenenar el buen acuerdo y la armonía general.

Era evidente que esas desavenencias tenían su origen en los restos de la educación antigua y de las costumbres del otro mundo, de que, a pesar de la evolución de sus ideas, los colonos no habían podido despojarse por completo.

Habrán de pasar generaciones antes que se desvanezcan los malos efectos de tantos siglos de opresión, de miseria, de servidumbre y de malas costumbres.

XXIV

Todo iba bien. Nuestros colonos llevaban una vida tranquila y feliz, y si alguna vez se manifestaba penosamente el sentimiento de su soledad, fuera del mundo, desprovistos de muchas cosas accesorias de la vida, pero que han llegado a ser necesarias al hombre, suministradas por la ciencia y por la industria, ese pesar se compensaba con la alegría de ser libres, de desarrollar sin trabas todas sus facultades.

Se les había impuesto una nueva evolución, y la realizaban conscientes y dignos.

Dispuestos a no sufrir cadenas, ni la limitación que les imponía la isla estaban dispuestos a sufrir, y ya se hablaba de la construcción de un barco capaz de una larga navegación que les pusiera en comunicación con el mundo antiguo, con los compañeros que hubieran sobrevivido o escapado a la tormenta de represión, llevándoles la fuerza

de ese pequeño mundo que se creaba para ayudar a la transformación del antiguo.

Y no era esto una aspiración vaga e infundada, porque había quien estudiaba seriamente los planos del barco y los de una máquina movida por el alcohol.

Nuestros colonos comenzaban, pues, a respirar y a gozar pacíficamente los frutos de su trabajo. Su segunda cosecha, que no habían sembrado inmediatamente después de la primera antes de conocer bien el clima de la isla, se anunciaba de una manera espléndida. El optimismo de Pangloss hubiera tenido razón de existir en Tierra Libre.



Se felicitaban de haber hallado el bienestar y el reposo en lugar del presidio adonde les destinaba una burguesía a quien había exasperado hasta la ferocidad el temor de

perder sus privilegios, cuando un día vieron llegar media docena de individuos pálidos, flacos, sucios y andrajosos.

Eran delegados del campo de La Aretusa, que venían a pedir a los deportados si querían aceptar en su compañía los marinos y soldados, o prestarles su ayuda, porque se encontraban en la mayor miseria.

La caza y la recolección de algunas frutas y raíces habían permitido economizar los víveres que les correspondieron en el reparto de las provisiones del barco; no se había llegado a los rigores del hambre absoluto, pero el desastre de su campo de cultivo produjo el mayor desaliento.

Además el comandante, firme en su idea de salir de la isla, no prestó atención alguna al trabajo de bienestar y comodidad de sus hombres. Su pensamiento se dirigía exclusivamente a la construcción de una balsa que pudiera lanzarse al mar llevando provisiones para algunas semanas.

Había reunido la lona de que disponía, y prometió que cuando la balsa estuviese construida se sortearía entre los más resueltos a arriesgarse en la empresa; pero la noche anterior se embarcó clandestinamente con sus oficiales, habiendo trasladado a bordo de la balsa todo el resto de las provisiones, dejando a un contramaestre el encargo de leer una orden del día en que declaraba que, viendo su autoridad cada vez más desconocida, no queriendo presenciar el triunfo de la rebelión, iba con su balsa en busca del puerto

civilizado más próximo, para repatriarse y obtener del gobierno el mando de la misión encargada de hacer que los rebeldes volvieran a la razón.

Dejaba a los soldados libres de arreglarse como pudiesen para vivir; pero se tendría en cuenta la prontitud con que se sometieran cuando volviese.

La noticia alarmó a los Terraliberianos. Inmediatamente se pensó en embarcar en la chalupa un número suficiente de hombres armados en busca de los fugitivos; pero tras una observación marítima de algunas horas sin ver en toda la extensión del horizonte más que el mar perfectamente tranquilo, sin el menor indicio de vela ni de balsa, se abandonó la persecución.

La ventaja de la chalupa de vapor, que permitía ganar las doce o catorce horas de los fugitivos, resultaba inútil por ignorarse la dirección que habían tomado. ¿Dónde buscarles en aquella inmensidad que envolvía la isla por todas partes?

La huída del ex-comandante de La Aretusa, si éste lograba arribar a un puerto frecuentado, era un golpe tremendo para los colonos; suponía el término de su reposo y tranquilidad.

La circunstancia de hallarse fuera de toda ruta seguida no impediría el envío de acorazados, y si bien es verdad que podían organizar una defensa, iba a ser necesario pasar lo

mejor de su tiempo haciendo vida militar; de trabajadores entusiastas y progresivos habían de convertirse en sanguinarios y destructores.

Lo mejor que podía suceder era que la frágil embarcación del ex-comandante fuese deshecha por la tempestad antes de llegar a lugares frecuentados.

La tentativa creaba una situación grave para que los Terraliberianos se detuvieran ante sentimentalismos de ninguna especie; y si la balsa se hubiera presentado al alcance de una de las piezas que en la costa prolongaban, como reptiles peligrosos, sus bocas amenazadoras, no hubieran tenido el menor escrúpulo en enviarle un mensaje de hierro y de fuego.

Esperando los acontecimientos, convenía ponerse en estado de defensa y preparar las municiones por si llegaba el caso de haber de recurrir a ellas; era también necesario renovar la vigilancia abandonada ya hacía mucho tiempo.

La llegada a la villa de los soldados y marinos era otra complicación: dado el temor de un ataque del exterior, ¿convenía admitirles en medio de los colonos, o confinarlos en su campo suministrándoles el socorro, los instrumentos y los víveres que necesitaran hasta que pudiesen cosechar por sí mismos?

Después de larga discusión se reconoció que, dejándoles fuera de la colonia, no se desvanecían los motivos de desconfianza y necesitarían una vigilancia especial, lo que podía conservar en ellos un sentimiento de hostilidad; mientras que, aceptándoles en la colonia, se facilitaría la aproximación y se les podría interesar en su defensa, dejándoles libres de volver a las fuerzas gubernamentales, si lo deseaban cuando se presentaran.

La deliberación tuvo lugar delante de los delegados, y cuando terminó, se les dijo que fueran a buscar a sus compañeros, dándoles cuenta de la discusión que acababan de presenciar.

Cuando se presentaron pocas horas después se les hizo presente que eran recibidos como amigos, y serían tratados como iguales; pidiéndoles en cambio buena voluntad y el respeto de los derechos de cada uno si querían que se respetaran los suyos.

Si su comandante volvía a tomarlos, libres eran de unirse a él; únicamente se les pedía que recordaran que habiendo sido tratados como hermanos no debían obrar como enemigos.

Para celebrar su llegada, toda la colonia se reunió en banquete.

Se les alojó lo mejor que se pudo hasta que, con ayuda de los Terraliberianos, se construyesen albergues para su conveniencia.

Lo más difícil era vestirlos, porque sus vestidos eran andrajos, y en la colonia no había reservas para atender a una necesidad tan urgente y tan grande, y fue necesario echar mano de telas destinadas para otros usos. Felizmente el clima no exigía gran complicación en los vestidos, y la moda se fundaba principalmente en la comodidad.

Se les hizo ver cómo se habían arreglado los Terraliberianos para la habitación, y se les invitó a consultarse para decidir si querían tenerla aislada, por grupos o en conjunto, diciéndoles que las habitaciones se harían según su resolución.

Los Aretusianos no sabían cómo agradecer la acogida que se les había hecho, y cuando hubieron pasado algunos días entre los colonos manifestaron su admiración por la manera de verificar la división del trabajo, por el afán de cada uno en cumplir su tarea, y porque allí el trabajo, lejos de ser un castigo, como sostiene la religión cristiana y como lo ha organizado la sociedad capitalista, era, por el contrario, atractivo y necesario al ejecutarse libremente, sin violencia y por gusto.

Dijeron que lo que les había impedido seguir el ejemplo de los desertores uniéndose a los colonos, fue que, aparte del

temor de ser considerados como desertores si alguna vez podían ser repatriados, cosa que el comandante les hacía esperar siempre, los oficiales les contaban diariamente que los colonos, con sus teorías de libertad, se dejaban gobernar por los más astutos; que siempre trabajaban unos mismos, mientras los otros se exceptuaban del trabajo; que sus disputas terminaban frecuentemente en pugilatos; que los desertores se empleaban en los trabajos más penosos, y que si no volvían al campamento era por temor de ser tratados como merecían y también porque eran incesantemente vigilados por los deportados.

Y como les estaba prohibido traspasar ciertos límites, que estaba en su mismo interés no alejarse si no querían ser cautivados por los deportados, habían creído lo que se les decía, y si algunos habían hecho escapadas hacia el interior de la isla, nunca se arriesgaban hacia las tierras de los colonos.

Los Terraliberianos comprendieron entonces que habían cometido una gran falta en no ocuparse más de los soldados; pero la necesidad de organizarse y el trabajo intenso que habían debido desplegar, les excusaban de haber descuidado y aun perdido temporalmente sus facultades de proselitismo. La falta no era irreparable; no había más sino procurar la recuperación del tiempo perdido.

Se puso manos a la obra: ensancháronse los terrenos de cultura, y formáronse grupos para la construcción de las habitaciones.

Soldados y marinos, por sus largas jornadas de ociosidad y de pereza física e intelectual, habían perdido los hábitos de un trabajo seguido; pero la consideración de que trabajaban para sí, y la actividad de los Terraliberianos era tan alegre, tan espontánea, tan vibrante, que involuntariamente se sentían activos, y el cambio no les fue costoso, ni siquiera al principio.

Á medida que se familiarizaban con la vida de la colonia, caían de sorpresa en sorpresa, deplorando no haberse dedicado antes a aquella vida, y admirando con entusiasmo lo que habían podido hacer la inteligencia y la actividad de aquellos hombres, a quienes la autoridad y las creencias a que hasta entonces habían estado sometidos destinaban a los horrores de la deportación.

El entusiasmo y la emulación les iban regenerando.

XXV

Hacía tres semanas que el comandante había partido, y, pasada la primera alarma, se iba dando menos importancia al hecho. La convicción de que habría perecido en el mar aumentaba de día en día, con mayor motivo considerando que después de su partida se desarrolló una violenta tempestad en las costas de la isla. ¿Qué probabilidades de salvación podía ofrecer una balsa, cuando bastaba una ola para barrer cuanto sobre ella se encontrase?

Los colonos se habían tranquilizado; los recién llegados se adaptaban poco a poco a su nueva vida, hasta que un día, los que estaban en observación, porque la vigilancia no había sido descuidada, señalaron buque a la vista.

Dióse señal de alarma; todos los colonos suspendieron sus trabajos, se armaron y agruparon en los puntos estratégicos

previamente convenidos. Los marineros y soldados fueron destinados a los servicios necesarios.

Con los anteojos, que los Terraliberianos se pasaban de mano en mano, examinaban el buque y pronto vieron que era de guerra, aunque todavía no podían reconocer su pabellón.



Se había construido un semáforo, y desde él se dio al que llegaba la señal de detenerse.

Como el barco no hacía caso de la advertencia, se le avisó con un cañonazo con pólvora sola.

El barco continuó su marcha hacia la isla, como si nada hubieran visto ni oído los que le dirigían.

Otro cañonazo y una bala que pasó silbando entre su arboladura para caer a corta distancia en el mar, tampoco causó impresión.

Pero otro que le siguió inmediatamente y se llevó una manga de ventilación, hizo comprender que podía ser peligroso avanzar.

El buque se detuvo.

A la distancia que se hallaba, se podía distinguir bien con el anteojo que los marineros hacían sobre el puente preparativos de combate, y sobre sus mástiles ondeaba el pabellón francés.

No había duda; se trataba del ex-comandante. Se le hizo signo de echar al agua una lancha y enviar un parlamentario.

No se tardó en ver que se preparaba una lancha en la que se embarcaban seis remeros y un oficial.

Una parte de los Terraliberianos reunidos en la playa esperaban en silencio. Cuando el oficial puso pie en tierra,

los que fueron a su encuentro le condujeron ante la asamblea.

Berthaut, tomando la palabra en nombre de todos, preguntó:

—¿Con qué intenciones viene vuestro buque? ¿Por qué no se ha detenido cuando se le ha hecho señal de ello?

El oficial respondió con altanería.

— Hemos recogido en el mar al comandante de La Aretusa, señor de Kerguennec y sus oficiales, quienes han informado al comandante del Fulminante, este es el nombre de nuestro buque, de los acontecimientos que le han traído a esta isla, y de los que se han desarrollado después, la rebelión de los deportados, y el pillaje del barco, armas y provisiones.

El comandante del Fulminante, a instancias del señor de Kerguennec, ha consentido en desviarse de su ruta para venir a restablecer el orden y la disciplina entre marinos, soldados y deportados, y asegurar el libre funcionamiento de la autoridad legítima reconocida.

No hay duda que, siendo vuestro refugio descubierto y unidos nuevamente a la madre patria, abandonaréis toda idea de lucha y os someteréis inmediatamente.

— ¿Y si no nos sometemos?

- La isla será bombardeada.
- ¿Qué tratamiento se nos reserva si nos sometemos?
- Los promovedores de la rebelión serán los únicos castigados; los otros continuarán en su situación anterior y se emplearán en los trabajos que ordene el comandante, esperando la resolución del gobierno, que decidirá si han de permanecer en la isla o si serán conducidos al lugar primitivamente designado.

Berthaut, que mientras hablaba el oficial, se había cruzado de brazos y con una sonrisa irónica esperaba que acabara, contestó:

– Señor oficial, diga usted a su comandante que, habiendo encontrado la libertad y sabido procurarnos la felicidad por nuestro trabajo, estamos resueltos a todo para conservarla, y preferimos la muerte a ser otra vez tratados como presidiarios.

Dígale también que si quiere bombardearnos tenemos con qué responderle. Bien ha podido ver si sabemos servirnos de los cañones que nos entregó el naufragio de La Aretusa.

El oficial se inclinó, pero replicó:

– Está bien; pero admitiendo que hayáis podido salvar todas las municiones que contenían sus pañoles, no son inagotables, no podréis reemplazarlas; además, los recursos

que contiene la isla son muy restringidos, no podréis resistir mucho tiempo sin veros obligados a entregarlos por el hambre y la imposibilidad de la defensa. Entre vosotros hay mujeres y niños, y debéis evitarles los horrores de un bombardeo.

– El señor de Kerguennec os ha engañado acerca de nuestros recursos. Y si usted quiere acompañarme a nuestra villa podrá reconocer que nuestros recursos nos permiten defendernos mejor y durante más tiempo que lo que cree.

El oficial aceptó, y Berthaut le condujo a la villa cuya silueta se dibujaba a lo lejos en la eminencia donde estaba situada.

Le hizo visitar los almacenes, los talleres donde se fundían los obuses, le condujo a la fábrica de pólvora, a la sazón en plena actividad; le hizo ver todo lo que había producido la industria de los Terraliberianos, y después le condujo en silencio donde le esperaban sus hombres.

El oficial parecía preocupado.

– Yo daré cuenta de lo que he visto. Pero aquí hay soldados y marinos. Tengo orden de prometerles que con ellos habrá benevolencia y que no se les hará objeto de ninguna medida represiva, si quieren someterse a la autoridad de sus jefes.

– Nosotros no pondremos ningún impedimento a los que quieran alejarse de aquí, –repuso Berthaut.

Y dirigiéndose hacia el grupo de soldados y marinos, que se habían agrupado cerca de ellos, esperando que se les dijera algo, añadió:

– Ya habéis oído, compañeros; si queréis uniros a vuestros oficiales, se os promete que no se os hará nada. Vuestros oficiales os perdonan después de haberlos abandonado cobardemente. La colonia no tiene interés en retener a nadie a la fuerza. Que los que quieran aprovechar las buenas disposiciones de sus amos vayan con ellos. Libertad para todos entre nosotros.

Unos doscientos hombres se desprendieron del grupo, adelantándose lentamente como a pesar suyo, con indecisión, algunos adelantando y retrocediendo vacilantes.

– Yo no puedo tomar ahora toda esa gente, –dijo el oficial, que ya se había despojado de su tono altanero. Vuelvo al buque; se tomará la chalupa de vapor para venir a recogerlos.

Berthaut se inclinó.

El oficial saludó y se dirigió a la lancha, que, vigorosamente impulsada por los remeros, volvió hacia el buque.

Algunos momentos después se echó al agua la chalupa de vapor y se dirigió a la orilla.

Los que venía a buscar se acercaron acompañados de Berthaut y algunos otros Terraliberianos.

Como no podía tomar más que una cincuentena de individuos a la vez, tuvo que hacer un primer cargamento, llevarle al vapor y volver.

Al segundo viaje el embarque se hizo más lentamente; soldados y marinos se hacían cumplimientos para dejar pasar a los más apresurados; sus semblantes revelaban la lucha interior de los más opuestos sentimientos.

Al tercero, algunos que habían ya puesto un pie en la chalupa rotrocedieron queriendo reflexionar. Al último viaje sólo se embarcaron una veintena de hombres.

Unos treinta quedaron en tierra después de mucha vacilación, declarando que nada les inclinaba hacia Europa, y que preferían quedar libres con sus nuevos compañeros antes que vestir nuevamente la casaca militar.

XXVI

Los Terraliberianos no perdieron tiempo para asegurar su defensa. Las piezas, bien provistas de municiones, protegidas por terraplenes y servidas por hombres determinados, estaban dispuestas para la recepción del Fulminante.

Las mujeres y los niños, colocados en sitio resguardado del tiro de los asaltantes, se dedicaban a los diferentes trabajos accesorios, útiles a los defensores.

Las herramientas, provisiones y todo aquello cuya pérdida podía ser irreparable, había sido trasladado a lugar seguro, que no estuviera, como la villa, expuesto al fuego del buque.

Los colonos esperaban tranquilamente los acontecimientos.

Acercándose la noche, se pensó que el ataque se aplazaría al día siguiente, pero de todos modos se resolvió vigilar cuidadosamente y enviar las chalupas en reconocimiento para evitar una sorpresa.

El Fulminante barrió el mar toda la noche con sus focos eléctricos.

Los colonos sintieron no haber pensado en establecer un faro eléctrico, porque siendo más densa la obscuridad cerca de la banda de luz que enviaba el buque, hubiera podido fácilmente encubrir una sorpresa.

Como las chalupas no tenían más que un objeto de vigilancia, y no era de temer que intentasen sorprender al buque, y además se mantenían a gran distancia, no se les molestó de ningún modo.

En una de las chalupas llamó la atención de los remeros una voz que parecía salir del agua.

Se detuvieron, y, procurando ver entre las tinieblas, percibieron a corta distancia la cabeza de un hombre que se acercaba nadando.

Por aquí, —dijo uno de los remeros, y cuando el nadador estuvo cerca le tendió el remo.

¡Gracias! dijo al poner el pie en la chalupa. –Temía no poder alcanzaros, o que con su maldito proyector me descubrieran y me pescasen.

Refirió en seguida que, habiendo sido puesto en los hierros de castigo por haber abofeteado a un contramaestre que le había insultado, supo por un amigo suyo la llegada del ex-comandante de La Aretusa y la historia de los deportados.

Aprovechando la falta de vigilancia producida por el zafarrancho de combate, su amigo, a instancias suyas, le libró de los hierros, y luego, aprovechando la obscuridad, se deslizó desde una tronera, por medio de una cuerda, al mar, y nadando entre dos aguas pudo alejarse del barco.

La chalupa le condujo a la orilla para que pudiera cambiar su vestido.

Una vez se halló con un traje seco, y tranquilo entre los Terraliberianos, comenzó a dar noticias de Europa, porque antes de embarcarse como marino había participado activamente en el movimiento obrero revolucionario y había estado siempre en comunicación con sus compañeros.

Durante cierto tiempo, las medidas de represión dirigidas siempre contra los obreros conocidos como más inteligentes y activos, parecían haber detenido la propaganda; pero todo

ello era superficial y aparente, porque si habían desaparecido los periódicos obreros, si todas las sociedades y federaciones se habían disuelto, el descontento y el malestar continuaban del mismo modo.

Las huelgas se multiplicaban y cada vez eran más violentas.

En algunas localidades habían ocurrido motines sangrientos, con fábricas incendiadas y patronos arrastrados o defenestrados.

Los jefes socialistas, para conservar su prestigio, impulsados por sus electores más activos, y también esperando apoderarse del poder, hacía tiempo que habían roto con el gobierno, y sostenido tan enérgica campaña en el parlamento, que habían deshecho muchas combinaciones ministeriales.

Pero una parte de los electores no se contentaban ya con esas maniobras, y les habían puesto en el caso de volver al programa puramente socialista: expropiación de la tierra y de los instrumentos de trabajo, entrega a título de usufructo a las corporaciones productoras, abolición de los ejércitos permanentes, armamento de todos los ciudadanos. Y esto, no ya para una época más o menos remota, sino como programa inmediato; lo que asustaba a los jefes, que esperaban siempre alcanzar el poder burgués entreteniendo al elector socialista, viendo su autoridad

disminuir diariamente, atacada por jóvenes, recién venidos, pero activos y apasionados.

Los elementos avanzados, dispersos un momento, volvieron a encontrarse pronto, y puesto que se les prohibía toda propaganda franca la hacían clandestina.

Su actividad se había concentrado en los sindicatos reorganizados más o menos ostensiblemente según las circunstancias de tolerancia o descuido de las autoridades, donde procuraban provocar y acentuar las reclamaciones de los trabajadores.

Los acontecimientos favorables y todos los que revestían alguna importancia, lo mismo que los resultados de las huelgas y los actos de venganza y de rebeldía, se anunciaban por pasquines.

Y los movimientos obreros, cada vez más frecuentes, no se limitaban ya a pedir la jornada de ocho horas, obtenida en casi todos los oficios, ni otras mejoras análogas, sino que se dirigían a la toma de posesión por las corporaciones obreras de los instrumentos de producción. En algunas huelgas los obreros habían intentado despachar al patrono y unificar el capital y el trabajo en las personas de los trabajadores. Había ya capitalistas que hablaban de vender sus fábricas a los obreros, mediante ciertos arreglos que les permitiesen, lo mismo que a sus descendientes, continuar la vida de parásitos.

En Rusia, la alianza de los liberales burgueses y del zarismo no había podido contener al pueblo, ni logrado acallar las reclamaciones de obreros y campesinos. Una explosión revolucionaria dio fin al zarismo y obligó a la burguesía a cargar con la responsabilidad de las medidas coercitivas, dejándola sin saber adonde dirigirse y viéndose impotente para impedir a los trabajadores de la ciudad y del campo que le arrancasen pedazos de su poder político y económico.

En Alemania, los viejos bonzos de la social-democracia habían visto decaer su influencia. Comprendiendo los obreros que se les había entretenido durante mucho tiempo, abandonaban poco a poco el partido para luchar en el terreno económico; otro grupo de socialdemócratas se había separado para formar un partido republicano. El kaiser comenzaba ya a tener harto trabajo en su casa para no meterse en las de los vecinos.

El imperio de Austria no existía ya; las diferentes pequeñas nacionalidades que lo componían habían recobrado su autonomía. En algunas se ensayaban reformas sociales.

En Italia y en España, constituidas en república, abundaban huelgas y motines, y hasta la pequeña Bélgica comenzaba a darse cuenta de que sus jefes socialistas no eran más que farsantes.

En Suiza, donde el partido revolucionario había desaparecido hacía algún tiempo, comenzaba a dar nuevamente signo de vida.

Inglaterra continuaba pasando de los conservadores a los liberales. Aquél será probablemente el último país que llegará a la libertad perfecta.

En resumen, en todas partes los trabajadores adquirían la conciencia de su situación y manifestaban enérgicamente sus reclamaciones.

Pasóse la noche escuchando las novedades traídas por Pradier, así se llamaba el marinero escapado, y respondiendo éste a las preguntas que se le dirigían.

Al fin comenzó a apuntar el alba, y poco a poco fue dejándose ver la masa sombría del Fulminante.

En cuanto comenzó a mostrarse el sol, el vapor se puso a bordear y al poco rato se detuvo. Un momento después se elevó una pequeña humareda de una de las torrecillas, un silbido agudo pasó sobre los Terraliberianos que estaban en la playa, y una bomba fue a estallar contra una roca a unos cincuenta metros detrás de ellos, mientras se dejaba oír una detonación sorda que venía del mar.

Los Terraliberianos que estaban a descubierto buscaron un refugio desde donde vigilar la maniobra del agresor.

Otra humareda se elevó del vapor, un nuevo silbido y otra detonación se dejaron oír; pero la bomba pasó también sin hacer daño.

Un antiguo artillero de La Aretusa, uno de los primeros desertores que se pasaron a los colonos, estaba junto a una pieza apuntando sin precipitación.

Cuando juzgó el momento propicio, retrocedió algunos pasos inflamando el detonador y esperó el efecto de su tiro.

Pero la bomba debió pasar sobre el Fulminante. No se la vio caer al agua; sin duda fue a parar al otro lado.

— Será preciso tocarles por bajo de su línea de flotación, dijo Parmentier; —así acabaremos más pronto.

Pero el Fulminante no perdía el tiempo. Una tras otra, dos bombas vinieron a surcar la tierra cerca de la pieza de Parmentier.

Éste la tenía cargada; apuntó otra vez, mientras que una bomba enviada por otra pieza de los Terraliberianos cayó sobre la coraza de la torrecilla del vapor.

Parmentier dio fuego a su pieza y se vio la bomba tocar el agua un poco delante del vapor, en tanto que éste respondía con todas sus piezas.

– Demasiado bajo, dijo Parmentier, mientras se recargaba su pieza de nuevo.

La andanada del Fulminante pasó sin causar daño.

Parmentier hizo nueva y detenida puntería y dio fuego.

La bomba partió; su silbido fue cubierto por la detonación de la pieza, pero se pudo ver el agua saltar cerca del vapor.

Parmentier aplaudió.

He debido...

No pudo acabar la frase. Una enorme columna de humo y de fuego se elevó en el Fulminante. En seguida se oyó una gran explosión y después como un crujido.

Cuando se disipó el humo, el vapor presentaba el aspecto de una ruina lamentable, y se vio como el casco se hundía lentamente.

Los Terraliberianos, poseídos de estupor, quedaron inmóviles. De todas partes acudían a la playa, y las chalupas fueron inmediatamente echadas al agua para correr al lugar del siniestro y salvar, si se podía, alguna de las víctimas.

Pero no habían recorrido la mitad de la distancia cuando se vio hundirse lo que restaba del Fulminante, levantando una tromba de agua que recayó irisada por los rayos del sol,

y el mar quedó liso y tranquilo, conteniendo flotantes algunos restos proyectados por la explosión.

Los colonos que habían quedado sobre la playa vieron las chalupas explorar el lugar de la catástrofe, de donde volvieron sin haber podido salvar a nadie, no viendo flotar más que cadáveres.

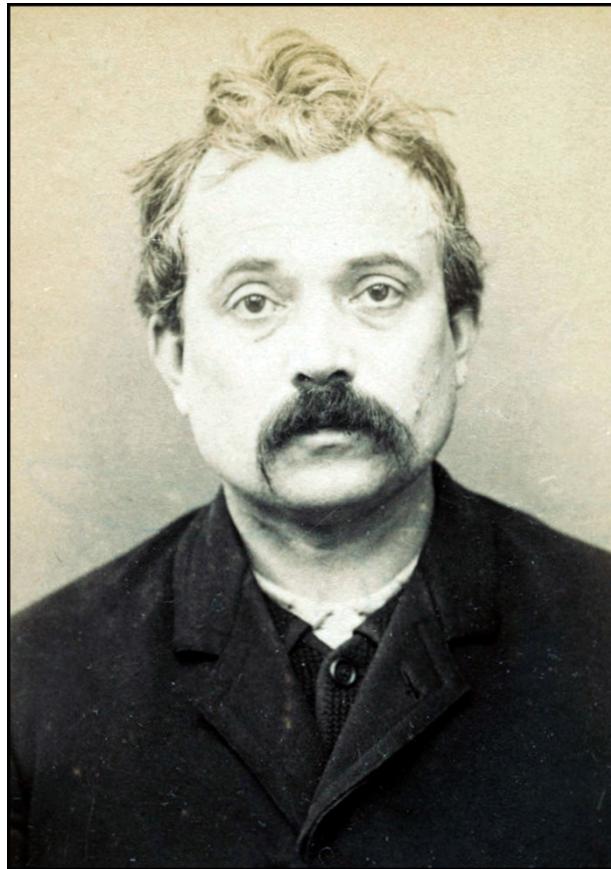
¿Tocó la bomba de Parmentier la santabarbara? ¿Se produjo la explosión por una imprudencia o por un accidente? Nadie quedó para aclarar la duda.

Reunidos en la playa, los Terraliberianos permanecieron algún tiempo inmóviles, horrorizados, maldiciendo a los que les obligaban a tales hecatombes en defensa de su libertad.

El secreto de su refugio quedaba en el fondo del mar.

Eran libres de continuar viviendo ignorados de todos, o de renovar sus relaciones con el viejo mundo, utilizando los medios creados por la poderosa industria inspirada en el ideal de Libertad.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

JEAN GRAVE (1854-1939). Nació el 16 de octubre de 1854 en Le Breuil-sur-Couze, Auvernia, (Francia) y murió el 8 de diciembre de 1939 en Vienne-en-Val, Orléans, Loiret, Centro, (Francia).

Fue un importante activista en el movimiento anarquista francés, de oficio artesano zapatero. Estuvo involucrado con la publicación de Élisée Reclus en «Le Révolté». Inicialmente era un socialista, se convirtió en anarcocomunista después

de 1880 y fue un popularizador de las ideas de Pedro Kropotkin.

Nació en una familia pobre en Auvernia. Su familia abandonó la Auvernia en 1860 y se trasladó a París, Isla de Francia, donde comenzó a estudiar con sus hermanos.

En 1892 escribió «La société mourante et l'anarchie» (La sociedad moribunda y la anarquía), una continuación de las ideas anarcocomunistas Kropotkinianas, prologada por Octave Mirbeau, por lo que fue condenado a dos años de prisión acusado de promover saqueos, asesinato, robo, incendio, etc. Mirbeau, al igual que Élisée Reclus, Paul Adam, Bernard Lazare testificaron en nombre de Grave, pero fue en vano recibiendo una condena de dos años de prisión y una multa de 1000 francos. Grave fue condenado en el famoso «juicio de los treinta».

En 1895 comenzó la publicación de «Les Temps Nouveaux», que fue influyente en los círculos artísticos y literarios de la época. Muchos artistas famosos (como Aristide Delannoy, Maximilien Luce, Paul Signac, Alexandre Steinlen, Théo van Rysselberghe, Camille Pissarro, Van Dongen, George Willaume, etc.) ilustraron y ayudaron a financiar la publicación. También escribió «Las aventuras de Nono», una historia de ficción libertaria para niños, para ser utilizado en Escuelas Modernas de España y América Latina, después de una traducción de Anselmo Lorenzo. El libro fue mucho menos popular en Francia.

En 1914 Grave se unió a Kropotkin en Inglaterra, y fue objeto de la ira de los anarquistas antibelicistas debido a su firma de la «Proclamación de los 16», que apoyó a los Aliados durante la Primera Guerra Mundial.

Grave también escribió «Le Mouvement libertaire sous la IIIe République».

Por su guardia vigilante de la «doctrina pura» comunista libertaria recibió críticas por parte de varios libertarios como Victor Serge y Rirette Maîtrejean, del círculo en torno al periódico «L'anarchie» de Albert Libertad, que le acusan de sectarismo.

Obras

«La société mourante et l'anarchie» (1892)

«Les aventures de Nono» (1901)

«La colonisation» («La colonización») (1912)

Las ideas anarquistas en la práctica, de Jean Grave.

Jean Grave es un lúcido pensador anarquista especialmente conocido por su libro «Les aventures de Nono» («Las aventuras de Nono»), una obra escrita para

niños y jóvenes en la que expone con sencillez el ideario anarquista a través de las aventuras de su protagonista infantil en el país de Autonomía. Esta obra fue utilizada como libro de lectura en la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia y en otros muchos centros educativos libertarios o laicos, lo que la convirtió en un libro sobradamente conocido y reconocido. Sin embargo, Juan Grave también fue director de la revista ácrata «Les Temps Nouveaux» y autor de otros ensayos, entre los que merece destacarse «La société mourante et l'anarchie» («La sociedad moribunda y la anarquía»), de la que reproducimos uno de sus capítulos, según la edición del año 1904 de la editorial «F. Sempere» de Valencia (España).

Las ideas anarquistas y su practicabilidad.

“Esas ideas son muy hermosas en teoría pero no son practicables; los hombres necesitan un poder ponderador que los gobierne y obligue a respetar el contrato social”. Esa es la última objeción que nos dirigen los partidarios del actual orden social cuando, después de haber discutido, se han quedado sin argumentos y demostrado que el trabajador no puede esperar ninguna mejora sensible para su suerte conservando los mecanismos del actual sistema social.

“Esas ideas son muy hermosas, pero no son practicables; el hombre no está bastante desarrollado para vivir en estado tan ideal. Para ponerlas en práctica sería necesario que el hombre hubiera llegado a la perfección”, añaden muchas personas sinceras, pero que, extraviadas por la evolución y la rutina, no ven más que las dificultades y no están bastante convencidos de la idea de trabajar por su realización.

Además, al lado de esos adversarios declarados y de los indiferentes que pueden convertirse en amigos, surge una tercera categoría de individuos, más peligrosos que los adversarios declarados. Esos se fingen entusiastas por las ideas; declaran en alta voz que no hay nada más hermoso; que nada vale la organización actual, que debe desaparecer ante las ideas nuevas, que son el fin al cual debe tender la humanidad, etc., etc. Pero añaden que no son practicables ahora; hay que preparar para ella a la humanidad, guiarla a comprender ese estado dichoso, y con pretexto de ser prácticos, tratan de rejuvenecer esos proyectos de reformas que acabamos de demostrar que son ilusorias; perpetúan las preocupaciones actuales, lisonjeándolas en aquellos a quienes se dirigen, y tratan de sacar el partido mayor posible de la situación actual en beneficio personal, y pronto desaparece el ideal para que lo sustituya un instinto de conservación del actual orden de cosas.

Desgraciadamente, es demasiada verdad que las ideas, objeto de nuestras aspiraciones, no son realizables

inmediatamente. Es demasiado ínfima la minoría que las ha comprendido para que tengan influencia inmediata en los acontecimientos y marcha de la organización social. Pero eso no es una razón para no trabajar por realizarla.

Si estamos convencidos de que son justas, debemos tratar de llevarlas a la práctica. Si todo el mundo dice que no son posibles, y acepta pasivamente el yugo de la sociedad actual, es evidente que el orden burgués durará todavía largos siglos. Si los primeros pensadores que lucharon contra la iglesia y la monarquía, por las ideas naturales y por la independencia, y afrontaron la hoguera y el patíbulo, para confesarlas hubieran pensado así, todavía estaríamos en los tiempos de los conceptos místicos y los derechos feudales.

Gracias a que siempre hubo gente que no era práctica, pero que estaba convencida de la verdad, y trataron de hacerla penetrar con todas sus fuerzas por donde pudieron, empezando el hombre a conocer su origen y a deshacerse de las preocupaciones de autoridad divina y humana.

En un libro que realmente vale, «Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción», desarrolla Guyau, en un capítulo admirable, la siguiente idea: “El que no obra como piensa, no piensa por completo”. Es verdad. El que está bien convencido de una idea no puede menos de propagarla y de tratar de realizarla.

Muchas disputas se presencian entre amigos por causas fútiles, sosteniendo cada cual su parecer, sin más móvil que la convicción de que sostiene la verdad. Nada costaría, sin embargo, para complacer a un amigo, o para no molestarlo, dejarle decir lo que quisiera sin aprobarlo ni censurarlo; si lo que sostiene no tiene importancia real para nuestra convicción, ¿por qué no le hemos de dejar decir lo que quiera? Muchas veces se procede así en la conversación, cuando se trata de cosas sobre las que no tiene una opinión determinada, pero en cuanto se trata de una cosa sobre la cual ha formado uno juicio, aunque tenga poca importancia, disputa uno con el mejor amigo para sostener su opinión. Pues si obramos así por frivolidades, ¡cuánto mayor debe ser el impulso cuando se trata de ideas que interesan al porvenir de toda la humanidad, a la emancipación de nuestra clase y de nuestra descendencia!

Comprendemos que no todos pueden aplicar la misma fuerza de resistencia a la lucha, ni el mismo grado de energía para combatir contra las instituciones vigentes; no tienen el mismo temple todos los caracteres y temperamentos. Son tan grandes las dificultades, tan dura la miseria, tan múltiples las persecuciones, que comprendemos que haya grados en los esfuerzos para propagar lo que se cree verdadero y justo. Pero los actos son siempre proporcionales al impulso recibido y a la fe en las ideas. A veces le detendrán a uno consideraciones de familia, de amistad, de consideración del pan de cada día, pero

cualquiera que sea la fuerza de esas consideraciones no deben hacer digerir todas las infamias que se vean; llega un momento en que se mandan a paseo todas las consideraciones para recordar que uno es un ser humano y que ha soñado algo mejor que lo que tolera. El que no es capaz de ningún sacrificio por las ideas que dice que profesa, no cree en ellas; las predica por ostentación, porque en un momento dado, están de moda, o porque quiere justificar algún vicio con esas ideas; no confiéis en él, porque os engaña. Los que tratan de aprovecharse de las instituciones actuales diciendo que lo hacen para propagar las ideas nuevas, son ambiciosos que adulan al porvenir para disfrutar en paz del presente.

Evidente es, pues, que nuestras ideas no son de inmediata realización, ya lo reconocemos, pero llegarán á serlo por medio de la energía que sabrán desplegar quienes las hayan comprendido. Cuanto mayor sea la intensidad de la propaganda, más cercana estará la realización. No las haremos germinar obligándonos a las instituciones actuales, ni ocultando nuestras ideas.

Para combatir esas instituciones, para trabajar por el advenimiento de las ideas nuevas, hay que tener energía, y esa energía no puede darla más que la convicción. Hay que encontrar hombres que trabajen por ellas.

Como las reformas, según creemos haber demostrado, no son aplicables, engañará a sabiendas a los trabajadores quien predique su eficacia.

Además, sabemos que la fuerza de las cosas llevará infaliblemente a la revolución a los trabajadores; las crisis, los paros, el desarrollo mecánico, las complicaciones políticas, todo concurre a dejar a los trabajadores en la calle y a que se rebelen para afirmar su derecho a la existencia. Y puesto que la revolución es inevitable y las reformas ilusorias, no nos queda más que prepararnos a la lucha; eso es lo que hacemos, yéndonos directamente al objeto, dejando a los ambiciosos el trabajo de crearse situaciones y rentas con las miserias que piensan aliviar.

Aquí se nos presenta una objeción, nos dirán: "Si reconocéis que nuestras ideas no pueden llevarse ahora a la práctica, ¿no predicáis la abnegación de la generación presente en beneficio de las futuras al pedirle que luche por una idea cuya inmediata realización no podéis garantizar?"

No predicamos la abnegación; lo que hacemos es no forjarnos ilusiones acerca de los hechos, ni querer que se las forjen los entusiastas. Apreciamos los hechos como son, los analizamos y deducimos lo siguiente: Hay una clase que lo detenta todo y no quiere soltar nada; hay otra clase que lo produce todo y no posee nada, y no tiene otra alternativa que postrarse humildemente ante sus explotadores, aguarda con servilismo que le den a roer un hueso; que ha

perdido toda dignidad y toda altivez, puesto que no tiene nada de lo que eleva a un carácter, o rebelarse y exigir imperiosamente lo que se niega a sus súplicas.

Para los que no piensan más que en su personalidad, para los que quieren gozar á toda costa y de cualquier modo, la alternativa no es agradable. Aconsejamos a éstos que se dobleguen a las exigencias de la sociedad actual, que en ella se busquen un rinconcito, que no miren donde ponen los pies, que no teman aplastar á los que los molesten, esa gente nada tiene que ver con nosotros. Pero a los que creen que no serán libres de veras más que cuando su libertad no dificulte la de los que sean más débiles; a los que no podrán ser felices hasta que sepan que los goces que los deleitan, no cuestan lágrimas á algunos desheredados, a éstos les diremos que no es abnegación conocer que hay que luchar para emanciparse. Comprobamos el hecho material de que únicamente la aplicación de nuestras ideas puede emancipar a la humanidad; ésta ha de ver si quiere emanciparse de una vez completamente, o si ha de haber siempre una minoría privilegiada que se aprovecha de los progresos que se logren a costa de los que se mueren a fuerza de trabajar para los demás.

¿Veremos resplandecer esa aurora? ¿Lo será la generación presente, o la siguiente, u otra más remota? Nada sabemos de ello, ni hemos de averiguarlo. Los que tengan bastante energía y corazón para querer ser libres, lo conseguirán.

Procesamiento de Jean Grave (25-02-1894).

El 25 de febrero de 1894 en la Audiencia del Sena de París, como consecuencia de las llamadas «Lois scélérates» (Leyes Perversas), Jean Grave es procesado por haber escrito «La société mourante et l'anarchie» («La sociedad moribunda y la anarquía»), libro editado en 1892 con prólogo de Octave Mirbeau y que se trata de una recopilación de artículos publicados en los periódicos anarquistas «Le Droit Social» y el «Étendart Révolutionnaire», impresos en Lyon, Auvernia-Ródano-Alpes. (France), y que salieron anónimos o bajo el seudónimo de Jehan Le Vagre, escritos con el fin de divulgar las tesis anarcocomunistas de Kropotkin.

Finalmente, a pesar del testimonio en favor de Élisée Reclus, de Paul Adam, de Bernard Lazare y de Octave Mirbeau, y del mismo Jean Grave fue condenado a dos años de prisión y mil francos de multa, el máximo aplicable, por «incitación la indisciplina, al pillaje, al asesinato, al robo, al incendio, etc...».

Además, se ordenó la destrucción del libro incriminado. Jean Grave alcanzó una gran popularidad a resultas de este procesamiento.

Biografía extraída de
Sobre la anarquía y otros temas